

PARTE III

NATALIE CONVERS
MARIPOSAS
EN TU
ESTÓMAGO

Lectulandia

No hay nadie más experta en los trabajos de media jornada que Beca: a sus 18 años no solo es la mayor de cuatro hermanos, también es la compañera de combate junto a su madre para sacar a la familia adelante al la vez que estudia muy duro para las clases. Después de que su padre se marchase sin ninguna explicación cuando ella tenía solo 16 años, aprendió una gran lección: no te fíes de ningún tipo con sonrisa arrolladora y un imán natural para las nenas. A pesar de ello, pronto conoce a Alex, un enigmático y atractivo estudiante de Bellas Artes que puede hacer aparecer mágicamente mariposas en su estómago y que irremediamente cambiará su vida para siempre mediante un giro inesperado del destino.

Lectulandia

Natalie Convers

Mariposas en tu estómago (Parte III)

Mariposas en tu estómago - 3

ePub r1.0

Titivillus 28.06.15

Título original: *Mariposas en tu estómago (Parte III)*

Natalie Convers, 2014

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Capítulo 39



Por cuarta vez, echo un vistazo al reloj de cuco que cuelga de la pared cercana al sofá y engullo ansiosa el último trozo de carne que queda de mi brocheta, pero este se me resiste y baja a trompicones hasta mi estómago. Agobiada, me doy unos golpecitos en el pecho y tomo aire. Si sigo comiendo así acabaré echándolo todo por el váter y tendré que decir adiós a los planes de esquiar por la tarde.

Al fondo, el fuego de la chimenea crepita burlón y hace crujir los leños lentamente. Tengo que hacer algo para calmarme. Desde que Alex se quedó atendiendo aquella llamada internacional, parece que casi todos le han vuelto a ver paseando por la casa, excepto yo. Con disgusto, compruebo que la puerta continúa cerrada.

Me levanto de mi asiento y Marta interrumpe su conversación sobre fútbol con los chicos.

—¿Vas a ir a buscar al *playboy*? —pregunta pasándose perezosamente una servilleta a cuadros rojos por la boca y quitándose una minúscula gota de salsa barbacoa de la comisura de los labios.

—Voy al baño —digo masajeándome la tripa para hacer más convincente mi medio mentira.

—Ok —contesta sin prestarme mucho interés. Acto seguido, se vuelve hacia Carlos, que está sentado a su izquierda. Igual que las otras veces que le he visto, viste de marca de los pies a la cabeza, con gran estilo y conservando toda su masculinidad, y por la manera en que la ropa se le ajusta al cuerpo no me cabe duda de que es socio de algún gimnasio. Sí, definitivamente su perfil encaja a la perfección con el del típico metrosexual.

Tampoco me pasa inadvertido el modo en que Marta ha ido arrimándose a él durante la comida, ni como Carlos palmea con envidiable naturalidad la cara interna del muslo de Marta, que permanece pegado al suyo.

Marta entrelaza los dedos con los de él.

—Cariño, ¿no dijiste que Alex te había dicho que no tardaría más de un cuarto de hora en bajar?

Me quedo quieta escuchando.

Carlos termina de masticar antes de hablar.

—Eso dijo... ¿Quieres que vaya a mirar?

De pronto, alguien abre la puerta.

—No, creo que ya no es necesario —responde mi amiga, y hace una pausa teatral—. Hablando del rey de Roma... Por fin nos honra con su magnánima presencia —dice alzando la voz. Todos, excepto Xavi, se giran curiosos. De inmediato, vuelvo a ocupar mi sitio, conteniendo el imperioso deseo de ir hacia Alex y zarandearlo—. ¡Eh, tío! ¿Qué tienes en la mano? ¿Es que te has dislocado la muñeca después de... —mira el reloj de Carlos— tres cuartos de hora sacudiéndotela?

Héctor comienza a toser y Carlos se atraganta con el chorizo, pero yo solo puedo concentrarme en la venda que rodea la mano derecha de Alex.

¿Habrá vuelto a pelearse con Miguel? Tiro nerviosamente de las gomas de pelo que uso como pulseras y siento un retortijón nada agradable. «No puede ser, él se marchó con Óscar», me digo intentando tranquilizarme.

—¡Por Dios, Marta! ¡Que todavía estamos comiendo! —le advierte Héctor incómodo.

—No, déjala. Es normal que los niños tengan curiosidad por lo que hacen los adultos, ¿verdad, monjita? —ironiza Alex pavoneándose, mientras cruza la habitación y se sitúa detrás de mí.

Con completa familiaridad, coge mi vaso y se bebe el agua que queda de un solo trago.

Marta carraspea y le ofrece la bandeja que tenemos delante con los restos de comida.

—Llegas tarde, pero supongo que a ti, como a todos los chuchos, no te importará quedarte con la sobras. ¿Te las sirvo en el plato o las prefieres directamente en el suelo?

—Marta —intervengo tomando la bandeja y devolviéndola a su sitio con una sonrisa apaciguadora—, ¿qué tal si vamos recogiendo? ¿No te parece, Laura? —digo aumentando el volumen de voz en busca de apoyo.

Laura interrumpe su bostezo como si la hubiese pillado desprevenida.

—Perdón... Sí, sí. Estoy de acuerdo con Beca.

Satisfecha, hago ademán de retirarme, pero Alex me obliga a sentarme otra vez. Entorno los ojos mirando hacia arriba y él me devuelve el gesto divertido.

—¿Ya te vas? —me dice jugando con un mechón suelto de mi trenza y poniendo una carita triste.

Observo su mano y él sigue la dirección de mi mirada.

—No es nada grave, pero lleva molestándome desde esta mañana —explica restándole importancia.

Inevitablemente, de nuevo me siento culpable por lo sucedido. Si no hubiese aparecido Miguel, o si al menos yo hubiera echado a correr hacia la casa nada más verlo...

Arrastra una silla hasta nosotros y mira intencionadamente a Laura. Ella, nerviosa, se hace a un lado y nos deja un espacio libre de inmediato.

—Gracias, tía —dice Alex con una de sus sonrisas estelares. Mi amiga le observa embobada; acaba de caer en su hechizo como una colegiala.

—Encantada, guapo —responde en tono coqueto.

«Voy a tener que hablar con ella».

Pongo los ojos en blanco y dirijo una mueca desdeñosa a Alex. Él se coloca a mi lado y se pone a cortar por la mitad una loncha de panceta, que se lleva a la boca con una expresión de placer casi sexual.

Me echo a reír muy a pesar mío.

—¿Quieres... un... poco? —me ofrece con los dos carrillos llenos.

—Gracias, pero mejor no. Ya estoy a punto de reventar —rehúso.

Empujo el tenedor hacia él y le rozo un poco la piel. Enseguida, frunzo el ceño al advertir que le tiembla el pulso. Con su actitud desenfadada casi ha logrado engañarme. ¡Maldita sea!

—Eso no tiene muy buena pinta, Alex —comento, tomándole la mano para examinarla mejor.

Al momento, él la aparta con un gesto forzado, como si le hubiese hecho daño.

—Pues a mí me parece increíblemente delicioso —contesta, eludiendo mi comentario con gran maestría a la vez que se lleva un tomate cherry a los labios.

Al morder el tomate le resbala un poco de jugo por la barbilla, y él se relame dedicándome una mirada hambrienta.

El corazón me da un salto en el pecho, gritándome que olvide todo mi pudor y chupe el líquido sobrante. Pero antes de que Alex logre manipularme por completo como ha hecho con Laura, estrello una servilleta contra su rostro fanfarrón.

—¡Oh! Límpiate, tío.

—¿No ibas al baño, Beca? —interviene de repente Marta. Malhumorada, lleva un rato golpeando repetidamente uno de los palillos sucios contra el borde de su plato sin sacarnos el ojo de encima—. ¿Y lo de recoger todos juntos? Te recuerdo que ha sido idea tuya, bonita.

—Claro, ahora me levanto —respondo paciente.

—¿Qué tal si primero empiezas por la basura que tienes a tu derecha? —Se tapa la nariz y gesticula como si estuviera espantando moscas—. Apesta a kilómetros.

—¡Qué extraño! Creía haberte oído decir que yo era el chucho, pero ahora veo que la que tiene el olfato desarrollado eres tú, ¿eh, cachorrita? ¡Guau! —ladra Alex una y otra vez, desternillándose de la risa.

Marta se abalanza sobre mí dispuesta a partirme la cara, y él se esconde a mi espalda y le saca la lengua por encima de mi hombro igual que un crío de tres años.

—Me voy a hacer un collar de perlas con tus dientes, ¿me oyes, chucho *playboy*? —dice mi amiga clavándome la rodilla en el costado.

—¡Vale ya!, me estás dando también a mí.

—Beca, hazte a un lado, o no podré garantizar tu supervivencia por mucho tiempo —me exige Marta con los ojos en llamas. Si echara un huevo sobre ellos no

me sorprendería ver que se fríe.

—Nena, tu amiga está hecha toda una mafiosa. Quiere hacer contrabando negro con mi preciosa dentadura, y estoy seguro de que eso ni a ti ni a mí nos conviene, ¿verdad, cariño?

Trago saliva. Estoy muy tentada de dejar que Marta lo destroce a arañazos.

—¡Eh, Alex! —dice Carlos atrayendo hacia su pecho a Marta y dándole unas caricias que enseguida la tranquilizan—. Le estaba comentando aquí a Héctor lo que hicimos el año pasado cuando nos fuimos a esquiar. ¿Qué tal si lo repetimos?

—¿Repetir el qué? —pregunto intrigada.

—Una competición de *snowboard* —aclara Alex muy cerca de mi oído.

Doy un pequeño brinco cuando noto que su aliento acaricia mi lóbulo. Había olvidado lo cerca que estaba.

—No creo que sea buena idea —digo, pensando en su mano magullada—. ¿No es ese un deporte peligroso?

—Estoy feliz, nena. ¿Eso que oyen mis oídos es «preocupación»?

Le doy un codazo en el estómago, sacándole una carcajada impertinente.

—Hablo en serio —replico.

—Alex practica deportes de riesgo todos los veranos, e incluso algunos fines de semana, así que puedes estar tranquila —me asegura Carlos.

¡Estupendo! Ahora sí que voy a respirar aliviada. Me vuelvo hacia Alex.

—¡Tío, estás loco! ¿Buscas matarte?

—Está exagerando, no le hagas mucho caso —dice Alex, rechazando la idea con una mano.

—Paracaidismo, *parkour*, *bungee jumping*, paramente, alpinismo, *motocross*, rápel, *rafting*, surf... y todavía hay muchos más. No hay nada que se le resista a este pirado de la adrenalina —asegura Carlos entre risas.

Se me seca la boca.

—Me tomas el pelo, ¿verdad?

—Mi hermano es muy bueno en *snowboard* —interviene Marta llamando la atención de todos.

Héctor se pone colorado.

—¡Qué va! Empecé a practicar hace poco, todavía me queda mucho por aprender —dice, restando importancia al halago de su hermana. No obstante, a mí me parece detectar cierto orgullo bajo sus palabras.

—¡Yo también quiero verte en acción, Héctor! Os propongo hacer una competición de habilidad en las pistas. El ganador o la ganadora podrá besar a la chica o el chico que quiera de los que estamos aquí presentes.

Miro hacia la esquina de la mesa por primera vez. Elisa nos observa con ojos brillantes. ¿Por qué no ha podido seguir calladita?

Laura, que se había quedado dormida, se despierta de golpe justo en ese momento y pestañea confusa.

—¿Ya hay que limpiar? —pregunta haciéndonos reír a todos. Bueno, a todos menos a mí. No estoy de humor.

¿Qué pretende Elisa con este nuevo reto? Marta me mira, y sé que ella se está preguntando lo mismo que yo. Debemos andarnos con cuidado.

Capítulo 40



Echo un vistazo alrededor. Estamos casi todos reunidos en la entrada, preparados para marchar hacia la zona de esquí, ubicada a unos pocos kilómetros de donde nos encontramos ahora mismo. Lástima que Elisa también forme parte de la comitiva. Cuanto más la observo, más segura estoy de que está tramando algo. «¿Cómo demonios consiguió que Rosa le diera el fin de semana libre también a ella?», me pregunto.

Alex y Xavi bajan en ese momento por la escalera charlando amigablemente sobre juegos. Al verlos me quedo desconcertada.

—¿De veras llevas puesto un abrigo? —le digo a Alex mirándolo de arriba abajo un par de veces. Él me devuelve una mirada incómoda y suelta un gruñido como única respuesta.

También se ha puesto un gorro y encima unas gafas de sol para profesionales que deben de haberle costado una fortuna. Doy un largo suspiro, fascinada por lo imponente que está vestido de ese modo: de los pies a la cintura completamente de negro y de la cintura hasta la cabeza de un blanco impoluto.

—¿Puedes al menos cerrar la boca? —dice Alex dirigiéndose a mí.

Me echo a reír.

—Te queda bien —comento.

Se le forma una leve sonrisa curva en un extremo de la boca, e irremediablemente me fijo en lo carnosos que son sus labios. Él parece estar igualmente afectado.

—¿Debería traer la cámara para inmortalizar este encantador momento? —bromea Carlos. Le da un breve beso a Marta, y ella lo estrecha contra su cuerpo sugerentemente y pone morritos para pedirle otro.

—No te pases, listillo —le advierte Alex, de nuevo malhumorado.

Parece que no le hace mucha gracia ir tan abrigado, y mucho menos ser el centro de atención por ese motivo. Cambia constantemente el peso de su cuerpo de una pierna a otra, como si necesitara echar a correr.

—¡Eh! ¿Tanto te molesta vestir como una persona en su sano juicio? —interviene Marta, lista para enzarzarse en una nueva pelea.

Al instante, me sitúo estratégicamente en medio de los dos y le hago una señal a Héctor, que está más cerca, para que me siga la corriente.

—¡Venga, chicos! No queremos perdernos toda la diversión, ¿verdad? —digo en

tono entusiasta y aplaudiendo con fuerza.

—¡Claro que no! —me respalda Héctor, que se coloca a mi lado y me da dos palmaditas en el hombro y un apretón amistoso para reafirmar sus palabras.

—¡Oye, tío! ¿Tienes algún tic nervioso en la mano? —pregunta Alex mirándole con el ceño arrugado. Luego, para sorpresa de todos, junta el pulgar y el índice como una pinza y retira los dedos de Héctor hacia atrás separándolos de mi chaqueta en una imitación impecable de L en *Death Note*.

—No. ¿Por qué lo dices? —pregunta Héctor perplejo.

Alex sonríe con ironía y cierta satisfacción un poco cruel.

—¿Ah, no? Pues me habré equivocado —contesta haciéndose el inocente—. Bueno, ¿qué? Me estoy muriendo de calor aquí dentro. ¿Nos vamos ya?

Lo miro de refilón y me muerdo la lengua para no caer en la tentación de pegarle un pisotón lo bastante fuerte como borrar esa arrogante expresión de regocijo de su cara.

—Tú primero —digo tendiendo el brazo hacia la salida.

—Para nada: las damas primero —insiste demasiado amable.

Se adelanta y me sostiene la puerta cediéndome el paso. Cuando van a cruzar los demás, la suelta de golpe.

—¡Alex! ¿Qué has hecho? —le regaño consternada.

Le lanzo una patada contra la espinilla y él la esquivo con gracia, haciéndome soltar un grito ahogado de rabia. Una risa contagiosa escapa de sus labios y me deja embelesada durante unos instantes. Pero el encanto no dura mucho, porque los demás ya están saliendo. Encabeza la marcha Héctor, que va restregándose la nariz, claramente cabreado, y por detrás le sigue Marta, aún más furiosa.

—¡Maldito chucho *playboy*! ¿A qué demonios ha venido eso? ¿Tienes doble personalidad o qué? —grita mi amiga.

—Tranquila, cachorrita. Se me escapó de las manos, ¿vale?

—Ni «vale» ni «cachorrita», tío. Vuelve a intentarlo y te juro que jugaré al billar con tus pelotas. ¿Me has oído?

—Pero qué burra —murmura Elisa yendo hacia el coche.

—Tú a callar, víbora acoplada —le espeta Marta mordaz.

Elisa alza los brazos en señal de rendición y se mete dentro del vehículo de Héctor en cuanto este lo abre a distancia. Como era de esperar, ocupa sin pensárselo dos veces el sitio del copiloto y luego me lanza una sonrisa victoriosa. «¡Que aproveche, guapa!», pienso.

Laura y Xavi se sientan en la parte trasera. Supongo que ninguno de los dos quiere estar muy cerca de la explosiva Marta.

Mientras tanto, yo continúo dándole vueltas a lo que ha dicho Alex. «¿Que se le escapó de las manos?». Ahora mismo lleva unos guantes ultragruesos que no me permiten ver si su mano herida ha empeorado y, aunque me gustaría preguntárselo, siento que ya no puedo fiarme de sus palabras en presencia de los demás. Actúa como

un gallito y camufla todas sus emociones bajo esa máscara insolente e impenetrable, impidiendo que nadie descubra lo que en realidad le está cruzando por la mente.

De pronto Héctor pasa por delante de nosotros y golpea el brazo de Alex con un gesto suave pero contundente, sacándome de mis pensamientos. Intercambian una mirada cargada de un rencor intenso y profundo.

—¡La próxima vez, ten cuidado! —le advierte Héctor, y sin esperar ninguna respuesta se dirige hacia su todoterreno.

Alex curva ligeramente el labio inferior y se lo remoja despacio, como si estuviera saboreando algo delicioso y único que acaba volviéndose amargo al final. Levanto la vista para ver mejor sus ojos: una expresión de diversión salvaje baila en ellos, y no augura nada bueno.

—Venís con nosotros, ¿no, tío? —pregunta Carlos sacando la cabeza por la ventanilla de su coche.

—Eso no hace falta ni que lo preguntes, colega —contesta Alex poniéndose las gafas de sol con una sonrisa de oreja a oreja—. Beca, ¿a ti parece bien?

—Acabas de aceptar, ¿qué otra elección tengo? —digo sacándole la lengua y dándole un empujón travieso.

—*Touché!* —contesta y se echa a reír.

—¡Chicos, nos vemos arriba! —le dice Héctor a Carlos mientras lo adelanta con su coche.

Una vez acomodados y cuando el coche ya ha arrancado, Alex levanta mi pierna izquierda por encima de la suya y comienza a dibujar pequeños círculos peligrosamente cerca del punto de unión de mis vaqueros, como si no pudiera resistir la tentación de pintar por más tiempo. Ruborizada, le detengo.

Un hoyuelo *sexy* se marca en su barbilla; hasta ahora no me había fijado en él.

—¿Qué pasa? Ellos ya nos han visto hacer cosas peores —suelta sin ninguna vergüenza.

Le tapo la boca con las manos y miro hacia delante. Parece que nadie nos presta atención, aunque intuyo que Marta trata de ignorarnos a propósito. De pronto, Alex me pasa la lengua entre los dedos.

—¡Eh! —me quejo, y me limpio en su chaqueta de membrana impermeable.

Delante, Carlos se aclara la garganta un poco incómodo.

—Bueno, tío, ¿y qué se contaba tu viejo después de tanto tiempo? Me sorprendió que te llamara antes —comenta de pasada.

Noto que Alex deja de trazar formas sobre mi pierna y desliza la palma hasta mi rodilla, apretándola levemente.

—Nada interesante, lo de siempre —contesta con un largo bostezo, sutilmente tenso.

Le observo extrañada; es la primera vez que le oigo hablar de su padre, y no parece muy contento.

—¿Piensas invitarlo a la exposición que estamos preparando para principios de

junio?

—No lo he pensado todavía... —contesta con un hilo de voz, arrugando la frente y con la vista perdida en el paisaje nevado de la carretera—. Por cierto, ¿llevas todo el equipo detrás?

Instintivamente, pongo mi mano sobre la de él en un gesto protector.

—Claro, colega. ¿Vas a aceptar el reto de Elisa?

—Seguramente —responde Alex mirándome pensativo—. ¿Qué crees que debería hacer, Rebeca?

Alzo una ceja; acaba de utilizar mi nombre completo.

—¿También esta es una pregunta en la que ya has tomado una decisión de antemano? —inquiero algo molesta por cómo acaba de llamarme. Sabe que lo odio.

Rebeca es el nombre que escogió mi padre para bautizarme, y cada vez que pienso en ello me hierva la sangre por lo que nos hizo a todos. Arrebató a mi madre cualquier posibilidad de ser feliz y cargó sobre sus hombros toda la responsabilidad de mantener a la familia, incluida yo misma. También Miguel utilizaba el nombre entero siempre que estaba irritado conmigo, así que lo último que me apetece es oírlo de boca de Alex.

—¿No quieres que lo haga? Entonces, ¿prefieres que gane ese remilgado? —dice Alex sin molestarse en bajar la voz.

Advierto que Marta ha comenzado a resoplar.

—¡Chis! Baja el volumen —murmuro nerviosa—. No estoy diciendo eso —continúo, sentándome erguida en mi sitio con los brazos cruzados—. Simplemente no creo que necesites mi ayuda para tomar la decisión correcta.

Me mira con los ojos muy abiertos, igual que si hubiera hecho un gran descubrimiento.

—¡Eh! ¿Estás enfadada? —me pregunta Alex.

—No, no lo estoy —digo entre dientes.

—Claro que lo estás.

—¡Te he dicho que no y no insistas más! —exclamo sofocando un grito.

—Vale —concluye.

No sé por qué, pero mi exasperación aumenta considerablemente al escucharlo.

—Si quieres romperte la crisma es tu problema, Alex —respondo mirándole a los ojos y depositando todo mi enojo en él.

Nos quedamos observándonos desafiantes el uno al otro hasta que Carlos nos avisa de que ya hemos llegado al complejo. Ni siquiera sé cuánto tiempo nos hemos mantenido en la misma postura.

«¡Maldito testarudo!».

En cuanto aparcamos salgo sin esperar a nadie y respiro el aire frío. Estoy tan disgustada que hasta podría rugir. Los demás también están allí, así que me acerco a ellos con la intención de distraerme.

De inmediato, Héctor me recibe con una gran sonrisa que consigue que me serene

un poco. Mientras, el resto se adelanta hacia el edificio para alquilar el material que les hace falta. A diferencia de Alex, con Héctor no hay secretos y todo es fácil y sencillo.

—¿Qué tal el viaje hasta aquí?

—Muchas curvas... —digo sin lograr contener la ironía—. ¿Tú también vas a participar en esa estúpida competición? —pregunto recogíendome un mechón de pelo rebelde tras la oreja.

Él me observa detenidamente y se ruboriza.

—¡Lo vas a hacer! —salto estupefacta—. Pero tú no tienes ningún motivo...

De repente lo veo en sus ojos.

—Beca..., espero que no te importe —empieza a decir con torpeza pero muy serio—. La verdad es que sí hay una razón. Lo que Marta dijo en el bar aquel día no era una mentira.

Se me forma un nudo en la boca del estómago.

—Héctor, yo...

De repente, una mano me impide continuar hablando. No me hace falta mirar para saber a quién pertenece.

—¡Oye, tío! ¿Estás intentando hacer trampa? Si quieres tener alguna oportunidad, primero tendrás que vencerme en la pista —le advierte Alex en un tono insolente—. Pero no te hagas muchas ilusiones, hasta ahora nadie lo ha logrado.

Héctor aprieta la mandíbula.

—Eso está aún por ver —responde con una sonrisa confiada—. Beca, nos vemos luego —se despide bastante animado, antes de marcharse con los demás hacia las oficinas.

En cuanto Alex me suelta, le golpeo en el pecho.

—Eres un idiota. ¿Por qué me has impedido que le dijera la verdad?

—Si lo hubieras hecho justo en ese momento, aún habrías herido mucho más su orgullo —explica paciente.

Le observo sorprendida.

—¿Qué quieres decir? ¿No te das cuenta de que si él gana yo...?

—¿Tú qué? —dice alzando mi barbilla con la punta del dedo índice—. ¿Acaso no confías en mí? No voy a perder, Rebeca. Ese beso va a ser mío.

Capítulo 41



Ahora mismo sus ojos son de un azul tan insoldable que podría ahogarme en ellos.

«No voy a perder, Rebeca. Ese beso va a ser mío». Lo ha dicho sin asomo de burla en su voz, sin siquiera esa sonrisa pícara y maliciosa tan habitual en él. Simplemente ha pronunciado las palabras y me ha mirado como si pudiera escarbar dentro de mi corazón y reducir a cenizas cualquier duda sobre él.

Una chispa de celos y también de orgullo penetra en lo más hondo de mi alma; envidio su absoluta confianza en sí mismo, incluso si puede convertirse en temeridad.

—Realmente eres tozudo. Te dije que no me llamases Rebeca —replico, conteniendo mi pulso acelerado en un puño. Mi corazón late tan fuerte que me duele la cabeza.

Mientras tanto, el aire frío se cuele entre nosotros y crea nubes vaporosas con nuestro aliento, que acaba alejándose guiado por la leve brisa de la montaña.

Noto como Alex encoge el dedo índice con el que me sostiene el mentón y recorre con el pulgar la línea de mi mandíbula hasta la zona sensible de pelusilla entre la oreja y la mejilla. El tacto de su piel contra la mía es electrizante e intenso. Antes de que me dé cuenta, separo los labios y emito un sonido de placer no muy distinto al de un gato que pide mimos.

—Rebeca —repite él de nuevo, con un acento fuerte y musical que se derrama sobre mí como miel tibia. La sensación es casi tan poderosa como la de tener su boca sobre la mía—. Tienes un nombre precioso y no deberías esconderlo.

Doy un paso hacia atrás, abrumada por la carga de emociones. La punta de la nariz me arde por el viento helado y también me pica endiabladamente, como si un duende travieso estuviera soplando con suavidad sobre ella.

Estoy temblorosa, excitada y deseando que este momento no se termine nunca. «¿Qué está haciendo conmigo?», me pregunto. Con Miguel nunca perdí el control de mi cuerpo y mi mente al mismo tiempo. Siempre era consciente de todo.

—Nadie me llama así, y yo lo prefiero de este modo —insisto enérgicamente.

—Bueno, yo no soy «nadie», Rebeca. —Se agacha hasta que sus ojos quedan a la altura de los míos y me escruta en silencio. Todas las células de mi cuerpo están en tensión.

Apoyo una mano sobre la curvatura dura de su hombro izquierdo y le hago

retroceder confusa, o eso siento hasta que bajo la vista al suelo y advierto que son mis deportivas, y no las tuyas, las que han hecho un surco recto en la nieve.

—¿Intentas hacer patinaje sobre hielo? —bromea con dulzura.

Le encanta sacarme de mis casillas.

Aprieto los labios. De pronto, el teléfono de Alex suena con el pitido inconfundible de un nuevo mensaje. Me sorprende que tenga cobertura, pero no digo nada. A medida que Alex lee el mensaje, la expresión de su cara va adquiriendo distintos niveles de complejidad. Cuando termina alza la cabeza y me observa impasible.

—¿Es tu padre otra vez? —me intereso.

Sus marcadas facciones se contraen fugazmente y deduzco que no voy muy desencaminada.

—Es mi tía —contesta Alex circunspecto.

Noto como se multiplican las arrugas en el tejido del guante con el que rodea su móvil, a pesar de que su rostro sigue sin delatar emoción ninguna.

—Alex..., ¿va todo bien?

—Tengo que irme ahora mismo —dice casi en un susurro. Siento que su mente ya está muy lejos de aquí.

—¿Le ha ocurrido algo a tu tía? —pregunto, acomodándome al ritmo de sus zancadas. Él no me responde y acelera el paso en dirección a Carlos, que se encuentra con medio cuerpo inmerso en el maletero de su Mazda negro. Prácticamente estoy corriendo a su lado—. Espera, te acompañaré. Voy a avisar a los demás, no te muevas de aquí.

Me giro y echo a correr hasta las oficinas para reunirme con Marta y Laura. Cuando las encuentro, yo estoy resollando y ellas están a punto de ir hacia algún lado. A medida que me voy acercando me fijo en que ambas tienen los mofletes sonrosados y ríen demasiado alto, como si hubieran estado dando más de un sorbo a alguna bebida alcohólica para entrar en calor.

—¡Eh! ¿Qué os pasa?

Marta me señala con un dedo y se echa a reír tontamente, llamándome con un gesto de la mano.

—¿Dónde están los otros? —pregunto mirando alrededor.

Solo veo a una pareja mayor saliendo con los esquís. El hombre ayuda a la mujer a deslizarse sin caer al suelo, y aunque los movimientos de ambos recuerdan a los de un pingüino, la escena resulta entrañable y tierna. Sonrío. Sería fantástico que todos los matrimonios tuvieran una vejez así.

Marta me pasa una botellita con una pegatina donde se indica que tiene un sabor afrutado, pero la rechazo, y tampoco le pregunto dónde la ha conseguido. Yo apenas bebo, y la verdad es que ni siquiera me gusta la sensación de quemazón que permanece en la garganta después de tragar.

—Estamos celebrando que Héctor ha plantado por fin a esa lagartona. Tendrías

que haberla visto —dice Laura sin disimular su júbilo.

—La víbora ha sido aplastada —anuncia Marta entre vítores.

—¿A qué os referís? —inquiero llena de curiosidad, y entonces las detengo bruscamente con una mano—. Mejor no me lo contéis ahora, no tengo tiempo para eso. Chicas, debo irme de inmediato con Alex a la ciudad, algo ha sucedido. Luego os explicaré los detalles —balbuceo a toda velocidad.

Dejando a Marta y Laura perplejas, me dirijo apresurada al estacionamiento. No obstante, cuando solo me faltan unos metros, descubro anonadada que Alex se está marchando en el coche de Carlos acompañado de otra persona, a la que no logro identificar hasta que veo el inconfundible abrigo azul impermeable de Elisa. Y aunque me parece distinguir otra silueta, debido a la impresión no estoy segura de si solo me la he imaginado.

—Bueno, supongo que eso deja a mi hermano como el ganador incondicional de esta competición —oigo decir a Marta a mis espaldas.

Todavía bajo *shock*, doy un pequeño salto al oírla. Laura está a poca distancia de nosotras, con las rodillas ligeramente flexionadas y las manos apoyadas sobre ellas, tomándose un pequeño descanso. Cuando nota que la miramos, hace un gesto para que sepamos que se encuentra bien.

Estoy tan desconcertada que no noto el mareo hasta que se me doblan las rodillas y tengo que acuclillarme para soportar mi propio peso. El hecho de que Alex haya decidido irse con Elisa y no conmigo para algo tan importante como un asunto de familia solo puede significar una cosa: la confianza que tiene con ella es mucho mayor que la que tiene conmigo.

Una punzada de celos y el sentimiento de humillación acaban haciendo trizas mi compostura, mientras la pesadumbre se apodera de mí asfixiando las chispas de deseo y euforia que he sentido hace tan solo un momento cuando Alex decía que iba a conseguir mi beso. ¿Por qué me pidió que saliera con él si realmente no estaba interesado en mí? ¿O es solo otro malentendido?

Capítulo 42



El pecho me sube y me baja con una respiración irregular.

Marta me estudia desconsolada; en sus ojos marrones y grandes brilla la compasión. Ella también ha debido de ver como se iban los dos solos. Sin decir ni una palabra, me sume en un estrecho abrazo al que Laura acaba por unirse en cuanto toma algo de aire entre jadeo y jadeo.

—Carlos va con ellos —murmura Marta—. Nosotras tendremos que ir con mi hermano.

Creo que intenta que esa información me reconforte aunque solo sea un poco, y yo se lo agradezco, pero no me siento mucho mejor.

Cuando Héctor nos lleva de vuelta a la casa rural, salgo corriendo del todoterreno en dirección a las habitaciones de Alex y Elisa en la segunda planta. Ambas han sido vaciadas a toda prisa. Algunos cajones permanecen abiertos y las camas tienen el edredón arrugado como si se hubieran sentado sobre ellas.

Exhalo con fuerza y me masajeo el puente de la nariz.

El resto del día se torna bastante deprimente para mí. Durante la noche me remuevo una y otra vez hasta que las sábanas se escurren y acaban en el suelo. Por la mañana, mientras desayunamos, la situación tampoco es mejor. Laura se sienta a mi lado y me da unas tranquilizadoras palmaditas en la muñeca. Marta también se esfuerza por entretenerme contando un chiste tras otro y Héctor me mira de vez en cuando como si creyera que voy a desmayarme en cualquier momento, posiblemente preocupado por las grandes ojeras grisáceas que afean mi rostro. Para cuando es mediodía, todos estamos muy silenciosos. Hasta Xavi parece más taciturno de lo habitual. Tiene la mirada perdida en la chimenea y de vez en cuando toca la pantalla de su móvil, medio ausente.

—¡Nos vamos! —anuncia Héctor en tono resolutivo.

—No tenéis que hacerlo por mí —digo con un hilo de voz, pero lo cierto es que estoy deseándolo.

Héctor se rasca la coronilla y echa un vistazo alrededor. El ambiente es tan melancólico que mis palabras suenan huecas.

—Estamos demasiado cansados y, de cualquier forma, ya tenemos que regresar.

Tras sus palabras todos decidimos dar por concluido nuestro fin de semana. Emprendemos el camino de vuelta.

El coche se para frente al edificio de mi casa y yo, agotada, arrastro los pies hasta la entrada, siendo apenas consciente de cuándo me despido de Héctor y Marta. Ya son pasadas las once. Como sigo teniendo el móvil estropeado, no he podido avisar a mi madre de que volvería antes de lo previsto. Me froto los ojos con cansancio, saco las llaves de la mochila y abro la puerta de casa. Cuando estoy entrando al piso me sorprenden unos fuertes gritos. Una de las voces es la de mi madre y la otra... pertenece a mi padre.

Parpadeo y vuelvo a parpadear, creyendo que esto solo puede ser un mal sueño del que voy a despertar en cualquier momento. Pero los gritos no cesan.

—¡No tienes ningún derecho a aparecer de repente por aquí, Daniel!

—Clara, tengo todo el derecho del mundo a visitar a mis hijos. No puedes seguir impidiéndomelo. Ya han pasado dos años, y únicamente me dejaste una carta de despedida antes de llevártelos.

—No me hagas hablar, maldito embustero. Tú sabes muy bien por qué lo hice.

Durante unos segundos parece que se hayan dado una tregua, pero pronto retoman la discusión. Cierro con cuidado la puerta para que no me oigan y dejo la mochila junto al paragüero victoriano, de un verde desgastado, que hay a la derecha, detrás de la puerta.

Mamá está llorando. Nunca la había visto así, excepto el día en que mi padre nos abandonó y tuvimos que tomar la difícil decisión de mudarnos a toda prisa.

Recuerdo tan bien todos los detalles de aquella mañana que parece que un televisor estuviera transmitiendo la escena completa delante de mí en este mismo instante: mi madre corre hacia mí mientras bajo las escaleras del autocar y un poco después yo sostengo su delgado cuerpo entre mis brazos, mientras la gente murmura a nuestro alrededor con evidente curiosidad, nos critica o bien se acerca a preguntar qué ha ocurrido.

Ni siquiera llegué a despedirme de mis amigos.

Tuve la frente de mi madre apoyada sobre mi hombro todo el trayecto en metro de regreso a nuestra casa y, una vez allí, saqué algo de dinero de su bolso y se lo di a Víctor para que se fuera con nuestros hermanos menores a comer una hamburguesa al McDonald's de la esquina, junto al parque infantil. Él no hizo preguntas, como si ya comprendiera la situación, a pesar de que solo tenía trece años en aquel entonces. En cuanto nos quedamos solas, conduje a mi madre hasta el baño y le lavé pacientemente el pelo, se lo sequé con la toalla y después con el secador, hasta que quedó tan brillante y hermoso como lo llevaba siempre. Por supuesto, no le comenté nada a mi madre del preocupante nudo de pelo que había quedado entre mis dedos, y que más tarde eché a la basura dentro de una caja de leche para que ella no pudiera verlo.

Calenté dos tazas de agua en el microondas y preparé té blanco para mi madre y para mí. Esperé una larga media hora hasta que se decidió a hablar.

—Tenemos que recogerlo todo hoy mismo y marcharnos al piso que me dejó mi tía abuela, cariño. La compañía vendrá a desahuciarlos esta misma tarde —explicó

temblorosa.

Asentí una vez y me acerqué a ella para darle un gran abrazo. Un minuto después, igual que ladrones que están huyendo de la policía, las dos estábamos metiendo la ropa y los enseres más importantes en unas desgastadas maletas que mis padres habían comprado en una ocasión aprovechando una de esas ofertas especiales para familias en un gran almacén. Lo que no cupo en ellas, lo guardamos en bolsas y en cajas que, con gran amabilidad y sin hacer ninguna pregunta, nos proporcionó el dueño de la frutería que teníamos abajo. Víctor mantuvo entretenidos a nuestros hermanos hasta que le llamamos varias horas más tarde, cuando nos marchábamos en la furgoneta de un vecino al que no le importó acercarnos a la otra casa donde acabaríamos viviendo. Natalia lloró durante días, hasta que se acostumbró a sus nuevos amigos, Diego pareció el menos afectado, y Víctor sencillamente lo aceptó todo con una calma sorprendente, centrándose por completo en sacar buenas notas para iluminar la cara de nuestra madre.

La imagen se desvanece lentamente según voy regresando al presente. De pronto, mamá parece verme y se lleva una mano a la boca con horror, alertando a mi padre. Él se vuelve hacia mí a cámara lenta y me observa con el rostro pálido.

—Rebeca... —me llama.

Sin responderle, entro en la cocina y abro una botella de agua cuyo contenido vierto sobre su cabeza.

—Largo —digo cortante.

Él me observa con una expresión de abatimiento; tiene el flequillo pegado a la frente y la nariz le gotea lastimeramente. Por primera vez desde que he llegado, me fijo realmente en él. Va arreglado como si fuera un gran empresario a quien le ha sonreído la vida, lo que aún resulta más contradictorio.

—Rebeca, hace tanto tiempo que no nos vemos...

—Deja de atormentarnos —digo enfurecida—. No te necesitamos.

Le empujo hacia la salida hasta que comprende que no va a conseguir nada más.

—Está bien. Volveré otro día —asegura.

—No te molestes. No te recibiremos —le advierto cerrándole la puerta en las narices.

Mamá se acerca por detrás permitiéndome oler su familiar perfume, pero se mantiene a una distancia prudencial, como si temiera que fuese a explotar.

—¿Dónde están mis hermanos? ¿Le han visto? —pregunto.

Noto que me estoy asfixiando. Agarro el pomo y dejo que cargue con parte de mi peso.

—Los he dejado con una vecina. Pasarán la noche allí —me tranquiliza en un tono suave.

Se sorbe la nariz.

—Lo siento —dice perdiendo la voz hacia el final.

—No tienes de qué disculparte, mamá.

Se queda en silencio.

—Iré a recogerlos. Cuantos menos favores pidamos, menos tendremos que devolver después —decido—. ¿Con qué vecina están?

Al principio mamá parece reacia a decírmelo, pero luego accede.

—Están con la mujer de los cuatro gatos. Loli.

—De acuerdo. No tardaré —murmuro.

Sin decir nada más, miro por la mirilla. Papá ya se ha ido y el pasillo está sumido de nuevo en la oscuridad.

A medida que mis pasos me dirigen al ascensor mi cerebro trata de asimilar lo que acabo de ver. Él ha vuelto y con su regreso también han vuelto muchas preguntas.

Definitivamente, mi mundo ahora mismo es un caos emocional y solo puedo pensar en que aún tengo que hacer los deberes de física y matemáticas para mañana.

Capítulo 43



Intento contener el sentimiento de ahogo que atenaza mi garganta y me obligo a esbozar una gran sonrisa antes de pulsar el botón del timbre.

Loli me recibe con su pelo canoso peinado hacia atrás en un moño bajo. Viste una bata dos veces más grande que ella y sujeta precariamente a la cadera con un cinturón. Se la nota bastante desmejorada, como si en lugar de cincuenta y ocho años recién cumplidos acabara de sumar diez más. Pero no me sorprende: únicamente se arregla cuando sale a la calle.

—¡Hola, hija! ¿Vienes a recoger a tus hermanos?

Asiento con la cabeza.

—Hola, Loli —la saludo.

Es la vecina que el otro día subió con Alex y conmigo en el ascensor, pero estoy tan agotada que ni siquiera tengo fuerzas para ruborizarme.

—Ahora te los traigo. ¿Quieres entrar un momento? Tengo galletas recién horneadas.

Noto como me observa unos instantes con la boca ligeramente entreabierta.

—¡Oh, no, tranquila! No quisiera molestar. —Tengo las uñas de la mano derecha clavadas en el centro de la palma. Ella se da cuenta y pone una expresión comprensiva.

—Hija..., ¿tu madre se encuentra bien? Antes la vi algo alterada.

Su tono de voz es tan sosegado y delicado que no estoy segura de haberla entendido bien.

—Sí, gracias. No te preocupes —contesto al fin evitando dar muchos detalles.

Antes de desaparecer por el pasillo que conduce a las habitaciones me sonrío, y se le forman varias arruguitas en el borde de los ojos. Unos minutos después regresa con Diego, que sostiene una galleta gigante con virutas de chocolate, y Víctor, que carga sobre su espalda a una soñolienta Natalia. Intento cogérsela, pero él me dirige una mirada tranquilizadora y avanza un paso. Sé que me está pidiendo que confíe en él.

—Gracias por todo, Loli. Siento que hayamos tenido que molestarte a estas horas de la noche.

Loli rechaza con un gesto de la mano mi disculpa y me entrega una bolsa de plástico blanca que desprende un delicioso aroma dulzón.

—Para nada, mi niña. Y espero que contéis conmigo más veces. Me lo he pasado

estupendamente con ellos.

Un gato de tonalidades canela se le enrosca al tobillo y ella se agacha a acariciarlo.

Nos despedimos y subimos hacia nuestra casa sumidos en un pesado silencio.

Al llegar, tomo una larga bocanada de aire y sacudo los hombros para armarme de valor. Entro en casa con mis hermanos siguiéndome de cerca. Diego no dice nada y se va directo al baño y Víctor se me queda mirando, como si quisiera hacerme alguna pregunta incómoda. Pero no la hace.

—Buenas noches —murmura abatido, y se marcha a mi habitación para dejar a Natalia. Quizá sea mejor así por ahora.

—Buenas noches —digo en un susurro.

Entro en la cocina y clavo la vista en la botella de plástico vacía que hay sobre la encimera, recordando lo sucedido hace un rato. Luego centro la atención en mi madre, que está enmendando el estropicio del suelo con la fregona. En la zona por donde sujeta el palo tiene la piel de las manos seca y agrietada, debido a su trabajo en la empresa de limpieza. Sin decir nada, paso por delante de ella para abrir el frigorífico, saco una caja de zumo y me sirvo un vaso. Por el rabillo del ojo veo como le tiembla el pulso.

—Mamá...

Ella restriega con más fuerza la zona húmeda.

—Mamá —repito suavemente.

—Antes no te oí llegar, Beca. ¿Cuánto llegaste a escuchar, de lo que hablamos tu padre y yo? —Exprime con fuerza la fregona en el cesto agujereado del cubo, avanza hacia la mesa y toma asiento.

—¿Es verdad que has impedido que papá se acercase a nosotros durante todo este tiempo? —pregunto tras tomar un sorbo de zumo y mientras guardo la bolsa llena de galletas en el armario de los cereales.

Noto que sus hombros se destensan visiblemente.

—No me arrepiento de haberlo hecho, hija. Era la decisión más adecuada en aquel momento. —Parece exasperada.

Reprimo una risa amarga.

—¿Cuánto más estás callando, mamá? —la provoco.

El teléfono suena; eso la salva de contestar y me permite ver a cámara lenta como coge la llamada igual que si se agarrara a un flotador en medio del océano. De pronto, su expresión se torna gélida.

—¿Quién eres? No, aquí no conocemos a ningún Alex. No, por supuesto que no.

Abro la boca; tengo el corazón en el paladar, a punto de practicar salto libre usando mi lengua como trampolín. Respiro profundamente y me calmo.

—Es para mí, mamá —digo impidiendo que cuelgue y arrebatándole el inalámbrico de las manos.

Mi madre hace ademán de levantarse pero no se va de la cocina.

—Espera un momento, Alex.

Le dedico una mirada cargada de intención y ella termina marchándose con evidente desaprobación en sus ojos entornados.

—¿Alex?

—¡Hola, nena! —contesta excesivamente contento.

De fondo se escucha música techno a todo volumen entremezclada con los gritos de muchas personas.

—¿Alex? Apenas te oigo... ¿Desde dónde me llamas?... ¿Estás trabajando ahora? —La línea suena entrecortada y no entiendo lo que me responde—. Dame un segundo.

Me dirijo hacia el salón y descubro a mi madre alejándose enfurruñada del otro teléfono que tenemos, además del que estoy usando ahora mismo. Frunciendo el ceño, me lo llevo también para la cocina y me encierro. Si no fuera por lo sobrecargados que han sido estos días, le habría hecho algún comentario acerca de su fea tendencia al espionaje.

—¡Eh, nena! ¿Me oyes mejor ahora? —oigo decir a Alex.

Debe de haberse ido hacia los baños, porque el ruido se ha amortiguado.

—Deja de decir «nena». No me esperaste —le recrimino de inmediato.

—¿A qué te refieres? —pregunta haciéndose el inocente.

Me muerdo un extremo del labio inferior y contengo un gemido de impotencia. Cómo me gustaría poder tenerlo delante y ver su cara.

—Al sábado por la tarde. Te fuiste sin esperarme —repito pacientemente.

—¿Ah, sí? Vaya...

Estoy alucinando. ¿A qué ha venido ese «vaya»? Debe de estar jugando conmigo. Balanceo el vaso, casi vacío ya, sobre la mesa.

—Alex, me dejaste plantada y te marchaste con Elisa —le espeto.

—También iba Carlos. ¿Por qué te enfadas?

Me quedo muy quieta.

—Tío, ¿estás de broma? Te dije que te acompañaría. ¿Por qué lo hiciste?

—Tenía algo de prisa. ¡Eh, venga! —empieza a decir en tono persuasivo y meloso—. No te enfades, te he extrañado mucho. Llevo desde ayer queriendo oír tu voz.

Alarga las vocales de manera cómica, haciéndome reír. Definitivamente, está borracho.

—Bueno, eso es culpa tuya —digo, cada vez menos molesta.

—Cierto, te debo un móvil. Quedemos mañana para mirar uno —decide con sorprendente facilidad.

—Mañana trabajo y tengo clase —contesto—. Pero si me cuentas qué sucedió después de que te marcharas, quizá haga una excepción —propongo cautelosa.

Al no oír su respuesta, pego aún más la oreja contra el auricular. La musiquilla del local ocupa los silencios de la conversación.

—¿Estás sola? —pregunta Alex de repente cuando estoy a punto de llamarlo.

—¿Cómo?

—La de antes era tu madre, ¿no?

—Sí, ¿por qué quieres saberlo?

—Quiero decirte cosas guarras.

—¿Perdona? —La palabra sale de mi boca como un graznido.

Oigo su risa juguetona.

—Voy a colgarte, Alex. Pégate una ducha fría y vete a dormir a casa.

—Aguafiestas. Son solo las doce —se queja.

—¿Y eso qué tiene que ver? Mañana hay clase.

—Es la hora del cuento, cuando Cenicienta se quita el vestido y el príncipe la persigue.

—En realidad pierde un zapato —le corrijo muy seria. De pronto me doy cuenta de lo que acabo de hacer—. ¡Oh, por Dios, tío! Me estás haciendo desvariar también a mí. ¡Buenas noches, Alex!

—Espera, no cuelgues todavía. ¿No vas a leerme el cuento?

—¿Qué cuento? —respondo desorientada.

—El de la sexy Cenicienta que encuentra a su cachondo príncipe azul.

—No seas niño. Búscalo en Google, con un poco de suerte lo encontrarás animado en Youtube —me burlo, mientras me enrosco un mechón de pelo en un dedo.

—Mañana iré a recogerte —dice cambiando de nuevo de tema.

Aunque empiezo a acostumbrarme, todavía me cuesta seguirle el ritmo.

—Dulces sueños —me despido sin más.

—Voy a soñar muy sucio contigo. No creo que pueda dormir, Rebeca.

—No me llames Rebeca —replico.

La línea se corta justo en ese momento, lo ha tenido que hacer adrede.

Con un suspiro soñoliento, salgo de la cocina embriagada de una agradable sensación que envía calor hacia mi estómago. Después de hablar con Alex me siento mucho mejor.

Meto mi vaso en el fregadero y doy un ruidoso bostezo.

Al ir hacia mi habitación la puerta del cuarto de mi madre se abre. Me asusto y retrocedo un paso.

—¿Quién es ese chico que te ha llamado?

La miro confusa unos segundos, hasta que comprendo lo que acaba de decir. Me quedo callada.

—¿Qué tipo de hija he parido? ¿Una cualquiera?

Abro los ojos perpleja, no puedo creer lo que acaba de insinuar.

—¿Esta es la razón por la que el pobre Miguel ni siquiera se atreve a visitarnos?

Me quedo petrificada donde estoy.

—Así que es cierto... Él lo sabe. ¿Cómo has podido hacer algo tan repugnante y...? —Parece que no encuentre vocabulario lo bastante contundente para describir

mi comportamiento.

—¿Por qué estás siendo tan mezquina, mamá? ¿Vas a acusarme así sin más?

—Corta lo que sea que tengas con ese... ese delincuente —me interrumpe sin atisbo de comprensión— y discúlpate mañana mismo con Miguel, Rebeca. Si te resulta difícil, yo me encargaré de invitarle a comer a casa y os dejaré un rato a solas para que habléis —añade, malinterpretando mi silencio.

—Alex no es un delincuente, mamá. Ni siquiera lo conoces.

Me observa atónita.

—Sé lo que es bueno para ti, hija. Y te aseguro que el tipo de chico que llama un domingo a estas horas mientras está de fiesta con sus amiguitos no lo es. ¿No te das cuenta de que podría haber despertado a tus hermanos?

—Mamá, que acaban de irse a la cama... ¿Por qué tienes que ver solo lo malo? ¿Por qué no piensas también un poco en mí?

—Algún día, cuando seas madre, comprenderás por qué hago lo que hago, hija.

—Sí, claro, como lo de mantener en secreto lo de papá durante dos años, ¿verdad?

Al momento de decirlo, comienzo a arrepentirme. Era lo último que quería recriminarle a mi madre. «¡Maldita sea! ¿Por qué tengo que estar tan cansada?».

—Mañana Miguel vendrá a comer. Piensa en algo bonito que ponerte —sentencia, y regresa a su cuarto.

Me quedo sola de nuevo en la oscuridad. Un sentimiento de pesadumbre impregna cada poro de mi piel y me roba la poca energía que pudiera tener. Con un punzante dolor en el pecho, pestañeo para evitar que las lágrimas ardientes que me queman los párpados se deslicen por mis mejillas.

Capítulo 44



Echada sobre la cama de mi habitación observo el techo tenuemente iluminado por las estrellas de pegatina fosforescentes de mi hermana, que ahora mismo está acurrucada en el hueco cálido que hay entre mi brazo y mi pecho. Hace un rato se despertó debido a una pesadilla; estaba convencida de que había un monstruo escondido en nuestro armario, pero conseguí tranquilizarla cantándole bajito una nana improvisada hasta que volvió a coger el sueño.

Noto un leve tirón por encima de mi vientre y veo que, mientras duerme plácidamente, su manita regordeta e infantil se agarra a la tela de mi camisón blanco y azul con jirafas. Sé que los tres, Víctor, Diego y Natalia, presienten que algo está sucediendo, y aunque aún no han preguntado nada pronto tendremos que decirles la verdad. Papá ha vuelto.

Paso el resto de la noche pensando, tomando decisiones acerca del rumbo que está tomando mi vida. Ni siquiera advierto que ya ha amanecido. Únicamente regreso a la realidad al sonar el despertador con forma de mariquita que hay en la mesilla, advirtiéndome de que ya es la hora de ir a clase.

Aparto una de las piernecitas de Natalia y salgo sin hacer el menor ruido de la cama cerciorándome de que la manta la vuelva a cubrir hasta los hombros. Me visto con rapidez y me recojo el pelo en una coleta alta. Al dirigirme a la cocina, me encuentro con mi madre tomándose un café y leyendo un número antiguo de una revista de cotilleo.

—Buenos días —saludo.

Encima de la vitrocerámica hay otra taza recién preparada, humeante.

Frunzo el ceño.

—¿Esto es para mí? —pregunto precavida. No sé si está buscando hacer las paces conmigo, o si simplemente es una de esas veces en que hace una concesión sin razón aparente que la mueva a ello.

—Puedes bebértelo si quieres —responde lentamente.

Doy pequeños sorbos para no quemarme la lengua y la miro con disimulo a través de las pestañas.

—Voy a matricularme en una academia para sacar el carné de conducir —digo despacio, y estudiando su reacción.

—Me parece bien —contesta pasando de página aparentemente indiferente a la

conversación que estamos teniendo—. También tendrás que empezar a mirarte un coche. ¿Tienes dinero ahorrado para pagarlo?

—Sí. Los padres de Marta se van a comprar un coche nuevo y su madre me ha ofrecido a buen precio su Renault Clio —respondo de inmediato sin esconder la emoción que me embarga.

Mi madre levanta la vista y apoya la taza sobre un mantelito de flores rojas.

—¿Y los estudios? Entre el trabajo y las clases, no sé si vas a tener tiempo para sacarlo todo adelante. No me gustaría que enfermaras.

Doy un largo trago y cojo una de las galletas que nos ofreció Loli la noche anterior, tomándome mi tiempo para contestar.

—Hoy voy a renunciar a mi trabajo como repartidora de publicidad. —Doy un mordisco y el chocolate mezclado con la masa crujiente llena todo mi paladar—. Lo he pensado mucho y creo que por ahora es lo mejor. Además, cuando la llamé el viernes pasado para pedir libre el fin de semana, Rosa me propuso hacer horas extra en La Abuelita siempre que estuviera libre. Por supuesto, me las pagarían —aclaro rápidamente al notar su reticencia.

—Uhm...

Parece meditarlo.

—Si es lo que quieres, adelante —dice al fin. Un destello de orgullo maternal se refleja unos instantes en sus pupilas.

Respiro aliviada y tomo una servilleta para limpiarme las comisuras de la boca.

—¿Vas a ir a clase con eso puesto? Marta te regaló un conjunto muy bonito, ¿qué tal si te lo pones?

De pronto, el último trozo de galleta se me atraganta y unas cuantas migas me saltan de la boca al toser. Mi madre me pasa enseguida un vaso de agua. Angustiada, lo rechazo y me alejo unos cuantos pasos de ella.

—Mamá, no voy a ponerme guapa para Miguel —le anuncio cuando estoy justo bajo el marco de la puerta de la cocina—. Él y yo hemos roto.

Al decirlo siento como si acabaran de entregarme las llaves de mi propia celda.

—Hija...

No me quedo a escucharla. Termino de arreglarme para ir al instituto sin volver a mediar palabra con ella, ya que no parece tener la intención de ser la primera en ceder.

Unas horas más tarde, a la salida de clase me encuentro con que Alex ya me está esperando fuera, subido sobre su moto en una pose que hace brillar cada partícula de masculinidad que hay en él. Reparo en que unos cuantos chicos de primero lo rodean y señalan con admiración la maquinaria de la moto. Alex se baja de ella, cruza los brazos sobre su pecho e intercambia varios gestos de aprobación ante algunos de los comentarios que recibe.

Instintivamente, me fijo obnubilada en que sus extremidades fuertes y fibrosas tiran de las costuras de su camisa, hoy a cuadros negros y blancos, como no podía ser

de otro modo. De repente, Marta me da un empujón por la espalda que me hace trastabillar, y yo la fulmino con la mirada.

—¡Eh! ¿Qué problema tienes, tía?

Me ajusto la mochila al hombro.

—Ninguno, pero tú tienes uno y muy serio, Beca —replica señalando con un gesto de los ojos la entrada.

Miro hacia donde indica y descubro que Miguel se acerca hacia el grupo a paso decidido.

—¡Mierda! —suelto inconscientemente, antes de echarme a correr.

Capítulo 45



—No os dejéis engañar. Solo es un delincuente —dice Miguel en voz alta. Varias cabezas se vuelven con curiosidad.

Me quedo a apenas unos metros de ellos, observándolos. Marta y Laura no tardan en aparecer a mi lado.

—Me huelo pelea de gallitos. ¿Debería ir a por las palomitas? —dice Marta, entusiasmada con la idea.

Resoplo.

—Por supuesto que no. Esto es un centro público repleto de menores. Los profesores no lo van a permitir —le espeta Laura con demasiado ímpetu, y a continuación me mira inquieta—. ¿Verdad, Beca?

De algún modo, su pregunta me pone aún más nerviosa.

—Laurita, mi amor..., ¿desde cuándo comer palomitas está prohibido aquí? —replica Marta tomándole descaradamente el pelo.

—Sabes que no me refería a eso. ¿Puedes ponerte seria al menos por una vez?

—¿Y quitarle la diversión a la vida? Sigue soñando, tía.

Pestaño aturdida. Si lo hubieran visto reaccionar como pude verlo yo hace unos días, dudo que desearan presenciar lo que Alex es capaz de hacer cuando está furioso de verdad. Hago caso omiso de ambas y me centro en la escena que tengo delante.

Veo como Alex pone una breve mueca de irritación que endurece las elegantes líneas de su barbilla, pero acto seguido adopta una expresión de total indiferencia mientras se rasca la nuca, revolviéndose una parte de su lustroso pelo. A pesar de que nadie más se percata del cambio, a mí no logra engañarme. La manera en que sus cejas ensombrecen su mirada es una clara advertencia de que está conteniéndose para no acabar lo que empezó el sábado en la nieve.

Sin responder al insulto de Miguel, da unos golpecitos con orgullo sobre la tapicería de la moto y sonrío ante una de las preguntas que le hace uno de los chicos de primero; también ellos parecen decididos a dejar pasar el asunto. Algo de lo que estos le dicen hace que Alex levante la vista y busque a alguien entre la multitud de estudiantes que regresan a sus casas para comer. En cuanto me ve, me lanza una mirada intensa que envía mariposas directas a mi estómago. Ruborizada, veo como se despide con un choque de puños de su grupo de admiradores y luego alza alegremente una mano y se dirige a mi encuentro.

No puedo evitar sentir un estremecimiento de expectación, pero la sensación acaba pronto: Miguel, no satisfecho con el desprecio que acaba de recibir, vuelve a hacer otro comentario malicioso en voz baja. Abruptamente, Alex se detiene y recula hacia atrás. Con el corazón bailándome en las manos, observo como intercambian una serie de murmullos incomprensibles que oscurecen sus rostros, hasta que Alex se gira de repente, golpea a Miguel en el hombro y luego empieza a alejarse de él con una sonrisa triunfante que cuelga pendencieramente de un extremo de su boca.

Mientras viene hacia mí, me fijo en que cada paso que da transmite confianza en sí mismo y un estilo propio que atrae como un imán las miradas de cuantos lo rodean. Y aunque sé que no soy la única que lo devora con los ojos, en estos momentos me alegro de ser la que realmente capta toda su atención. Alex es toda una provocación; despierta en mí una imaginación turbia repleta de imágenes sobre sus besos y sus dedos largos. Noto con vergüenza lo rápido que mis pechos recuerdan sus caricias, endureciéndose bajo las capas de ropa que me cubren.

Sin mucho interés, echo un vistazo por encima de Alex y veo que Miguel aprieta los puños mientras lo contempla irse con pinta de haber comido carne en mal estado; pero esta vez no dice nada y acaba por marcharse en un desfile bochornoso de movimientos rígidos hasta desaparecer tras los muros de ladrillo que rodean al instituto.

Alex me pasa un brazo por los hombros atrayéndome hacia él posesivamente y saluda con un gesto de cabeza tosco a Marta y Laura. Laura parece encantada, todo lo contrario a Marta, que ni se molesta en responder.

—No me gusta ver a ese tipo cerca de ti —me sisea Alex al oído, para que solo yo le oiga.

Mis amigas dan un paso hacia delante para intentar escuchar nuestra conversación.

Carraspeo.

—No hay nada que pueda hacer sobre ese asunto. ¿Por qué has venido? —pregunto nerviosa. Él siempre consigue ese efecto en mí.

Alex pega sus labios sobre mi sien y se echa a reír, produciéndome un cosquilleo en la piel. Cuando intento apartarle de mí, me estrecha más contra su pecho haciéndome encajar a la perfección pero impidiendo que podamos andar con normalidad.

—¿Responde eso a tu pregunta? —me contesta por fin con un toque impertinente que hace que me flaqueen las piernas y se me derrita el cerebro.

—No pensé que anoche lo dijeras en serio. Entonces... ¿vas a contarme qué sucedió cuando te fuiste?

Se separa un poco, aunque sin llegar a soltarme, y se frota el estómago.

—Antes te invito a comer algo. Claro..., si es que realmente quieres saber toda la verdad —deja caer despacio.

Juego con las gomas que rodean mi muñeca y continúo caminando en silencio

hasta que salimos del recinto. Sin pretenderlo, con una punzada de remordimiento, pienso en mi madre esperándome. ¿Habrá invitado a Miguel a casa?

—Está bien —acepto, y me subo detrás de Alex en la moto. Vuelvo la cabeza hacia mis amigas—. Os veo mañana, chicas.

Alex me ofrece un casco, el mismo que utilicé cuando me llevó a su estudio, y me lo pongo. Al momento, ajusta mis manos en torno a su cintura.

—Agárrate bien, Rebeca.

—Te he dicho que no me lla...

No puedo terminar la frase, porque salimos disparados hacia delante quemando el asfalto en una carrera frenética.

—¡Oh, Dios! ¡Alex! —grito pegando mi cuerpo cuanto puedo al suyo.

Sus carcajadas rebotan burlonas en mis oídos.

—¡Voy a matarte en cuanto bajemos! —le amenazo casi histérica.

El aire sacude mis extremidades con fuerza y me impide decir nada más. Un rato después, estamos aparcando en el garaje de un centro comercial.

Tengo las manos tan agarrotadas que ni siquiera soy capaz de retirarlas. Creo que por fin he aprendido una importante lección: es mucho más fácil dejar que Alex se salga con la suya que contradecirle.

—No es que me moleste seguir así, cariño, pero me ha parecido oír el ruidito de alguien hambriento. ¿Eres tú?

Avergonzada, me echo hacia atrás con rapidez y doy un salto algo torpe para bajar rehusando su ayuda.

—Pues te equivocas. Habrá sido el motor. ¿No has pensado en llevar la moto a algún mecánico? Tiene un serio problema de «exceso de velocidad» —ironizo, todavía intentando calmarme.

Me suelto el pelo y me preparo para recogermelo de nuevo, pero Alex me quita la goma.

—¿Y ahora qué pasa? —pregunto en tono de fastidio.

—Me gusta más así.

Niego con la cabeza y saco de mi muñeca otra goma para el pelo. Entonces él repite la operación. Lo miro atónita.

—¿Te parece divertido?

—Me pareces preciosa —contesta.

«¡Maldito!». Acaba de conseguirlo de nuevo.

Enfurecida, echo a andar hacia las escaleras mecánicas que conducen a la planta superior, donde están todas las tiendas. Al no escuchar ruido de pasos, me detengo y miro por encima del hombro. Alex está contemplándome con una mezcla de satisfacción y jovialidad misteriosa. Al levantar la cabeza nuestras miradas se cruzan de manera casi carnal, provocando que los dedos de los pies se me encojan dentro de las zapatillas de deporte.

Respiro hondo, levanto una mano y con dos dedos hago el gesto de dispararle con

una pistola; de inmediato, él se lleva las manos al pecho y finge una muerte dolorosa.

Me echo a reír.

—¡Vamos! —le apremio yendo a por él.

Enseguida me coge la mochila con naturalidad.

Para asegurarme de que esta vez no se queda atrás, le tiro de un brazo y prácticamente le arrastro hasta la entrada.

—Ya puedes dejar de hacerte el muerto —le digo cuando estamos subiendo por la escalera mecánica y él aprovecha para cargar todo su peso sobre mí.

Su cuerpo casi me cubre por completo, y eso no es que facilite precisamente que mi ritmo cardíaco trabaje con normalidad.

—Estoy agotado —murmura cerca de mi oído, calentando la zona de piel al descubierto—. Dame energía —exige.

—Pues alquila un cochecito para niños. Yo he dormido mucho menos que tú —me quejo.

De inmediato, cierro la boca y me pongo tensa.

—Eh, Rebeca..., ¿soñaste lo mismo que yo anoche?

Me guiña un ojo.

Le aparto de un empujón como puedo entre risas, y él cede a regañadientes.

—No es eso... Yo...

Estoy a punto de hablarle de mi padre cuando la expresión de Alex cambia por completo, enfriándose hasta alcanzar un grado de furia atemorizante. Sigo la dirección de su mirada y me encuentro con lo que tanto lo ha perturbado.

—¿Hijo?

Un hombre con el pelo de un rubio ceniza casi blanco, y que es la versión adulta de Alex, está frente a nosotros acompañado de la mujer morena de piernas largas que me dio su tarjeta hace unos días, la que confundí con una fan acosadora. ¿Quién es ella realmente?

Trato de calmarme pero no sé muy bien cómo actuar. Le echo un vistazo a Alex para ver su reacción, pero él permanece callado igual que un tigre acechando a su presa.

Inquieta, vuelvo a mirar a su padre, todavía impresionada por el gran parecido entre ambos. Noto que un escalofrío recorre mi espina dorsal; hay algo fuera de lo común en él, un cierto toque de excentricidad aderezado con una advertencia de peligro que aumenta su atractivo, ya de por sí visible en su aspecto físico. No debe de pasar de los cincuenta años y se mantiene en forma.

—¿Qué haces aquí? —gruñe Alex.

Doy un paso hacia Alex sin llegar a tocarlo; creo que si lo hiciera desataría una bomba nuclear.

—Hola, Alex. Tenía ganas de volver a verte. Tu madre y yo acabamos de mudarnos a Madrid —responde su padre con un acento bastante marcado, como si le costara horrores hablar una sola palabra de español, aunque supongo que lo hace por

respeto a mí y a la mujer que está a su lado. De pronto, me mira y sonrío—. Encantado de conocerte, soy el padre de Alex. ¿Cómo te llamas?

Emocionada y un tanto acalorada por su seductora sonrisa, doy un paso adelante para presentarme, pero Alex no me lo permite.

—Eso a ti no te incumbe para nada —le suelta cortante—. Responde primero a lo que te he preguntado. ¿Qué haces aquí?

Su padre arruga levemente el ceño, pero no dice nada sobre el rudo comportamiento de Alex.

—Tu madre y yo hemos decidido volver a estar juntos. No creo que eso sea...

—Y una mierda.

—Alex... —interviene la mujer, con aspecto alarmado—. No le hables así a tu padre. Él ha estado muy preocupado por ti todos estos años, desde...

—No digas ni una puta palabra más, Sofía.

—Ya basta, Alex. Sofía no tiene la culpa de nada —le censura su padre con el entrecejo aún más fruncido. Y a continuación empieza a hablar rápidamente en otro idioma y Alex le responde con igual intensidad. Se me pone el vello de punta. Lo que dicen no debe de ser nada bueno.

Trago saliva, sintiéndome bastante preocupada. No me cabe duda alguna sobre su relación de parentesco: la misma vitalidad corre por sus venas con fuerza. De pronto, Alex tira de mí sin darme tiempo siquiera a despedirme, y acabamos en la primera tienda que encontramos, que resulta ser de ropa interior.

Sus dedos se clavan en mi muñeca haciéndome daño, pero no hay forma de tranquilizarlo. Una joven dependienta no mucho mayor que nosotros nos impide pasar a los probadores, pero no tarda en lanzar una miradita extasiada en cuanto ve a Alex.

—Lo siento, pero no pueden entrar si no llevan nada que probarse —nos advierte acongojada con un ligero tartamudeo.

Sin contestar, Alex arranca unos cuantos sujetadores del perchero sobre el que otras clientas han ido dejando las prendas que no les interesaban y me lleva al interior de uno de los cubículos, cargando con los sostenes sin ninguna sutileza. Por suerte, la chica no comenta nada al respecto, a pesar de que su cara ya lo dice todo.

En cuanto estamos solos, Alex deja caer violentamente al suelo todas las perchas y atrapa mi boca de forma salvaje, vertiendo toda su rabia en mi interior igual que un colador por el que solo pasa la mejor parte de su sabor, lleno de emociones y sin ningún control. Al instante, en cuanto su lengua cálida lame la mía, percibo en su aliento un aroma de regaliz y café. El resto de sensaciones no se hacen esperar por mucho tiempo más, cuando el frío metal de su *piercing* consigue arrancarme un quejido de placer que inunda todos mis sentidos.

Noto como sus hombros se encorvan sobre mí, recogíendome, y la manera fiera en que su brazo libre me sostiene por la espalda y tira hacia él, como si quisiera fundirme con su cuerpo.

Ahora mismo no puedo sentir nada más que a Alex. Sé que él me necesita y yo puedo darle lo que quiere.

Las preguntas pueden esperar.

Capítulo 46



Los espejos de las paredes me reflejan como una sombra borrosa, devolviéndome la imagen de lo que estamos haciendo. Alex continúa besándome con fuerza, indiferente a la voz que desde fuera pregunta si sucede algo en el probador. Todo ello se va entremezclando desordenadamente en un tornado invisible que nos envuelve y agrava mi cansancio acumulado de noches sin dormir, discusiones en serie y sorpresas no bienvenidas. De pronto siento que la ansiedad empieza a apoderarse de mí a una velocidad vertiginosa. No puedo respirar.

Golpeo el pecho de Alex y él me suelta con un brillo atormentado en sus pupilas.

—Tenemos que dejarlo aquí —digo con voz trémula.

Estoy jadeando, y él también, aunque lo hacemos por motivos distintos.

—¿A qué te refieres? —me pregunta extrañado—. Rebeca, estás temblando. ¿Te encuentras bien?

Un sudor frío me recubre la piel.

—Estoy mareada —consigo decir—. Creo que he agotado toda mi energía. —Y sin venir a cuento empiezo a reírme.

Alex se quita la camisa y me la pasa por los hombros con una ligera sonrisa.

—Eso me hace sentir un poco culpable —reconoce, dudando entre sentirse orgulloso o preocupado.

De repente, la cortina se abre y la dependienta de antes nos mira en silencio. Creo que ver a Alex en camiseta de tirantes le ha hecho olvidar sea lo que fuese que tuviese intención de decirnos. La chica baja la vista por fin hacia el suelo, donde están todos los sujetadores tirados, y luego me observa demasiado pensativa.

Adivinando mis pensamientos, Alex me apoya contra la pared y se agacha para recoger las perchas, que entrega a la dependienta con una sonrisa cautivadora.

—Creo que nos hemos equivocado de talla. Te quedaban pequeños, ¿verdad, cariño?

Asiento con la cabeza mientras me muerdo la lengua, sin saber si reírme o caer desmayada, y me dejo llevar por la cálida mano de Alex, que me guía hacia el exterior de la tienda.

Poco a poco me doy cuenta de que estamos regresando al garaje.

—¿Adónde vamos? —pregunto intrigada—. Creía que íbamos a comer.

—Y eso vamos a hacer. Voy a prepararte un succulento plato italiano con el que te

vas a relamer los dedos y recuperarás mágicamente las fuerzas. Te aseguro que después de que lo pruebes no querrás volver a comer otra cosa.

—Eso podría ser un problema. Podrías correr el riesgo de tenerme en tu cuarto cada vez que tuviera hambre.

Los ojos de Alex me lanzan destellos con pura diversión y un matiz prometedor que enardece cada parte oculta y sensible de mi cuerpo.

—Creo que podré sobrellevarlo, siempre que tú pongas el postre —dice relamiéndose descaradamente.

Le doy un empujoncito con el codo, lo que incrementa sus carcajadas.

Un cuarto de hora más tarde estamos subiendo por el ascensor de su residencia. Él me mira y yo le imito. Es un juego de resistencia cuyo objetivo va atenuándose hasta acabar perdido en algún lugar entre el primer piso y el piso en el que nos encontramos. Todo está bastante silencioso y no hay nadie a la vista. Alex tira de mí hasta la puerta de su habitación, me hace pasar a mí primero, y luego entra él y cierra la puerta.

Advierto que deja la llave puesta de modo que nadie más pueda entrar.

—Siéntete como en tu casa —me dice. Deja mi mochila sobre el escritorio y se va al servicio para lavarse las manos.

—¿Carlos no viene? —me intereso, buscando algún sitio donde sentarme. Todo parece ocupado excepto las literas, así que me acomodo sobre la cama de abajo dejando que mis pies cuelguen al otro extremo.

—Hoy come fuera.

Hago un ruidito de entendimiento. Jugueteo con los dedos sobre el edredón y luego desvío la mirada hacia el armario. De inmediato, me siento enrojecer al recordar lo que ocurrió allí dentro.

Alex sale en ese instante y se pone a preparar los ingredientes. Parpadeo soñolienta, resistiéndome a caer dormida sobre el colchón mientras él está cocinando. Parece un hermoso arcángel llevando un programa de cocina.

—Échate un rato. Te avisaré cuando la comida esté lista.

—Debería ayudarte —objeto, dando un largo bostezo.

Él me dedica una mirada burlona.

—Está bien, gruñón, descansaré un poco. Pero despiértame si necesitas cualquier cosa —le hago prometer.

Me quedo pensativa.

—¿Puedes prestarme tu móvil un momento?

—Claro —responde—. Puedes cogerlo tú misma.

—¿Dónde lo tienes? —pregunto, revisando la habitación sin lograr ver nada parecido a un teléfono.

—En el bolsillo trasero de mis pantalones —contesta tranquilamente mientras corta varias salchichas sobre una tabla de madera.

Niego con la cabeza y resoplo con una medio risita mosqueada. Cuando estoy

justo detrás de él, me quedo quieta.

—¿Podrías pasármelo tú, por favor? —le pido muy educadamente.

—Tengo las manos ocupadas, musa. ¿Te importaría sacarlo en mi lugar? —dice con esa jovial sonrisa que utiliza siempre que necesita ser arrebatadoramente encantador y salirse con la suya.

Aprieto los labios.

—Está bien —acepto armándome de valor. «¡Yo puedo con esa manzanita!», me digo.

Introduzco los dedos en su bolsillo, e inevitablemente me quedo palpando la curva dura de su trasero más tiempo del necesario. Alex para de trocear. Nerviosa, saco la mano con rapidez, sosteniendo el móvil con dificultad.

Él se gira dispuesto a hacer un comentario y yo le detengo con el brazo estirado.

—Voy a llamar a mi madre.

Le doy la espalda y comienzo a teclear el número de casa. Espero varios tonos y alguien que no es mamá lo coge.

—¿Natalia?

—Hola, irresponsable —saluda entre risas.

—¿Perdón? ¿Qué acabas de llamarme? —Pego el oído al altavoz y oigo a mi madre quejándose de mí. Ahora entiendo—. Dile a mamá que se ponga, por favor, Natalia —la apremio. Cuanto antes me quite esto de encima, mejor.

—¿Dónde estás? —pregunta imperativa mi madre. Acaba de quitarle el teléfono a mi hermana.

—Llegaré algo tarde hoy, tengo que solucionar unas cosas. No me esperéis a comer.

—Te dije que hoy no podías faltar, Beca —me advierte con un tono pausado que me pone el vello de punta.

—Guarda mi plato en el frigorífico, lo tomaré para la cena. ¿Mamá? —la llamo, al no oír respuesta.

—Luego hablamos —dice, y cuelga.

Alex me mira de reojo y se acerca con un trozo de salchicha.

—Abre la boca —me ordena y lo pone en mi lengua—. Y ahora descansa.

Unos minutos después he cerrado los ojos y estoy encogida como un ovillo sobre mí misma. Poco a poco me sumerjo en un sueño raro, una secuencia de imágenes que empiezan con mi hermana pequeña riéndose en el parque y acaban con mi padre llevándosela lejos. Echo a correr tras ellos, pero siento que no corro lo suficiente, llevo mucho tiempo sin entrenar y las piernas no me responden tan rápido como quisiera. Antes de desaparecer, Natalia se despide de mí con su manita. «La he perdido —me digo destrozada—. ¿Qué voy a decirle ahora a mi madre?». Papá se la ha llevado igual que se llevó todo nuestro dinero. Cuando me giro, Elisa está allí, burlándose de mí sentada en el regazo de Alex, quien bebe del vaso de plástico que ella le tiende y luego se pone a besarla sin dejar de mirarme. De repente, cae una

tormenta sobre nosotros y la tierra se mueve bajo nuestros pies. Alguien me está zarandeando...

—¿Rebeca?

Varias gotas de agua me caen sobre el rostro y un agradable olor a jabón impregna todos mis sentidos. Aturdida, parpadeo varias veces hasta que consigo distinguir la cara de Alex sobre la mía. Lo miro confusa, parece que acaba de ducharse. Lleva el torso al descubierto, todavía húmedo, como si hubiera salido apurado.

—Estabas teniendo una pesadilla —aclara.

Me froto los ojos e intento incorporarme, dejando caer la manta con la que me ha cubierto. Alex me echa una mano y me acaricia el pómulo izquierdo con una expresión comprensiva.

—Decías cosas en voz alta sobre tu padre y tu hermana pequeña —explica despacio—. ¿Quieres hablar sobre ello?

Aprieto los labios.

—No estoy segura —digo con un hilo de voz—. Creo que aún no.

Él asiente y no insiste más, lo cual agradezco.

—Ve comiendo si quieres. Voy a ponerme un pantalón y vuelvo —dice con una sonrisa tranquilizadora.

Cuando me levanto descubro que ha despejado los taburetes que hay arrimados a la barra que hace las veces de mesa frente a los fuegos y los armarios empotrados de la cocina. Examino el contenido de los platos y acerco la nariz para inhalar el aroma a tomate y orégano que desprenden los macarrones con trozos de salchicha. Una generosa capa de queso derretido completa la presentación con algunas hiervas espolvoreadas por encima.

—Huele bien —murmuro distraída.

—No tanto como tú, Rebeca.

Doy un respingo al sentir a Alex con la cabeza inclinada sobre mi cuello.

—¿Comemos? —pregunto tragando saliva.

El suspiro que sale de su boca al reírse acaricia mi piel dolorosamente. Todavía tengo la imagen de Elisa sobre sus piernas muy presente en mis pensamientos.

Alex toma asiento a mi lado mientras doy el primer bocado al plato. Le ha puesto algo de pimienta. Al instante, el calor producido por el picante se extiende por mi lengua, enardecido por la cercanía de la persona con la que comparto la mesa. Además de los pantalones, ahora también lleva una camiseta de manga corta.

—Uhm... delicioso. ¿Cómo lo has...?

Me vuelvo hacia él y descubro que aún no ha comenzado a comer. Está apoyado sobre una mano cargando parte de su peso sobre el codo, observándome con deleite.

—Siento que tuvieras que pasar por toda esa porquería antes —dice presionando el pulgar derecho por la zona de las patillas, bastante escasas en él.

Me llevo otro macarrón a la boca y lo saboreo despacio, temerosa de que cualquier palabra o gesto que yo haga lo desanime y pare de hablar.

—La relación con mi viejo hace tiempo que no es muy buena —continúa algo avergonzado.

—Entonces... ¿La mujer que le acompañaba es en realidad tu madre?

Alex, que en este momento está bebiendo agua, comienza a toser. Niega con un gesto de la mano.

—No, claro que no. Sofía es la hermana pequeña de mi madre. ¿Qué te ha hecho pensar eso?

—Bueno, al verla con tu padre...

Me quedo sin voz hacia el final y me siento realmente ridícula. Ni yo misma sé por qué he pensado que era su madre.

—Sofía está loca. Es mejor que te mantengas alejada de ella, te dijera lo que te dijera durante aquella fiesta —me advierte.

Le miro de reojo y presiento que Alex no cree de verdad lo que acaba de decir. La mirada le brilla cuando pronuncia su nombre, debe de tenerla en gran estima.

Pienso en la tarjeta que me dio su tía y en sus últimas palabras poco antes de marcharse previamente a la llegada de Alex: «Si quieres saber más cosas de esa persona, llámame. Tú y yo podemos ayudarnos mutuamente. Y ten cuidado con Alex».

—¿Por qué tú y tu padre dejasteis de llevaros bien? —pregunto antes de darme cuenta de que ya lo he hecho.

Alex respira profundamente y me escruta el rostro meditando la respuesta. Tras unos segundos intensos, coge una servilleta y me limpia algo de la barbilla. Luego se queda completamente quieto, pero no llega a separar su mano. El calor que esta desprende me deja paralizada.

—¿Qué tal si vamos a medias? —propone.

—¿A medias? ¿Cómo? —susurro inconscientemente.

Él no se burla.

—Háblame de tu pesadilla, Rebeca. La que te hacía gritar.

Retiro la cabeza hacia un lado.

—Si te resulta difícil podemos dejarlo para otro día —sugiere.

Una creciente marea de sensaciones me atenaza la garganta, produciéndome escozor.

—Alex, mi padre ha regresado y quiere recuperar el contacto con nosotros. Ayer por la noche lo encontré en nuestra casa discutiendo con mi madre sobre ello. Y lo que más me molesta de todo esto es que ella lo ha estado escondiendo durante todos estos años. —Agarro el tenedor con fuerza, enfurecida al sentirme tan inútil—. Ni siquiera puedo imaginarme todo el dolor por el que ha tenido que pasar sola. Yo creía que si trabajaba duro y ahorraba, la estaría ayudando lo suficiente como para que confiara en mí. Pero esto me ha hecho sentir fracasada.

Golpeo repetidamente el cubierto contra la superficie del plato hasta que hago saltar la salsa de tomate por encima de mi sudadera. Pero no me detengo. Alex me lo

quita de la mano, vuelve mi taburete hacia sí y tira de él hasta que ya no queda espacio entre nosotros.

—Déjame enseñarte algo, Rebeca —dice muy serio.

Se gira dándome la espalda y se va levantando la camiseta muy despacio hasta dejar al descubierto su piel pálida y firme.

Siento que está a punto de ocurrir algo importante.

—Dame tu mano —ordena.

Obedezco sin vacilar y, al tiempo que el aire parece contenerse en mis pulmones, dejo que guíe mi mano hacia el lugar donde se inician las líneas perfectas de un tatuaje tribal que alguien ha combinado hábilmente con un águila negra muy bella dibujada sobre su hombro derecho. De pronto noto algo más, una cicatriz oculta bajo esos trazos oscuros que parecen esconder un secreto aún más inquietante y profundo. Es la primera vez que la veo y me sorprende que Alex me lo haya permitido.

—Todos tenemos un pasado que nos persigue, Rebeca. A pesar de que lo sabemos, elegimos vivir y mantener la esperanza de que nunca nos alcanzará. —Vuelve ligeramente la cabeza y me mira con gravedad—. Pero lo cierto es que al final siempre regresa y se cobra todas sus cuentas pendientes.

Se lleva mis nudillos a los labios, repartiendo un estremecimiento por mi brazo, y los besa rozándolos con ardiente adoración.

—Aun así, cargar con ello no nos convierte en unos fracasados. —Hace una pausa como si tratara de comprimir algo muy difícil de expresar en una sola frase—. Rebeca, eres más fuerte que cualquier chica que haya conocido hasta ahora. Créeme, ante mis ojos no puede haber nadie más especial y valiente que tú.

Con un sentimiento abrumador me pongo en pie y me muevo hasta situarme cara a cara con él. Encierro su rostro entre mis manos, grabando cada imperfección o particularidad de Alex en mi memoria. Quiero recordar este momento incluso si pasan años, incluso si mañana mismo desapareciese.

Me inclino pero no advierto que estoy llorando hasta que el sabor salado de mis lágrimas se evapora entre sus labios.

—Gracias —murmuro.

Capítulo 47



En este instante sus pestañas son filos negros sobre el intenso azul de sus ojos e irradian un sentimiento extraño al observarme. ¿Qué está pensando?

Me seco los restos de lágrimas.

—No tienes por qué agradecerlo. Es la verdad —dice apartándose delicadamente hacia atrás.

En actitud reflexiva, Alex resigue con un dedo la silueta de la mariposa estampada en mi sudadera, pasando peligrosamente cerca de mis pechos sin llegar a tocarlos. Al mismo tiempo, con un estremecimiento de incertidumbre, yo no puedo evitar deleitar mis sentidos al contemplar su estómago desnudo levemente arqueado por la posición en la que está sentado. Su piel tiene un color sobrenatural que brilla como una porcelana fina bajo la luz de los focos instalados en el techo. Ni siquiera la fea cicatriz parece desentonar en esa claridad que desprende todo su cuerpo; él ha conseguido que se la camuflaran muy bien con trazos gruesos de tinta que le dan un toque exótico y *sexy*.

—¿Pasa algo? —pregunto despacio al cabo de un rato, esperando que mi tono no sea demasiado evidente. Me muero de curiosidad por saber cómo se la hizo.

Una expresión que no logro identificar cruza su rostro durante un instante antes de ser reemplazada por una sonrisa caprichosa.

—¡Eh! No sigas callado —me quejo, retrocediendo para volver a mi sitio y acabarme el plato. Si él no quiere responder, yo tampoco voy a ponérselo fácil. Sin embargo, mi reacción parece divertirlo aún más.

—Continúas llevando sudaderas. —No pregunta, sino que afirma, como si eso le hiciera mucha gracia—. Creo que empiezo a cogerles cariño.

Algo en la manera en que lo dice no suena a burla, y aun así me pongo nerviosa cuando noto que su mirada adquiere mayor intensidad. Una emoción insaciable la tiñe de forma sobrecogedora, acelerando el latido inseguro de mi corazón.

—Tengo un montón en casa y no me importaría regalártelas todas. Estoy cansada de ellas.

«¡Oh! ¿Por qué narices habré dicho eso?».

—A mí me vendrían muy bien. Podría usarlas para pintar, si de verdad no las quieres —contesta contento con la idea—. ¿Estás segura?

Le miro de reojo. Lo cierto es que estoy muy tentada de decirle que no. Creo que

me gusta demasiado cómo le sientan sus camisetas blancas, pero por otro lado no me vendría mal tener una excusa para renovar mi vestuario; y saber que él va a ponérselas es un aliciente demasiado tentador para rechazarlo.

Asiento antes de masticar con deleite la pasta picante. Se forman hilos de queso derretido entre las púas del tenedor y lo que queda en el plato.

Siento que Alex está observándome de nuevo, y cada vez que repito el movimiento me cuesta más sostener el cubierto y no terminar metiéndomelo en un ojo. «Está haciéndolo adrede», me digo.

En cuanto terminamos de comer sin decir gran cosa, me escurro rápidamente para llevar la vajilla sucia al fregadero y tomar un poco de distancia.

—No hace falta que lo hagas. Puedo hacerlo yo más tarde, Rebeca —dice él a mis espaldas.

—Es lo mínimo que puedo hacer después de que me hayas alimentado —contesto con una risita atragantada mientras abro el grifo y busco un estropajo—. ¿Dónde...?

—Alex me lo pasa servicialmente antes de que termine la frase y yo lo tomo rozando sus dedos sin querer—. ¡Dios! —exclamo, en un estallido de sorpresa.

Una fuerte descarga eléctrica acaba de pellizcar mi piel. Casi he podido ver las chispas resurgiendo de ese punto de contacto entre nosotros. Retrocedo.

—Gracias —digo con un hilo de voz.

Me giro presurosa hacia el fregadero y vierto temblorosa un chorrito de líquido verde sobre la superficie áspera de la esponja. La mojo en agua y comienzo a frotar con ella el primer plato, creando un cerco de espuma alrededor que va aumentando a medida que restriego más sobre las zonas sucias. Varias pompas suben hacia arriba y una de ellas se desvía hacia la punta de mi nariz. Alex la toca y la pompa estalla salpicándome, y él se echa a reír a carcajada limpia y doblando el cuerpo en dos.

—Me alegro de resultar tan graciosa para ti... —digo sarcástica limpiándome con el dorso de la mano.

—¡Oh, venga, Rebeca! No te enfades, tienes que reconocer que no ha estado mal. Si te hubieras visto... —Suelta varias carcajadas más, haciendo un vago esfuerzo por mantenerse serio—. Has puesto los ojos bizcos.

Me muerdo el labio inferior, amortiguando el tic nervioso de la comisura.

«Esto es la guerra», pienso.

—Alex, ¿puedes pasarme un trapo, por favor? —pido tranquila.

Él se acerca a dármelo y en el momento en que lo tengo a tiro lo enchufo con el grifo extraíble de la pila. Una explosión de agua choca contra su cara durante un momento, luego resbala por su duro abdomen y acaba cayendo al suelo. Está caladito de arriba abajo. Atónito, Alex me devuelve una mirada incrédula que me hace estallar en risas.

—Lo siento, creo... que... me he... pasado... un poquito —consigo decir entre un ataque y otro.

—¿Solo un poquito? —replica soplándose un mechón de pelo que acaba

rebotando sobre su frente de manera cómica.

—Quizá un poquito de más —acepto tímidamente.

De pronto, su rostro se contrae en una mueca retorcida y enigmática que dejaría petrificada incluso a la persona menos miedosa o más terrorífica del mundo. Paro de reír; creo que Drácula también lo haría si estuviera en mi lugar.

—¡Eh! ¿Qué es lo que estás pensando?

—¿Tú que crees, Rebeca?

«Creo que ha llegado el momento de echar a correr», me digo con un inquietante presentimiento.

—¡Alex, no! —le advierto estirando una mano para detenerlo mientras con la otra vuelvo a tomar posesión de la parte superior del grifo.

Al ver como adopta una postura casi depredadora, ni siquiera el poder que me garantiza estar junto al fregadero logra serenarme lo suficiente.

Sus labios se curvan sutilmente. Está gozando con el martirio que me he autoimpuesto. Siento que puede oler mi miedo. Así que tomo la precaución de abrir el grifo al máximo y empiezo a contar en silencio, esperando.

—¿Por qué te pones tan nerviosa, musa? —pregunta despreocupado, aflojando la tensión de los hombros y apoyándose en el borde de la encimera para no resbalar sobre el suelo húmedo.

«¿Porque sé que te vas a vengar?».

—No sé, Alex. Dímelo tú. ¿Por qué no debería estarlo?

—Mientras me pienso la respuesta, ¿qué tal si cierras eso? Si continúas así, tendré que pasarte la factura de este mes a ti, y te aseguro que puede salirte por un ojo de la cara —añade en tono persuasivo.

Lo estudio desconfiada.

—Tú has empezado, estampando una pompa de jabón contra mi nariz. Sé que no debería haberte mojado de esta manera, pero te aseguro que no era esa mi intención original —me justifico.

Alex arquea una ceja, poniéndolo en duda.

Aprieto la boca para no echarme a reír cuando veo que otra gota de agua recorre su sien y luego su mejilla, hasta desaparecer en medio de otras muchas que resbalan por su pecho firme. Lo que sucede a continuación ocurre tan rápido que apenas soy consciente de lo que pasa.

De pronto Alex me tiene sujeta por detrás y noto que una ráfaga de agua me empapa por completo. No he tenido tiempo más que para cerrar los ojos. Comienzo a forcejear, pero es evidente que él tiene más fuerza y el control total de la situación. Así que hago lo primero que me viene a la mente para frenarlo: bajo la mano libre hasta que doy con la curvatura de su entrepierna y la palpo a tientas. El efecto es inmediato.

—¡Mierda! —masculla Alex parándose de golpe.

—¡La factura! —le recuerdo en un chillido, al oír que suelta un ruido mitad

gruñido y mitad gemido como advertencia.

Me giro en sus brazos y él me mira haciendo trizas el nudo de victoria recién instalado en mi estómago. Compruebo que he despertado algo sediento y animal que va a ser difícil de aplacar.

—Cierto, voy a cobrármela ahora mismo —contesta con voz ronca, y a continuación me levanta rudamente hacia arriba de modo que mis piernas caen sobre su torso desnudo y resbaladizo al contacto.

—Alex, ¿qué vas a hacer? —digo pataleando y clavándole los puños por todas partes.

Me da un azote desvergonzado en una nalga y me lleva hasta la cama inferior de la litera, donde me tumba con cuidado de no golpear mi cabeza. Subiéndose encima de mí, me inmoviliza los brazos con las manos, y las piernas con las rodillas. Estoy ardiendo.

Una sonrisa burlona aletea en sus labios.

Capítulo 48



Comienzo a respirar de forma entrecortada, luchando con la mirada. Mi cuerpo entero está húmedo, burbujeante, a punto de ebullición.

—¿Recuerdas lo que te dije la primera vez que te besé? —murmura inclinándose sobre mí y quedándose dolorosamente cerca de mi boca sin llegar a rozarla.

«Me estás volviendo loco». Evoco esas palabras y ahí están, más nítidas que todo lo demás.

—No me culpes ahora por enloquecer —dice con voz aterciopelada, recorriendo mi mejilla con sus labios carnosos, desatando fuego en las zonas más sensibles—. Tú tienes la culpa, y yo soy demasiado débil para resistirme.

Me besa profundamente, instigando con presiones hábiles de sus manos la piel ahora electrizada de mi vientre.

Antes de que pueda negarme, se retira un instante para quitarme la sudadera y arrojarla al suelo enmoquetado de la habitación. De nuevo, arremete con su lengua contra la cavidad inferior de mi rostro, sin la menor compasión.

Ebria del sabor de Alex en mi paladar, enredo mis dedos entre su pelo y lo empujo hambrienta contra mi cuerpo. Siento como pellizca uno de mis pechos hasta dejarlo erguido y necesitado. Ni siquiera me he dado cuenta del momento exacto en el que me ha desabrochado el sujetador o levantado la camiseta.

—Rebeca, tengo que probarte —dice con voz gutural haciendo descender su caricia hasta la abertura de mis pantalones.

Me pongo tensa de inmediato.

—¿A qué te refieres? —pregunto perdiendo la consistencia de mi tono de voz. Estoy temblorosa y excitada.

De pronto, sus dientes se aferran a mi clavícula y gimo de placer.

—¡Oh, Dios! ¡Mierda, Alex!

—¿Acabas de decir «mierda»? —me suelta divertido con mi reacción, marcando con su aliento la piel que ya ha dejado enrojecida.

—Es culpa tuya —le acuso, ruborizada ante su gran alarde de arrogancia—. No suelo hablar así.

Como toda respuesta, agarra mi sexo a través de la tela vaquera y empuja sus dedos hacia el interior, provocándome.

Suelto un extraño resoplido y parpadeo inmersa en una nube encapotada de deseo

y dolor. «¡Me está torturando!». Aprieto los muslos con fuerza, incapaz de pronunciar ningún sonido coherente, mientras clavo las uñas en los brazos de Alex.

—Dime que sí —me tienta, repitiendo el movimiento y absorbiendo mi grito en su boca.

—No estoy protegida —farfullo en cuanto me da un respiro, embargada por una ráfaga de sentimientos contradictorios.

Alex pone una expresión seria.

—No vamos a llegar más lejos de donde tú quieras, Rebeca. De todos modos, hoy no vas a tener que preocuparte por eso. —Hace una pausa engañosa, consiguiendo que me confíe—. Aún no.

Trago saliva, que me baja al estómago igual que si hubiera engullido una piedrecita. Mi cerebro hace un vano intento por imponerse sobre la necesidad imperiosa de mitigar mi deseo insatisfecho. Al final, un líquido candente y molesto termina decidiendo por mí.

Al ver mis desastrosos intentos por deshacerme de los pantalones, Alex acude en mi ayuda sin dejar de besarme apasionadamente. Al poco, su boca desciende hasta mi mandíbula recreándose de forma deliciosa, y luego va bajando poco a poco hasta alcanzar con delicadeza la cima de mis pechos.

Atormentándome, lame y estira uno de mis pechos a la vez que masajea el otro, repartiendo un cosquilleo que me hace ronronear. Pero no se detiene ahí; sus caricias avanzan abarcando toda mi piel y luego, inesperadamente, hunde dos dedos bajo mis bragas, estimulando el punto exacto que me hace enloquecer.

Todo el cuerpo me arde; nunca me había sentido así.

Exhalo un gemido de intenso placer. De pronto, Alex detiene sus caricias y vuelve a recoger un beso de mis labios. Uno lleno de frenesí que intensifica mis turbios pensamientos, azuzados por su mano moviéndose sobre mi cadera. Noto como se aparta lentamente y toma posición entre mis piernas levantándose un tobillo hasta la altura de su rostro. Sus dientes lo rozan incitándome y produciéndome un mareo vicioso y fugaz.

—Quédate quieta, musa —me advierte con aspereza y deseo.

Apenas logro entenderlo, pero sí lo suficiente para agarrarme al edredón y evitar la tentación de incorporarme y estrecharlo contra mí. La distancia que nos separa me resulta angustiante.

Noto como va subiendo suavemente arrasando con la sensibilidad que me queda, marcando primero la cara interna de uno de mis muslos y luego el otro.

De repente, vuelve a pararse, me saca la lengua, burlón, y se sitúa de modo que su cabeza acaba frente a mi ombligo. Con un último guiño juguetón hunde la boca entre los labios hinchados de mi sexo, mientras yo rodeo su espalda con mis piernas. Una oleada de intenso placer sacude cada célula dentro de mí cuando la punta de su lengua combinada con la dureza del *piercing* de metal obra una magia explosiva y me envía al cielo.

Las sensaciones son incluso más intensas que cuando estuvimos en su estudio la otra vez, más largas y concentradas. Empujo la nuca de Alex, atrayéndola hacia mí, y él me complace haciéndome vibrar con cada toque.

«Voy a desfallecer», me digo, conteniendo el aire en mis pulmones y cerrando enérgicamente los ojos.

Exhalo un trémulo suspiro mientras alcanzo un estado de completa languidez. Ahora mismo, todas mis extremidades no tienen más utilidad que la que se le pueda dar a una marioneta con melena oscura. Mis labios se curvan en silencio, dejando traspasar una felicidad perezosa, casi felina.

—¿Rebeca? —me llama suavemente Alex.

—¿Uhm...?

Oigo una carcajada y guiño los ojos con desgana para mirarlo, consiguiendo apenas fruncir el ceño. ¿Por qué se ríe?

—Estás preciosa —dice poniéndose a mi altura y depositando un nuevo beso cálido y tierno sobre mi boca que me tranquiliza de inmediato—. ¿Cómo te encuentras? ¿Estás bien?

Todavía soy incapaz de articular palabra, así que me giro ligeramente y rozo su húmedo cuello con los labios, aspirando su aroma a jabón y sudor reciente, llevándome el sonido adictivo de los latidos de su corazón. Suenan vigorosos y acelerados. Es evidente que todavía está excitado por lo que acaba de suceder entre nosotros.

—Muy bien —susurro adormilada, acariciando la curva sexy de su mandíbula.

Alex pasa una mano por mi estómago y traza un círculo rodeando mi ombligo muy despacio, como si estuviera pensando en algo. Con un gesto tenso parece desechar la idea que acaba de ocurrírsele.

En un descuido muevo una mano contra su pelvis. Él suelta un gruñido áspero.

El recuerdo de lo que hicimos en el baño de la casa rural me viene muy vívido a mi memoria e inconscientemente acabo deslizando el meñique de arriba abajo por su bragueta. Alex me detiene y acalla sus gemidos contra mi frente.

—Me estás matando —masculla con esfuerzo.

Capítulo 49



De pronto, suena la alarma de un despertador. Alex parpadea fuerte y suelta una maldición.

—Se acabó el tiempo —dice y me observa martirizado.

—¿Qué ocurre? —pregunto preocupada subiendo mi mano hasta su pecho.

—Tengo una reunión con el decano de mi facultad —me informa, a todas luces molesto por el contratiempo y mirándome como si prefiriera mil veces quedarse conmigo, lo cual hace que me ruborice de puro regocijo—. No te muevas, voy a llamar y...

Le cierro la boca con un beso espontáneo, haciendo que se quede quieto.

—No, tiene pinta de ser una reunión importante, Alex. ¿Es por la exposición de la que Carlos y tú hablasteis el fin de semana pasado? —me intereso mientras repaso una última vez su tatuaje; está ardiendo.

—Sí —responde muy alterado.

Noto como Alex se estremece con mi contacto. Con un suspiro ahogado me aleja y se sienta al borde de la cama, enterrando la cabeza entre las rodillas. Da la sensación de estar rezando algo en voz baja. Sonrío.

—¿Necesitas hielo? —pregunto divertida.

Él me dedica una mirada enfurruñada. El mensaje se lee claramente en sus ojos: «Te necesito a ti». Me recorre ávidamente con la mirada, deteniéndose con descaro en las partes de mi cuerpo que han quedado desnudas. Turbada, me cubro a toda prisa con el edredón negro, empujando a Alex de la cama en el transcurso, y hago malabarismos para abrocharme el sujetador con la camiseta bajada.

Alex se levanta del suelo esbozando una mueca burlona y frotándose el trasero.

—¿Debería traerte yo el hielo a ti o prefieres mejor un termómetro? —comenta sarcástico.

Carraspeo y me toco ruborizada las mejillas; están ardiendo.

—No tengo fiebre, tonto —digo sacándole la lengua.

—Déjame comprobar. —Pone una mano sobre mi frente sujetándome para que no escape a su inspección y al cabo de dos segundos me mira con una expresión severa—. Siento comunicarte que tienes lo que comúnmente se llama adicción alextóxica.

Le aparto echándome a reír.

—Y dígame, doctor. ¿Cómo debería llamar a alguien que usa excusas tontas para

tocar a otra persona a la menor oportunidad? ¿Pervertido? —sugiero.

Él chasquea la lengua.

—Tocado —dice bromeando con las manos levantadas en señal de rendición.

Me acerco a él hasta que su nariz y la mía se tocan, ignorando el hormigueo descontrolado bajo mi pulmón izquierdo que amenaza con hacerme sufrir un paro cardíaco, y desvío la atención primero hacia su boca y después hacia sus ojos, que me escrutan llameantes.

El aire se ha vuelto tan denso que casi parece tener consistencia física.

—Tocado —repito rompiendo el hechizo.

Lentamente voy retrocediendo y comienzo a recoger con calma fingida mi ropa, desperdigada por todas partes igual que si hubiéramos celebrado fuegos artificiales con ella en la habitación. Alex me echa una mano sin decir nada, aunque yo noto que está meditando sobre algo.

En cuanto terminamos va a la nevera y saca dos bebidas gaseosas. Una la deja sobre la encimera invitándome a cogerla con un breve gesto de cabeza y la otra la abre con un chasquido para dar un gran trago. Un líquido parduzco y burbujeante le resbala sensualmente a un lado de la barbilla.

Respiro fuerte. Tiene marcas de arañazos por los hombros y los pectorales. ¿De verdad que yo le he hecho todo eso?

—Voy al baño —aviso en voz baja, antes de que decida saltar sobre él y clavarle de nuevo las uñas.

Una vez que estoy a solas y mi mente vuelve a pensar con claridad, empiezo a darme tortas repetidas ante el espejo. «¡Dios mío!».

—¡Idiota, idiota, idiota! —murmuro aplastándome los pómulos enrojecidos. Mis labios también están rojos e hinchados.

Alex da unos golpecitos en la puerta.

—¿Todo bien? —pregunta en tono preocupado.

—Sí, ahora salgo —contesto de forma automática. Es mejor que él no sepa que en su baño está encerrada una piscis emocionalmente inestable a punto de lanzársele encima.

—Te he buscado algo de ropa seca para que te cambies —me informa.

Su voz suena calmada. ¿Cómo lo hace? Yo estoy que me tiro de los pelos solo de pensar en lo que acaba de ocurrir entre nosotros.

—Un momento, Alex. Ahora te abro la puerta.

Soplo un par de veces y tiro del picaporte. Antes de que pueda decirme nada, cojo el montón doblado que sostiene entre las manos y cierro de nuevo.

—¿Seguro que estás bien, Rebeca? —pregunta otra vez.

—Perfectamente, Alex. No tardo —añado para tranquilizarlo.

—De acuerdo.

Reviso lo que me ha prestado. Todo es demasiado grande para mí, pero... hundo la nariz entre sus prendas para absorber la esencia de Alex en la tela. Huele

estupendamente y está seco como él me ha dicho. Cuando echo un vistazo a los pantalones que me ha pasado, me doy cuenta de que voy a tener que continuar con los míos mojados.

«Un secador», pienso, y me pongo a rebuscar entre los cajones. Al final encuentro uno de color negro. Pero al sacarlo me llevo en un descuido, con el cable del aparato, el cepillo de dientes blanco de Alex, que acaba aterrizando dentro de la papelera.

—¡Oh, no! —exclamo nerviosa.

Me agacho para meter la mano y recuperarlo.

—Rebeca, lo siento, pero tengo que entrar —dice Alex al otro lado.

—Solo un minuto —pido en voz alta.

«Si hay algo que nunca debe hacerse es hurgar en el cubo de la basura de un cuarto que pertenezca a dos tíos», me digo cuando noto que un condón usado se pega a mi mano. Hago una mueca de asco y sacudo los dedos hasta que se suelta. Espero que pertenezca a Carlos, aunque ese pensamiento me está revolviendo aún más el estómago.

—Por fin —murmuro alcanzando el cepillo de dientes. No obstante, hay algo más que llama mi atención. En el fondo de la papelera hay restos de unas fotografías a medio quemar. Intrigada, saco un trozo que ha logrado sobrevivir.

En la imagen Alex aparece con el pelo revuelto aún de su color natural, rubio ceniza, abrazando con un rostro extasiado a Elisa, en una versión mucho más joven y sin maquillar. Ninguno de los dos parece tener más de quince años. ¿Cómo es posible? Según me dijo Alex, se conocieron hace dos años en la facultad.

La cara del Alex niño es tan dulce que me cuesta reconocer las facciones del Alex de ahora. Al instante, comienzo a sentirme muy mal. Desearía ver la misma expresión desinhibida cuando está conmigo, porque siento que él siempre está en guardia, incluso cuando no lo parece. ¿Por qué me ha mentado?

Vuelvo a oír golpes en la puerta, esta vez más fuertes e impacientes. De modo que me guardo rápidamente la foto en el bolsillo de la camisa, remojó el cepillo de dientes para dejarlo en su sitio, me lavo las manos y cojo el secador antes de salir. Todo esto en un tiempo récord.

Alex me recibe con una expresión un tanto desconcertada.

—Creí que te habías desmayado o algo así —comenta.

—Te dije un minuto, ¿no? —me defiendo.

—Eso será en cálculos femeninos. ¿Por qué las tías siempre tardáis tanto en prepararos?

—Bueno..., dame más tiempo la próxima vez y te demostraré por qué merece la pena —contesto en lo que considero un tono sensual y prometedor, tal como he visto hacer más de una vez a Marta.

Al mirar a Alex descubro que el truco ha funcionado.

—Estoy esperándolo —dice con una mirada brillante de deseo. Se inclina y me da un beso.

Con una sonrisa voy empujándolo hacia el interior del baño y cierro.

—Date prisa o llegarás tarde —bromeo.

Alex hunde el puño en la puerta a modo de respuesta. Espero que no decida lavarse los dientes ahora, pienso mordéndome con cierto remordimiento el labio inferior.

A solas, vuelvo a mirar la fotografía con un sentimiento intranquilo.

Capítulo 50



Un rato después de haber recogido, estamos entrando en el ascensor de la residencia para ir a por la moto. Alex primero va a acercarme a casa y luego se irá a su facultad.

—Todavía tengo que mirarme un móvil —comento, recordando el objetivo principal de que quedáramos hoy.

Alex se encoge de hombros. Obviamente, a él no le ha importado mucho el cambio de planes.

—¿Tu hermano vive con tus padres? —pregunto, procurando distraerme para no pensar más en lo cerca que estamos el uno del otro.

Noto como se tensa ante mis palabras.

—No —responde lacónico tras unos largos segundos.

—Dijiste que se llamaba Eduardo, ¿verdad? —digo al tiempo que el ascensor se detiene.

—Sí. ¿Por qué te interesas ahora por él? —pregunta sosteniendo la puerta para que salga.

—Bueno, no sueles hablar mucho de tu hermano, pero cuando lo hiciste aquella vez en la casa rural parecías echarle de menos —contesto despacio. Tengo la sensación de andar sobre tierras movedizas.

Alex se rasca la nuca con aire nostálgico.

—Quizá... —Parece meditarlo.

—¿Quizá? —me extraño.

—Siempre fue bastante sensible —cuenta en voz baja, mientras se mete las manos en los bolsillos de sus vaqueros desgastados—. Tuve que defenderlo por ello muchas veces, aunque las cosas cambiaron hace tres años.

—¿Qué ocurrió? —pregunto intrigada.

Su rostro adquiere un matiz melancólico y pasa por diferentes emociones hasta que recupera su expresión original.

—Comenzó a entrenarse por su cuenta. —Su espalda se pone rígida otra vez—. Nadie volvió a meterse con él.

Sin añadir nada más, toma asiento en la moto, que está aparcada frente a la fachada del edificio. Intuyo que para poner espacio entre los dos y lo que acaba de revelar acerca de su familia. Al ver que no le sigo, se vuelve hacia mí y me dedica

una mirada enigmática. Poco a poco entre sus labios florece una sonrisa que se clava en mis ojos de forma perturbadora, pero siento que algo falla y no sé el qué.

Inspiro hondo.

—¿Subes? —pregunta. Está arrebatadoramente sexy, con el brazo estirado en una actitud despreocupada sobre el manillar, palpando con la palma libre el hueco que hay detrás de él—. ¿O debo subirte yo? —propone esbozando un gesto pícaro ladeando la boca que me arranca una inevitable sonrisa.

Está jugando duro.

—Eso te gustaría, ¿verdad? —respondo.

Inclina la cabeza para examinarme por detrás.

—¡Oye! ¿Acabas de mirarme el culo? —pregunto atónita.

Alex se relame.

—No —contesta demasiado tarde.

—¡Oh, claro que lo has hecho, acabo de verte hacerlo, Alex! —le acuso, aún asombrada de que lo haya negado con total naturalidad—. Mira hacia delante, tío, tengo que subir.

—¡Eh! No hace falta que te hagas la valiente, esta pequeña es algo grande para ti —me advierte sin esconder su diversión.

—Puedo con tu pequeña y mucho más —le aseguro, y eso le arranca una carcajada.

—Tú misma, guapa —responde dedicándome una mirada evaluadora.

Ofendida, me sitúo detrás de la moto pensando en cómo abordar esa máquina, y pruebo con un ridículo salto que hace que se mueva todo el vehículo. Alex comprueba la hora, lo que me pone aún más nerviosa. Al final opto por quedarme quieta y esperar a que diga algo.

—¿Te rindes? —pregunta.

—Está bien. Tú has ganado —acepto a regañadientes.

Me ofrece una mano con una mueca de suficiencia y cruza firmemente sus dedos con los míos. Ambos intercambiamos una mirada penetrante y cargada de desafío, que quiere decir muchas cosas y ninguna al mismo tiempo.

Con el pulgar, acaricia el interior de mi palma y desencadena una corriente eléctrica que recorre toda mi piel, infundiéndome una embriagadora calidez que se fija en mis venas como una droga. Con un último tirón, logro tomar asiento, pero él todavía no me suelta. Se lleva los nudillos de mi mano a la boca y planta en ellos un cálido beso mientras me observa a través de sus pestañas.

—No me importa que no puedas con mi pequeña si aún puedes con esto, Rebeca —dice guiando mi mano hacia su pecho. Cuando está a punto de alcanzar la zona de su corazón, cambia la trayectoria y baja hasta su estómago peligrosamente rápido.

Al darme cuenta de sus intenciones, tiro hacia atrás.

—¡No seas guarro!

Me suelto y le pego en el brazo. Él se echa a reír.

—¿Nos vamos? —me propone.

Arranca el motor, y el ruido no nos permite hablar mucho más. Aprieto mi brazo en torno a su cintura y me pongo a repasar mentalmente todo lo que sé acerca de su vida: la mala relación con su familia, su inexplicable amistad con Elisa y su gran pasión por la pintura.

Poco después nos detenemos en un semáforo en rojo a pocos metros de mi edificio. Tardamos un poco en arrancar de nuevo porque una anciana, acompañada por un perrito de constitución similar a la de ella, enjuta y frágil, se eterniza en cruzar el paso de cebra. Cuando por fin llegamos a mi casa, me deslizo rápidamente hacia el suelo.

—Por cierto, sobre eso que dijiste de tu hermano... Creo que lo hizo porque quería ser lo bastante fuerte para que estuvieras orgulloso de él —digo.

Alex me observa pensativo con el casco aún puesto y la visera levantada.

—Tal vez —acepta.

—Gracias por traerme —le agradezco como si me faltasen palabras para expresarme.

—No hay de qué.

La forma en la que me mira es diferente a otras veces, pero no logro distinguir la razón.

—Entonces... me voy ya.

—Espera —me interrumpe Alex, señalando el sillín y quitándose el casco—. Mira dentro.

Entorno los ojos llena de curiosidad.

—¿Para qué? —inquiero empezando a sospechar.

—Tú solo mira —repite impaciente.

—Está bien —acepto a regañadientes.

Me sitúo a un lado y levanto la cubierta del asiento. Dentro encuentro un paquete envuelto en un papel azul con estrellas amarillas y una piruleta con forma de corazón pegada con celo. Me embarga una emoción muy intensa. Cojo el paquete y lo agito intentando averiguar qué es.

Lo único que me regaló Miguel durante todo el tiempo que salí con él fue la rosa con la que se me declaró.

—No tenías por qué molestarte, Alex. Ni siquiera es mi cumpleaños. ¿Qué es?

—Si quieres saberlo, ábrelo —me invita.

Pestañeo incapaz de contener por más tiempo la curiosidad y tiro del papel hasta que aparece la imagen de un móvil táctil de gama alta en el cartón. Miro a Alex atónita; no obstante, tan pronto como llega la felicidad comienzo a sentirme mal.

—¿Qué ocurre? ¿No te gusta? —pregunta él preocupado—. Si no te convence puedo buscar otro —propone.

—No debería aceptarlo.

El rostro de Alex se contrae, sin duda molesto.

—Yo te rompí el que tenías, es mi obligación conseguirte uno nuevo —argumenta.

—Pero...

Arruga el puente de la nariz haciéndome callar.

—Si lo rechazas vas a hacerme sentir mal —asegura con un mohín infantil—. ¿Todavía no confías lo suficiente en mí?

—No se trata de eso. Claro que confío en ti. Es solo que no estoy acostumbrada —consigo decir, sin saber cómo explicárselo sin ofenderlo más—. Es un teléfono demasiado caro para ser un regalo —concluyo evitando el contacto visual con él.

No quiero que nadie me tenga lástima por no poderme permitir ese tipo de cosas.

Alex ablanda el gesto de su cara, como si acabase de comprender algo, y luego se acerca a mí para coger el paquete de mis manos y depositarlo de nuevo sobre el sillín de la moto. A continuación se vuelve hacia mí y me toma delicadamente de las manos.

—Nada de lo que yo pueda regalarte vale ni una centésima parte de tu corazón, pero en esta ocasión te has quedado sin móvil por mi culpa, así que acéptalo, por favor. Concédeme este capricho, ¿vale?

Aprieto los labios y él pasa el pulgar por ellos borrando toda la tensión.

—Está bien, pero no quiero que lo hagas de nuevo, Alex.

Él sonrío como si acabase de ganar la lotería y me suelta.

—Tengo que irme —avisa sin hacer muchos esfuerzos por mover un solo pie o responder a mi petición.

—Mucha suerte con tu decano —le deseo algo enfurruñada.

—¿Solo eso? —pregunta con una chispa especial en sus pupilas.

—¿A qué te refieres, Alex?

—Necesito algo más físico para motivarme —dice apuntándose arrogantemente a la boca.

Me echo a reír.

—Supongo que eso puedo hacerlo —le concedo, y me pongo de puntillas para responderle.

En cuanto me echo hacia atrás noto como una mano pasa volando vertiginosa y me agarra de la muñeca. Todavía en *shock*, me giro hacia mi izquierda y descubro a mi madre mirándome con una cara de absoluta decepción.

El estómago me da un vuelco y un sentimiento de inquietud lo sacude con fuerza.

Capítulo 51



Antes de que pueda reaccionar, noto que Alex avanza hacia delante estirando la mano para cubrir la de mi madre con una rapidez casi inhumana. Enseguida, ella retira la suya como si hubiera recibido un chispazo de electricidad.

—¿Mamá? Pensaba que aún estabas en el trabajo —digo sorprendida.

En cuanto me oye llamarla «mamá», Alex relaja visiblemente la postura de su cuerpo y se echa hacia atrás, pero se mantiene cerca, irradiando una potente aura de seguridad que logra transmitirme con una mirada penetrante. De nuevo, vuelco toda la atención sobre mi madre, aunque el agujijón de los ojos de Alex sobre mi nuca no desaparece.

—Hoy he salido antes. ¿Has solucionado esas cosas pendientes? —pregunta sin disimular su inquietud por la presencia de Alex a mi lado.

Lo examina detenidamente: desde sus deportivas de marca desgastadas, hasta las puntas de su pelo oscuro revuelto, pasando por su torso firme que tensa la tela de su camiseta blanca. Al terminar, pestañea un tanto desconcertada y arruga la nariz como cada vez que quiere recordar algo, pero de inmediato recupera la compostura. «¿Qué ha significado eso?».

Alex también la observa del mismo modo evaluador.

—¿Y tú eres...? —pregunta al fin mi madre.

—Es un amigo, mamá —intervengo—. Se me estropeó el móvil y él me ha ayudado a conseguir otro —digo levantando la caja como prueba.

Alex frunce levemente el ceño cuando pronuncio la palabra «amigo», como si le disgustara que lo llamase así.

—¿Solo un amigo? —inquire mi madre, antes de echarle otro vistazo calculador.

Me aclaro la garganta para liberar parte del estrés y el rubor ardiente en mis mejillas. No me queda ninguna duda: nos ha visto besándonos.

Alex suelta una risita, que oculta con el puño camuflándolo con un repentino ataque de tos en cuanto le lanzo una mirada de advertencia.

—¡Mamá! —siseo entre dientes.

Ella me ignora.

—¿Cómo te llamas? —repite.

—Soy Alex, un amigo muy cercano a su hija —responde burlándose descaradamente de mí—. Creo que ya hablamos el otro día por teléfono... —añade,

metiéndose las manos en los bolsillos.

Me fijo en mamá; está claro que no le ha hecho ninguna gracia saber que Alex es el mismo chico que me llamó la otra noche.

—Sí, así es —responde mi madre arrastrando deliberadamente el sonido de las vocales.

Alex asiente despacio con la cabeza; sé que está disfrutando con la reacción que ha provocado en ella. Baja la vista a su reloj y chasca la lengua. Mis ojos van hacia ella como las abejas a la miel, rememorando lo suave y húmeda que es. Un estremecimiento agradable recorre mi pecho haciéndome olvidar que no estamos solos.

—Lo siento, Beca, pero tengo que irme. Ya te llamo luego —dice, y me lanza una larga mirada que despierta hasta aquellos músculos de mi cuerpo que desconozco que poseo. Luego hace un gesto respetuoso de despedida hacia mi madre y se monta de nuevo en la moto.

Una vez se ha alejado, al girarme me choco con el rostro interrogante de mi madre.

—Y este amigo tuyo... ¿eso que llevaba ahí en la boca era un pendiente?

Se señala la lengua con un leve temblor del dedo, como si recordarlo le produjera un gran dolor físico.

—Se llama *piercing*, mamá. De todos modos, ¿qué importa eso? —digo y me dirijo apresurada hacia el portal. Ella me sigue de cerca como un fantasma sigiloso y no dice nada ni siquiera cuando estamos en el ascensor, tal vez esperando a que sea yo la primera en hablar sobre Alex.

Pero al entrar en casa se las ingenia para acorralarme en el recibidor.

—¿Y bien? ¿Desde cuándo sales con ese chico? —pregunta con un extraño gesto de preocupación.

Desvío intencionadamente la vista hacia el salón. Diego está jugando a la consola mientras Víctor hace los deberes con una expresión de suma concentración en su rostro ceñido. Todavía no han notado nuestra presencia. «¡Menudo par!».

—No hay nada que contar, mamá —digo yendo hacia mi cuarto.

—Me ha parecido algo mayor que tú. ¿Cuántos años tiene? —insiste pegándose a mi espalda.

—Es universitario, y no me lleva tantos años. Solo dos —me defiendo.

—¿Y qué estudia?

Resoplo.

—Bellas Artes, y para ya el interrogatorio. No voy a explicarte nada más —digo dando por zanjado el tema.

—Tiene un pendiente en la lengua. ¡Por favor, hija, reacciona!

—¡Un *piercing*, mamá! ¡Por favor!

En cuanto Natalia me ve entrar se lanza a mis brazos, con lo que me veo obligada a soltar sobre el edredón la caja con el móvil en un lanzamiento casi instintivo.

—¡Irresponsable! —grita entusiasmada, rodeándome el cuello hasta casi dejarme sin aire nada más agacharme para levantarla.

Echo una mirada de reojo a mi madre con las cejas arqueadas; al menos tiene el detalle de mostrarse un poco avergonzada.

—Natalia, hija. ¿Qué tal si vas a jugar al salón con tus hermanos? —dice pasando adentro.

Mi hermana se retuerce y me agarra con más fuerza.

—No quiero, me han echado. ¡Son unos aburridos! —gimotea, y esconde su boca manchada de caramelo color rojo en mi cuello, produciéndome cosquillas—. ¡Quiero jugar con Beca!

Aliviada por la oportuna intervención de mi hermana, la recompenso con un beso sonoro sobre la frente. No obstante, mamá todavía tiene un as guardado bajo la manga.

—¿Qué tal si le pides a Víctor que encargue una pizza para cenar? Si lo haces podrás ser la primera en elegir el trozo que quieras.

Natalia para de sacudirse sobre mi pecho y alza la barbilla como un animalillo de campo hambriento que empieza a salir de su madriguera. Un temor creciente se adueña de mí. Sé lo mucho que le gusta la pizza, sobre todo porque se trata de algo que pocas veces comemos en casa.

—¿El trozo más grande? —negocia la niña de cinco años con la que, se supone, comparto sangre y habitación.

La observo con admiración. ¿En qué momento aprendió a manejarnos a mamá y a mí de ese modo?

Mamá le responde guiñándole un ojo. Natalia despliega una gran sonrisa y a continuación se gira y me mira con remordimiento.

—Lo siento, Beca —susurra. Me da unos golpecitos para que la baje.

En cuanto sus pies tocan el suelo, echa a correr anunciando a voz en grito la sorpresa a sus hermanos. «Eh, ¿adónde fue a parar todo ese pesar?».

—Bien, mamá; acabas de romper una relación entre hermanas por una pizza que ni siquiera esa brujilla se va a terminar de comer —le espeto fingiéndome molesta, mientras me quito la mochila y la dejo junto al escritorio.

Ella no se ríe con la broma. Cierra la puerta del cuarto, amortiguando el ruido de fondo, y después toma asiento sobre mi cama. La conversación parece que va a llevar un rato, así que voy a por una toallita húmeda para limpiarme los restos pegajosos que me ha dejado Natalia en el cuello, y luego tomo unas cuantas bolsas de plástico y me dispongo a guardarlas en el armario de madera pintado de azul.

En cuanto lo abro, la visión de la gabardina que perdí hace unas semanas sacude todos mis sentidos desagradablemente. Colgada de una percha con todo lo demás, parece que nunca me la hubiera puesto aquel día. Me giro y miro con una sombra de indignación a mi madre. Ella no da la sensación de sorprenderse.

—Te dije que iba a invitar a Miguel, Beca —me advierte antes de que diga nada.

—Y yo te pedí que no lo hicieras. ¿Por qué me ignoraste?

—¿Por qué no viniste a comer?

—Ya te lo dije, mamá. Se me rompió el móvil —contesto armándome de paciencia.

Me agacho y comienzo a abrir cajones y a sacar sudaderas de todos los colores para meterlas en la bolsa que ya tengo convenientemente abierta a mis pies.

—Ese Alex...

—¿Qué pasa con él? Ya te he dicho que esa conversación estaba zanjada —digo saltando a la defensiva—. Hasta ahora nunca te habías preocupado de con quién salía. ¿Por qué empiezas ahora?

Mi madre arruga las comisuras de la boca igual que si masticase chicle.

—Beca, cuida ese tono. No te olvides de que soy yo la persona que te parió. Tuve que aguantar durante horas un inmenso dolor hasta que saliste de este pequeño cuerpo —dice señalándose el vientre—. Me he ganado el derecho a pedirle explicaciones a mi hija, ¿no crees?

Inspiro hondo y meto irritada otra prenda más junto a las anteriores. Ha utilizado ese viejo truco de siempre.

—¿Qué estás haciendo con todo eso ahora? —pregunta llena de curiosidad y un tanto molesta.

—Querías que me librara de todas las sudaderas, ¿no? Pues eso es lo que estoy haciendo —replico más alto de lo necesario, eludiendo mencionar que son para Alex.

Nos quedamos un rato en silencio, pero a los cinco minutos la situación se hace insostenible, por lo que me vuelvo hacia mi madre dispuesta a enfrentarme a ella. De cualquier manera, no se irá hasta que lo haga.

—Siento haberte hablado así —digo bajando la voz hasta convertirla en un susurro apenas audible, y termino de atar las dos primeras bolsas algo más tranquila.

—Yo también lo siento. —Hace una pausa—. Beca... Hablé con Miguel este mediodía.

Los hombros me arden y comienzan a picarme. Lo peor pasa por mi cabeza.

—¿Qué te dijo? —pregunto cautelosa.

—¿Tú qué crees?

Empiezo a temblar, notando un extraño sentimiento de inquietud mezclado con desazón.

—He cortado con él, mamá.

—Lo sé, eso ya me lo dijiste. Pero ¿por qué no me constaste nada de lo que él te hizo para que lo dejaras?

—¡Lo que él hizo para que yo lo dejara! —exclamo sorprendida. El aire me quema al entrar en los pulmones y noto que se me dispara la adrenalina—. ¿Qué es lo que sabes realmente?

Me tapo la boca horrorizada. Miguel acaba de aplastar definitivamente el último sentimiento de apego que me quedaba tras dos años de relación. Mi nivel de

hemoglobina sube y baja descontrolado en estos momentos, provocando que la tarea de mirar a mi madre sea ahora mucho más difícil.

Capítulo 52



Los ojos empiezan a escocerme y siento unas enormes ganas de llorar de rabia. Me clavo las uñas en la palma de las manos con fuerza, queriendo que el dolor sea lo bastante intenso como para apagar el repiqueteo agudo e insistente que reina en mi cabeza. Aun tratándose de Miguel, no creía que tendría... Pero lo ha hecho.

—Sí —confirma mi madre, que observa atenta todos mis movimientos y expresiones—. Me habló sobre lo que os hizo a ti y a Óscar.

Me frotó la cara y me pasó una mano por el pelo. Noto que el sudor empieza a cubrir mi espalda.

—No puedo creer que haya sido capaz de venir a casa para hablarte de eso después de...

—¿Después de qué? —me anima ella con calma. Tiene un cojín sobre su regazo y las piernas cruzadas en una postura que la hace parecer más joven de lo que es realmente.

—Mamá, se presentó sin ser invitado en la casa rural a la que fui este fin de semana y me suplicó que regresara con él. Incluso logró manipular a Óscar para que me engañara y llevara hasta una zona profunda del bosque que había cerca del recinto. —Respiro hondo y cierro los párpados. Cuando los abro estoy llorando—. Si no llega a ser por Alex, no sé qué me hubiera pasado. Está loco, mamá.

—¡Dios mío! ¿Cómo no me habías explicado eso antes? —Se levanta de inmediato muy furiosa y me estrecha contra su cuerpo en un gran abrazo, ignorando la parte de la narración relativa a Alex. El aroma de su perfume a rosas recién cortadas penetra por mis sentidos serenándome—. ¡Maldita sea, cariño! No deberías haberte callado algo tan importante.

—Lo siento, quería decírtelo, pero pensé que eso te decepcionaría.

Mamá me atrae más contra sí y me besa el pelo, impidiendo que pueda ver su rostro.

—Por supuesto que no, cielo. ¡Oh, Dios mío! ¿Cómo has podido pensar eso! —exclama horrorizada—. Debería haber hecho caso de mi intuición mucho antes. Perdóname, hija.

—Mamá, no es culpa tuya. Si yo...

—Ni siquiera menciones que es tuya, porque tampoco lo es. Pero no te preocupes, ya hablé seriamente con Miguel este mediodía.

Me aparto hacia atrás igual que si me hubieran empujado unas manos invisibles.

—¡Que hiciste qué!

—Beca, no voy a permitir que ningún hombre más, sea joven o mayor, arruine a esta familia. En cuanto terminó de explicarse, por supuesto lo eché de la casa y le pedí que no regresara nunca. No te volverá a molestar —asegura con firmeza.

La boca se me seca. Ojalá hubiera podido contemplar la escena. Pero me la he perdido.

—¿De verdad hiciste eso por mí? Pensé que tú lo querías como a un hijo —digo aliviada y todavía un tanto asombrada de que las cosas hayan evolucionado de ese modo.

Tengo la nariz hinchada, pero aguanto la necesidad de buscar un pañuelo para poder escuchar su respuesta.

—La realidad es que Miguel no es mi hijo. Mi hija eres tú, Rebeca. Ya te lo he dicho muchas veces: no he pasado por cuatro embarazos para ver como os hacen daño, aunque se trate de alguien a quien he querido mucho. —Me recoge con cariño un mechón de pelo suelto tras la oreja—. Vosotros sois lo más importante de mi vida; si no os tuviera a vosotros, no me quedaría nada por lo que luchar.

Como una tonta comienzo a llorar emocionada por sus palabras y ella me sonrío llena de amor y me recibe de nuevo en su pecho.

—Ese chico, Alex... —dice con cuidado al cabo de un rato. Me pongo tensa al oír su nombre. «Espero que no vuelva a insistir en lo mismo», pienso—. Ese chico tiene algo que no me gusta, hija.

Me quedo callada, me separo lentamente de mi madre y retomo la tarea de reunir el resto de sudaderas que me quedan, para poner un poco de distancia entre nosotras.

—¿Algo como qué, mamá? Te acabo de decir que me salvó la vida.

Me froto los ojos. Mi voz suena algo torpe e infantil después de haber estado llorando.

—Simplemente es una intuición.

—Ni siquiera has cruzado más de dos palabras con él y ya estás haciendo conjeturas —replico tratando de no enfadarme de nuevo.

Oigo el sonido exasperado de un soplido a mi espalda.

—Bueno, ya veremos. El tiempo lo dirá —concluye.

La puerta de mi habitación se abre dejando entrar las voces de mis hermanos, que están peleándose por los ingredientes de la pizza. Cuando me vuelvo, mamá ya se ha marchado. Me levanto, cierro la puerta con un suspiro y me dirijo a la cama.

Sentada, echo un vistazo a la caja y tomo la piruleta del envoltorio antes de sacar el móvil para activarlo. Es un modelo libre y, por tanto, compatible con mi compañía, así que voy a por mi móvil estropeado y extraigo la tarjeta para introducirla en el nuevo. En cuanto extiendo las instrucciones descubro que Alex ha dejado anotaciones acompañadas de garabatos burlándose de cada indicación. Me muerdo el labio inferior conteniendo una risita y trato de ignorarlas mientras dejo que el dulce sabor

del caramelo impregne mi paladar a la vez que acabo de introducir todos los pasos en el móvil. Una vez he terminado, descargo algunas aplicaciones gratuitas y me meto en las redes sociales a investigar.

De pronto, me llega la notificación de un mensaje privado de alguien que no conozco llamado «Rubia legal», que además me pide amistad. Al entrar en él se abre en modo chat con una lucecita verde. Lo que leo me deja anonadada: se trata de Elisa, me ha buscado hasta dar con mi perfil en Internet y ahora me pasa su número de teléfono para que la llame con urgencia.

Suelto un resoplido y estoy a punto de ignorar su petición, pero ella vuelve a escribirme evitando que salga de la pantalla:

«¿Viste las fotos en la habitación de Alex?».

Me muerdo el labio inferior con fuerza. ¿Cómo lo sabe?

«No sé de qué me ablasss», tecleo furiosa y pulso «enviar».

Al leer lo que he puesto me doy cuenta de que he escrito parte del mensaje mal, repitiendo o quitando algunas consonantes. «¡Genial, Beca!», me digo todavía más cabreada dándome un golpe mental.

«¿Es que él te las ha escondido? Qué extraño...», responde Elisa de inmediato.

«No le hagas caso», me digo. Casi puedo imaginármela con esa falsa mirada de lástima como quien quiere dejar claro que no solo es mayor que tú y tiene más experiencia de la vida, sino que además sabe algo que tú desconoces.

«¿Qué es lo que pretendes, Elisa?»., termino escribiendo, llevándole la contraria a mi conciencia.

Pasa un largo minuto antes de que reciba ninguna respuesta. Pero cuando me llega es mucho peor de lo que pensaba.

«Llámame y tal vez te lo diga», responde. Está claro que juega conmigo.

En ese momento recibo una llamada que me distrae de contestar y mandar a Elisa en un billete solo de ida muy lejos al país de Nunca Jamás. Se trata de Alex.

Me tomo un segundo para eliminar mis malos pensamientos y me obligo a sonar contenta.

—¿Alex?

—¡Hola, musa! Veo que ya estás utilizando el móvil —dice satisfecho—. ¿Has probado ya la función vibrador? Me dijeron que se puede regular al gusto.

El cambio de tema me hace enrojecer.

—Acabo de encenderlo, y yo no hago ese tipo de cosas —replico sintiéndome muy incómoda.

—¿Qué tipo de cosas? —pregunta él haciéndose el inocente.

«¡Oh, claro que lo sabes, imbécil! No quieras obligarme a decirlo», pienso.

—Ya sabes a qué me refiero, Alex. No voy a ponerme eso ahí —digo compartiendo mis pensamientos en voz alta.

Suelta una sonora carcajada, que me obliga a apartarme por un momento el móvil de la oreja.

—¿Ni siquiera pensando en mí? —bromea poniéndome aún más nerviosa.

Todavía sigo afectada por lo que ha dicho Elisa, a pesar de que Marta me advirtió no hace tanto que podía querer confundirme para perjudicar mi relación con Alex.

—¿Estás ahora en la residencia? —pregunto, evasiva.

—A punto. Suenas rara... ¿Qué estás haciendo?

—Estoy sacando todas las sudaderas para dártelas. ¿Te vendría bien pasar a recogerlas a mi casa mañana, sobre las seis? —respondo saltando de la cama y retomando la tarea igual que si me hubieran pillado haciendo algo malo.

—Genial, le pediré el coche a Carlos. —Se queda callado un momento—. ¿Te ha dicho algo tu madre?

—Nada fuera de lo normal. ¿Has recibido una buena noticia del decano de tu facultad? —digo cambiando de tema de nuevo.

—Nada fuera de lo normal —responde imitándome infantilmente—; van a darme una sala para que exponga exclusivamente mis cuadros —dice con falsa modestia.

Me echo a reír. Le oigo jadear un poco como si estuviera subiendo las escaleras de su edificio.

—Claro, nada fuera de lo normal... —repito siguiéndole el juego—. Seguro que eso te ocurre todos los días. A lo mejor resulta que eres un genio y aún no me lo has dicho.

—Soy un genio en muchas cosas, musa. Cuando quieras puedo demostrártelo —sugiere confiriendo a sus palabras un delicioso toque ronco que me hace enloquecer.

Clavo los dedos con fuerza en el teléfono.

De pronto, se oye al otro lado la voz de una chica llamando a Alex. Frunzo el ceño intentando recordar donde he oído antes aquel timbre agudo y molesto: me resulta familiar pero no logro ubicarlo. «¿Por qué me inquietará tanto?».

—Tengo que colgar. Te veo mañana, Rebeca.

Hay una cierta intimidad en el modo en que él pronuncia mi nombre que hace que me estremezca y me olvide de mis temores por un instante precioso.

—Hasta mañana, Alex —me despido de igual manera perdiendo la oportunidad de preguntarle.

En cuanto hemos cortado la comunicación busco la foto quemada y marco preocupada el número de Elisa. Tengo que saber la verdad.

Suenan varios tonos sin que nadie responda.

—¿Hola?

Un torrente de coraje me invade antes de responder.

—Elisa, soy Beca. ¿Qué sabes de esas fotos? —digo yendo directa al grano. Ella no tiene por qué saber que solo tengo los restos de una de ellas y, desde luego, no voy a confirmarle que Alex podría haber intentado escondérmelas.

—Hola, Beca. Estaba esperando tu llamada —me saluda arrogante.

El estómago se me encoge. Siento que acabo de hacer lo que ella quería, pero controlo mis emociones y espero a que siga hablando. Sea lo que sea lo que tenga que

decirme, intuyo que no va a gustarme.

—¿Quién es?

Sin duda alguna, la persona que acaba de hablar es Alex. ¿Qué hacen juntos? Pego la oreja al teléfono para oír mejor, y descubro con desagrado que también está la chica de voz aguda. Oigo que Carlos pide una cerveza y grita algo que hace que me ruborice. Parece que estén celebrando una fiesta en su habitación. La música comienza a sonar ruidosamente.

—He cambiado de idea, Elisa; no me interesa nada de lo que tengas que decirme, así que no vuelvas a molestarme —digo, y cuelgo tirando el móvil entre los cojines.

«¡Debe de ser una broma de mal gusto!», me repito una y otra vez.

Capítulo 53



El corazón me late con violencia y siento que no voy a quedarme tranquila hasta que haga algo. «Cualquier cosa», me digo.

—Marta, ¿dónde estás?

—Ahora mismo pintándome las uñas siguiendo un vídeo tutorial de YouTube. La bloguera está loca, no te puedes imaginar lo que acaba de hacer con...

—¿Tú no has ido a ninguna fiesta? —la interrumpo antes de que empiece a hablar y luego no haya modo de pararla.

—¿Debería estar en alguna? —contesta, divertida por mi pregunta.

Me quedo callada. Dudo si decirle que Carlos sí está en una fiesta y además pasándose bastante bien.

—¿Puedes ayudarme? —me limito a decir.

—¿En qué sentido? —responde, empezando a sospechar algo.

Reviso mi armario, que tras retirar toda la ropa pasada de moda se ha quedado casi vacío, y luego me observo detenidamente en el espejo: no soy ni la mitad de esbelta que Elisa, tampoco poseo esa facilidad para acercarme a los chicos y mostrarme *sexy* ante ellos de forma natural que sí tiene Marta, y mucho menos aún tengo la ingenuidad apabullante de Laura, que atrae a los tíos como la luz a las polillas, pero hay algo que no puedo seguir retrasando.

Sujeto con más fuerza el móvil en la mano y doy una larga inspiración completamente decidida.

«¡Quiero hacerme más fuerte!», le grito a esa niña asustada que se retuerce las manos y los dedos en un rinconcito de mi interior.

—Ayúdame a cambiar —pido al fin con cierta desesperación en la voz.

Marta se echa a reír.

—¡Oh, venga ya, tía! ¿Qué te has fumado? Eso ha sonado demasiado profundo incluso viniendo de ti. ¿Lo dices en serio?

Me quedo en silencio hasta que empieza a entender que no le estoy haciendo ninguna broma.

—Está bien, Beca. Espérame ahí y no te muevas. En quince minutos estoy en tu casa —anuncia, y corta abruptamente la llamada.

Respiro hondo, tratando de no ponerme nerviosa, aunque acabo dando vueltas por el suelo de mi cuarto hasta que oigo sonar el timbre.

Cuando Marta entra en casa y me ve, se lleva una mano a la boca.

—Hola —digo sin sorprenderme por su reacción.

—Pero tía, ¿qué te ha pasado? —me dice, ignorando mi saludo y avanzando hacia donde me encuentro, en mitad de la habitación—. ¿Le has robado la peluca a algún cantante de Heavy metal y luego te has puesto implantes de silicona bajo los ojos?

Estira un mechón de mi cabello revuelto con un gesto de disgusto.

Preocupada, pone una mano a cada lado de mi cara y pasa los pulgares por mis ojeras, que están bastante hinchadas después de toda la tensión provocada por la discusión con mi madre y el ataque de llanto.

—He pillado un resfriado —respondo escueta, evitando hablarle de mi conversación con Elisa.

—Y una hipermega-reacción alérgica a decirle la verdad a tus amigos. No me mientas, tía, sé perfectamente cuándo me mientes por la manera en que tiras de las gomas que llevas en la muñeca. —Las señala y yo dejo de tocarlas—. ¿Has estado llorando? —pregunta intrigada y a la vez molesta—. No habrá sido por ese chucho *playboy* otra vez, ¿verdad?

—No, claro que no. Tuve una pequeña pelea con mi madre. Nada importante —le aseguro.

Arruga la nariz con desconfianza.

—¿Qué pasó? —se interesa, tomando asiento sobre mi cama.

Noto un nudo en la boca del estómago antes de hablar.

—Miguel está un poco pesado. Intentó manipular los sentimientos de mi madre para que me convenciera de volver juntos —termino diciendo.

Marta abre los ojos como platos.

—Voy a castrar a ese malnacido —afirma muy enfadada, mientras se arremanga la chaqueta rosa y se dirige hacia la puerta sin dejarme hablar.

La detengo.

—No te preocupes. Mi madre no se dejó engañar —la tranquilizo.

Suelta un suspiro de alivio.

—Pero no es esa la razón por la que te he llamado —digo dejándola todavía más desconcertada.

Vuelve a tensarse.

—¿Y entonces por qué? ¿Quieres tener relaciones sexuales con ese chucho y no sabes cómo? ¿A eso te referías con lo de «ayúdame a cambiar»?

Pongo una mueca de asco.

—¡Oh, Dios, tía! ¿De verdad tienes que decir las cosas así?

—¿Qué pasa? —dice Marta haciéndose la loca.

—Se llama Alex y no es un perro —la corrijo.

—Ok, tía, lo pillo. No hace falta que te pongas quisquillosa.

Niego con la cabeza y me muerdo el labio inferior. Estoy a punto de perder la cordura. Aun tratándose de Marta, no creí que pedirle un favor fuera a ser tan

complicado.

Permanecemos en silencio unos segundos, durante los cuales intento recordar el objetivo principal de haberle pedido que viniera.

—En fin, olvida todo lo que hemos hablado antes. ¿Te acuerdas de aquella conversación en los baños del Florida Night? —Hago una pausa y la miro muy atenta.

—Sí —contesta despacio.

—Tú insistías en que debía poner un poco más de atención en mí misma. Marta, quiero verme mejor.

Ella me observa con ojos brillantes y llena de determinación también, como cada vez que recuerda algo que me aconsejó y de lo que no hice caso para más tarde tener que darle la razón. El «te lo dije» queda suspendido en una nube invisible en medio de las dos.

—Supongo que no me has llamado para que te acompañe al oculista, ¿verdad? —bromea, intentando arrancarme una sonrisa.

De alguna manera lo logra.

—Pues no. Marta, necesito que me ayudes con un cambio de imagen, y no como las otras veces. Esta vez tiene que ser definitivo —declaro mucho más segura que antes.

En estos momentos, tener a mi mejor amiga al lado es una auténtica inyección de energía.

Veo que chasquea la lengua, demasiado reflexiva, y se deja caer de nuevo sobre mi cama con exagerada teatralidad.

Me recojo el pelo en una coleta alta y cojo mi abrigo, junto con las llaves y la cartera. Luego me quedo quieta, esperando su respuesta.

—No es que no me haga ilusión que me lo pidas —empieza a decir Marta—, pero eso podemos hacerlo mañana. ¿Por qué no nos sentamos y hablamos un poco sobre lo que te sucede en realidad? Llevo años esperando a que me digas esto, necesito que me des una buena explicación. ¿Es por lo que ocurrió con Elisa durante el fin de semana?

—No —contesto demasiado rápido.

—¿Todavía tienes celos de ella? —inquieta como si intentara leer mis pensamientos con algún tipo de poder oculto que desconozco que tenga.

—No, claro que no. Lo único que me pasa es que necesito despejarme y quiero que vayamos juntas de compras. Por favor, Marta..., ya hablaremos durante el camino —prometo, dulcificando mi tono de voz. Hago una pausa, dudando aún si hablarle de todas mis inquietudes sobre Alex—. ¿Vale? —le suplico, descartando la idea al instante.

Ella entorna los ojos y se lo piensa. Todavía no está muy convencida.

—Beca, el límite de Elisa nunca sobrepasará el de un buen revolcón. Tal vez pueda cantar el himno nacional alrededor de la banderita alzada de algún idiota con

picor en la entrepierna, pero eso es todo. Y ella lo sabe, por eso te tiene envidia. Tú tienes algo muy especial que atrae a los tíos, Beca —asegura muy seria.

—¿Por qué dices eso ahora? —pregunto incómoda y al mismo tiempo halagada.

—Porque es algo que necesitas saber, tía. Hasta donde he podido ver, dudo que el chucho *playboy* esté interesado en ella.

—Marta, no...

—Está bien, Beca. Iremos de compras como tú quieres. Déjame mandar un mensaje y nos marchamos —dice cortándome adrede y poniéndose de pie.

Una vez ha terminado, nos despedimos con rapidez de mi madre y mis hermanos, que están comiendo pizza en el salón mientras ven la tele. Tres cuartos de hora después, estamos en una tienda enorme con gran variedad de ropa.

Distraída, acaricio con los dedos el encaje de varios conjuntos de lencería. Ya me he comprado dos pantalones ajustados, algunas blusas, un jersey y un par de faldas. Marta se sitúa detrás de mí y me clava los índices a ambos lados de la cintura, haciéndome saltar.

—El rojo, tía. Definitivamente —declara Marta, eligiendo por mí.

Pero yo descarto su elección y me quedo con un elegante conjunto de color negro. También cojo uno liso azul marino y otro blanco muy similar. «¡Adiós ositos, jirafas y resto de fauna en mi ropa interior!», pienso aliviada.

Marta arquea una ceja.

—Soy yo la que va a usarlos —le espeto, dando por zanjada la cuestión; después de todo, ya le he dejado elegir el resto de mis prendas.

—El rojo tampoco está mal, a mi sobrino le gustará —dice una voz familiar a nuestras espaldas.

Trago saliva.

Al darme la vuelta veo a la exuberante tía de Alex mirándonos con una blanquísima sonrisa que capta la atención de varios clientes masculinos a pocos metros de nosotras. Con sus largas piernas y su melena ondulada a un lado, parece una modelo recién sacada de alguna pasarela de París o Milán vestida de pies a cabeza de marcas costosas.

Marta me pega un pequeño codazo en el costado para preguntarme quién es. Claro..., ella aún no la conoce.

—Es la tía de Alex —mascullo algo tensa.

—¡Oh, por favor, chicas! Llamadme mejor Sofía. ¿Os importa si os acompaño un ratito? —dice poniendo una mano sobre nuestros hombros y empujándonos hacia las cajas.

Obviamente, el concepto que tiene ella de «acompañar» es bastante diferente al que tenemos nosotras.

—Todavía no hemos terminado de mirar, ¿verdad, Marta? —digo en un intento de rehusar amablemente su invitación.

Busco con una mirada el apoyo de Marta, pero ella, sorprendentemente, se ha

quedado sin palabras y contempla con absoluta fascinación a Sofía, lo que no me sirve de gran ayuda.

—¡Oh, tonterías, chicas! Ya iremos otro día a comprar, conozco un sitio mucho mejor que este —asegura en un murmullo cómplice y cautivador—. Ahora vamos a descansar un poco de todo este agobiante ambiente y a reponer fuerzas en esa cafetería que hay cruzando la calle. ¡Tienen un chocolate delicioso! —nos garantiza, a la vez que llama con la mano la atención de una joven empleada vestida con el uniforme más bien feúcho de la tienda.

En un susurro apenas audible, Sofía le dice algo que no llegamos a entender pero que debe de ser muy convincente, ya que la chica cuadra los hombros y nos regala una amplia sonrisa. Al instante, la empleada nos conduce por un pasillo vacío y nos cuela sin dificultad a las tres, evitando que tengamos que esperar una larga cola que da casi una vuelta entera al interior de la tienda.

Marta y yo intercambiamos una mirada de completo asombro.

Varias personas se nos quedan mirando con ojos curiosos y llenos de envidia, pero ni siquiera el guardia de seguridad se interpone en nuestro camino; permanece apostado cerca de la cinta, para controlar que no haya problemas entre la gran multitud de clientes que esperan ser atendidos antes de que el comercio cierre.

Ahora ya no me cabe duda alguna de que es la tía de Alex. También ella se pasea por los lugares como si le pertenecieran.

No obstante, Sofía no para de sorprendernos. Cuando llega el momento de pagar, se abalanza por encima de nosotras esgrimiendo su visa de color negro y nos impide gastar ni un solo céntimo de nuestras carteras mediante una retahíla de palabras cuyo significado ni siquiera es necesario que comprenda.

Un rato después estamos tomando una taza de té (nada de chocolate, como Sofía había prometido) sentadas alrededor de una mesa en una cafetería llena de encanto y que parece sacada de alguna película ambientada en la época victoriana.

Respiro hondo y observo como Sofía cruza las piernas con gran elegancia en su asiento y saca del bolso un paquete de chicles para dejar de fumar. Con un delicado movimiento se lleva uno a la boca, igual que si estuviera devorando un delicioso manjar. Cuando nos mira otra vez, parece mucho más tranquila.

—Perdonad, chicas, llevo dos semanas horribles a causa del mono. ¿Alguna de vosotras fuma?

—No —contestamos Marta y yo al unísono.

Ante la presencia imponente de Sofía, nosotras parecemos un par de tímidas gemelas.

—Hacéis bien. Fumar deja un aliento horroroso —sentencia, como si eso fuera lo peor de toda la larga lista de efectos secundarios producidos por el tabaco—. Un novio cortó conmigo porque fumaba. Y creedme, pasé unos días horribles después de terminar la relación. —Pestañea varias veces y muy rápido, como si tratara de olvidar un recuerdo especialmente desagradable—. Pero dejemos de hablar de mí. ¿Qué hay

de vosotras? Las dos sois bastante monas, seguro que tenéis algún novio escondido por ahí. ¿Me equivoco?

Noto que sus ojos brillan sedientos de información cuando me mira. Antes de que pueda responder, Marta pide permiso para coger una llamada de su móvil y se aleja un poco, dejándome a solas con esa extraña mujer.

—Tienes la misma mirada que mi sobrino —dice Sofía de repente, desconcertándome por completo.

—¿Perdón?

—¡Oh, no me estaba refiriendo a Alex! Él es igual de temperamental que mi hermana mayor. Su madre —aclara al notar mi confusión—. Ha heredado todo lo peor de ella —asegura muy seria, aunque con cierta añoranza en la voz—. Me refería a Edu. Él tenía esa misma calidez que tú posees.

—¿Tenía? ¿Ya no la tiene? —pregunto llena de curiosidad, ansiosa por saber más acerca de la familia de Alex.

—Bueno, supongo que Alex no te ha contado nada, ¿verdad? —comenta, aumentando más aún mi curiosidad—. Ya veo que no —se responde casi de inmediato a sí misma.

Capítulo 54



El hecho de enterarse de que yo no sé nada acerca de ello da la sensación de desilusionarla bastante.

—Alex me ha contado que de pequeños siempre era él quien lo defendía —digo, con la sensación desagradable de haber perdido interés para ella.

Sofía me dedica una sonrisa nostálgica.

—Sí..., tienes razón. Te llamas Beca, ¿verdad?

Asiento con la cabeza, algo avergonzada. Llevamos hablando durante un buen rato y aún no me he presentado en condiciones.

—Perdona lo que ocurrió esta mañana en el centro comercial. Alex y Dmitry tienen ciertas dificultades para entenderse.

—¿Dmitry? ¿Te refieres al padre de Alex? —pregunto con cautela; tampoco quiero parecer entrometida.

—Sí. Podría decirse que si se odian tanto es porque amarse sería demasiado para su propio orgullo —bromea con una expresión triste.

—¿Y eso? —pregunto todavía más intrigada.

—Bueno, es algo complicado de explicar, sobre todo si Alex aún no te lo ha contado... Creo que no debería ser yo quien lo hiciera, Beca —comenta, reticente a soltar más información.

«¡Oh, genial! Me ha quedado peor de lo que estaba», pienso.

Noto que Sofía desvía la vista con impaciencia hacia el lugar donde debería estar Marta y luego me mira. De pronto, caigo en la cuenta de que mi amiga está tardando demasiado en regresar.

Las puertas de la cafetería se abren en ese instante y una ola de viento helado se cuela en el interior y me hace tiritar. Y con el viento helado entra también Alex, lo que me deja completamente atónita. Sus ojos están encendidos de furia y determinación.

Ignorando la presencia de su tía, va directo hacia mí.

Mil emociones se amontonan sobre mis hombros mientras espero a que hable.

—Rebeca, tenemos que irnos —dice con firmeza, y me tiende una mano para que me levante de mi sitio. No sé si está enfadado con las dos o solo conmigo, ya que me advirtió que no me acercara a su tía, pero algo en su mirada me saca de dudas al momento. En cuanto le doy la mano se gira bruscamente hacia Sofía, que no parece

sorprendida aunque sí bastante preocupada—. No sé lo que pretendéis tú y mi madre esta vez, pero será mejor para vosotras que dejéis a Beca fuera del juego —le advierte en un tono inquietantemente sosegado, muy diferente al que ha empleado conmigo hace un momento—. A ninguna de las dos os conviene verme cabreado de verdad, Sofía. Os lo aseguro.

Al decir esta última frase sus pupilas adquieren un intenso color negro, endurecido por la frialdad azul que los rodea y que va comprimiéndolos hasta casi convertirlos en unas rendijas que absorben la oscuridad del bar.

Un estremecimiento de inquietud me recorre el cuerpo mientras lo observo.

Al volverme, descubro perpleja que Sofía curva los labios en una gran sonrisa confiada, como si no temiera ninguna represalia, pero enseguida me doy cuenta de que es pura fachada: noto la manera como desliza sigilosamente una mano por debajo de la mesa para aferrarse a la tela de su vestido, a rayas grises y granates. Ejerce tanta presión que sus nudillos se blanquean.

—Alex —lo llamo, antes de que alguien diga nada más. Él se vuelve lentamente hacia mí y se relaja un poco, aunque mantiene una actitud distante—. Marta aún no ha regresado.

—No te preocupes por Marta, Carlos ya se ha hecho cargo de ella —me responde, tranquilizándome de inmediato. «Ahora empiezo a entenderlo todo», pienso al comprobar que el bolso de Marta no está por ningún lado. «¡Voy a estrangularla en cuanto la vea!»—. Nos vamos, Rebeca —me apremia de nuevo.

Asiento y recojo mis bolsas. Apenas logro despedirme de Sofía con un gesto de la mano, antes de que Alex se dé media vuelta y me conduzca hacia el exterior.

Una vez en la calle, carga con mis cosas en absoluto silencio con el brazo libre. No es hasta después de unos minutos cuando me doy cuenta de que estamos entrando en una de las bocas del metro.

—¿No has traído la moto? —digo sorprendida, mientras saco mi abono mensual e intento no tropezar con algo que alguien ha tirado al suelo.

Alex me suelta un momento para sacar el suyo de uno de los bolsillos de sus vaqueros. Al fijarme más detenidamente en él, noto que el pulso le tiembla un poco, como si estuviera algo bebido.

—No tuve tiempo —responde conciso.

Le levanto un poco la barbilla suavemente con los dedos. En efecto, tiene los ojos un poco enrojecidos y vidriosos.

—¿Has estado bebiendo? —pregunto.

—Solo un poco —contesta con brusquedad, y luego pasa al otro lado de los torniquetes para tomar el camino de la línea de metro que conduce hacia mi casa. Obviamente, está evitándome.

Alguien canturrea una canción de los Beatles siguiendo la melodía de una guitarra que algún artista callejero toca en otro lado, más adelante.

—¿Y cómo supiste dónde encontrarme? —Ya sé la respuesta, pero quiero oírla de

sus propios labios.

De pronto, una señora que tira de un carrito de la compra pasa a toda velocidad junto a mí y me empuja hacia un lado. Alex acude en mi ayuda de inmediato, atrayéndome hacia su pecho. Los latidos de su corazón rugen en mi oído como llamas crepitando en una chimenea.

—Maldita sea —murmura molesto—. ¿Estás bien?

Exhalo el aire con lentitud.

—Sí —contesto algo turbada.

Su aliento huele un poco a alcohol y de su ropa se desprende un ligero olor a tabaco, aunque dudo que haya fumado. Inhalo su aroma personal por encima de los demás olores; podría estar así durante horas.

—Entonces démonos prisa. Acaba de llegar nuestro metro —me advierte.

Alex me vuelve a coger de la mano y juntos iniciamos una loca y precipitada carrera por las escaleras mecánicas. Con una última zancada entramos en el vagón del metro, justo a tiempo.

Medio segundo después, las puertas se cierran a nuestras espaldas y tanto Alex como yo soltamos un suspiro de alivio mientras jadeamos por el esfuerzo.

Como si estuviéramos leyéndonos el pensamiento, ambos nos miramos al mismo tiempo compartiendo una sonrisa secreta que acaba por borrar toda sensación de malestar entre los dos. No obstante, la tranquilidad dura muy poco porque en la siguiente parada un montón de gente se apelotona hacia el interior empujándonos.

En unos segundos el aire parece viciarse con una mezcla de olores muy intensos. Me mareo un poco e intento distraerme mirando a Alex. Está firmemente agarrado a una de las barras del techo, pero yo no llego a ninguna. De pronto, el metro da un bandazo y pierdo el equilibrio, pero Alex me rodea con un brazo y evita a tiempo que me caiga.

Instintivamente, levanto las manos contra su pecho. Noto que Alex inclina la cabeza y oigo su intensa respiración. De alguna manera, siento que está oliendo mi pelo, convirtiendo ese gesto en algo íntimo y caliente. Cierro los párpados durante un segundo dispuesta a disfrutar del momento, pero resulta difícil: en cada nueva parada entran más pasajeros y apenas queda sitio para poder moverse. Alex y yo vamos acercándonos más y más el uno al otro, hasta que empiezo a notar algo duro en sus pantalones que me deja paralizada de sorpresa. Alex suelta un gruñido casi desesperado que logra sofocar a duras penas hundiendo su boca en mi coronilla.

—¿Estás bien? —pregunto, sintiendo temblorosa lo excitado que está.

Asiente con la cabeza mientras acaricia mi pelo con sus labios para tranquilizarme, pero ahora siento que soy yo la que tiene serios problemas.

Tiro con mayor fuerza de la camiseta de Alex, levantándola por encima de su estómago plano y fibroso.

—Para —murmura muy alterado.

Trago saliva.

—¡Eh! No lo estoy haciendo adrede —me justifico nerviosa.

«O al menos hago todo lo que puedo para controlarme», me digo a mí misma, mientras veo que la niña de mi interior esboza una sonrisa burlona.

El balanceo constante aún empeora más la situación. Las sensaciones de agonía se duplican y no tardo en comprobar, mitad mortificada mitad excitada, que mis pechos se endurecen y se clavan traicioneramente en el duro torso de Alex.

Ahora me doy cuenta del gran error que he cometido al haberme dejado arrastrar tan rápido por Alex hacia la calle sin abrocharme el abrigo. «¿Cómo puedo ser tan imbécil?», pienso haciendo un gran esfuerzo para no gemir también.

Alex se inclina a la altura de mi frente y sonrío haciéndome cosquillas que estimulan cada pequeño rincón de mi cuerpo, que ya de por sí está bastante alterado. «Se ha dado cuenta», me digo abochornada.

Otro balanceo vuelve a aplastarme contra su pecho. No voy a poder aguantar más, y sé que él tampoco.

De pronto, me pongo rígida.

—No te frotes —mascullo crispada.

—Nadie lo va a notar, musa —contesta Alex en un susurro ronco solo audible para mí, mientras me dedica una sonrisa perversamente contagiosa que me hace reír.

—¡No! —exclamo con los nervios a punto de explotar—. Ni se te ocurra, aquí no. Sí es posible gritar en voz baja, creo que yo acabo de hacerlo.

Al mirar alrededor, descubro que hay un par de chicas sentadas que no paran de observarnos. Pongo la oreja durante unos segundos y concluyo que, por suerte, están demasiado distraídas admirando el cuerpo de Alex como para fijarse en mí.

Al ver la expresión divertida de Alex me doy cuenta de que él también las ha oído. «¡Maldito chulo engreído!», pienso.

En un arrebato, rodeo la espalda de Alex, deslizo los dedos bajo la tela, piel con piel, y bajo las manos lentamente hasta su delgada cintura. Con una última mirada a las chicas, hundo las uñas en la carne dura de sus glúteos y lo empujo con fuerza hacia mis caderas. Las dos amigas empiezan a murmurar como locas y Alex se pone completamente rígido. Parece a punto de estallar. Cuando levanto la vista veo que está rojo, y no precisamente de vergüenza.

—¡Joder, Rebeca! —suelta en voz baja.

—La próxima es mi parada —le informo, con un inmenso placer, poniéndome de puntillas e impulsándome para atraer todavía más su cuerpo hacia el mío.

Alex se muerde la parte del labio inferior con la mandíbula extremadamente tensa, resistiéndose, y me fulmina con la mirada.

—Te acompaño —dice inexpresivo.

Sin añadir nada más, salimos disparados en cuanto las puertas se abren. Alex me sigue en silencio manteniéndose a unos pasos de distancia de mí, aunque puedo percibir muy cerca su respiración contenida como un martillo dando golpecitos sobre mi nuca.

Al llegar a mi portal, saco las llaves y empujo la puerta hacia dentro con la cadera. Antes de que pueda decir nada, Alex entra conmigo al vestíbulo y me sigue hasta las escaleras. Todo parece bastante tranquilo, pero al echar un vistazo a mi reloj descubro que ya es bastante tarde.

Cuando llega el ascensor, él también entra conmigo.

—No es nece...

No me deja acabar. Sus labios me devoran con un beso apasionado que borra el menor atisbo de pensamiento en mi cerebro, convirtiéndolo en una masa líquida inservible que se escurre por mi oído y cae al suelo, junto a las bolsas que Alex ha arrojado sin piedad antes de comenzar el asalto amoroso.

En este instante no me importa lo más mínimo que alguien entre y nos descubra.

Ignorando el peligroso bamboleo del ascensor, las fuertes manos de Alex me alzan por el trasero con enorme facilidad hasta elevarme sobre sus caderas, sirviéndose de la pared para mantenerme inmovilizada mientras hace trizas la piel de los labios, hostigándolos con una arremetida de su lengua húmeda que me deja deshecha y palpitando en el punto de unión que hay entre mis muslos.

Cuando se aparta un poco para que tomemos aire, veo sus ojos nublados de deseo por mí. Me están quemando.

De pronto el ascensor se detiene en mi planta y Alex me baja ridículamente despacio sin dejar de apretarme contra su cuerpo todavía necesitado de cariño.

—Mañana a las seis —me susurra muy meloso al oído, para acto seguido despedirse con un profundo beso y pasarme todas las bolsas antes de que la puerta vuelva a cerrarse.

Tras permanecer durante unos segundos con la mirada perdida por donde él se ha marchado, me apoyo sobre el muro que tengo delante, medio desmayada. «Ahora mismo tengo las piernas como un queso de untar», constato, y de pronto caigo en cuenta de que Alex acaba de vengarse por lo sucedido en el metro.

Solo cuando me repongo lo suficiente tras contar hasta diez, me atrevo a entrar en casa procurando no despertar a nadie.

El silencio acompañado de suspiros me da la bienvenida y yo lo saludo ebria de felicidad.

«Mañana a las seis», me repito, embebiéndome de la promesa de estas palabras.

Las palabras de Alex permanecen en mi conciencia incluso mucho después de haberme sumergido en un profundo sueño.

Capítulo 55



Miro por la mirilla y compruebo que Alex ya está aquí.

De repente se me pone un nudo en la garganta: se ha presentado antes de la hora. «¡Madre mía! ¿Y ahora qué hago? No hay nadie en casa, y anoche las cosas fueron demasiado confusas».

Doy una larga inspiración y pongo la mano sudorosa sobre el picaporte de la puerta, temiendo poder derretirlo con mi propio calor corporal.

Respiro profundamente.

«Tranquila», me digo.

No debería estar tan alterada: me he duchado, me he vestido con ropa nueva e incluso me he puesto un poco de maquillaje, y hoy estreno uno de esos conjuntos de lencería tan *sexys* que compré con Marta. «Todo debería salir bien», me convengo.

Abro de un tirón la puerta de mi casa y me quedo observando a Alex.

Al instante, se me acelera la respiración: a pesar de que lleva el pelo alborotado y está más ojeroso de lo habitual, sigue siendo irresistiblemente guapo. Tiene los iris de un azul apagado y está dando un enorme bostezo, lo que me hace pensar que aún no se ha echado a dormir. Al notar mi presencia, cierra la boca de golpe con la mano aún en el aire, como si hubiera olvidado qué hacer con ella. Al final, la agita a modo de saludo.

El gesto me hubiera parecido cómico si no estuviese tan nerviosa.

Alex da un largo silbido mientras me abarca con su penetrante mirada, que hace que la sangre se me agolpe en las mejillas.

Sus ojos suben ardientes por mis piernas, ceñidas en unos estrechos pantalones de pitillo, y luego siguen recorriendo cada curva de mi cuerpo hasta detenerse con descaro en la zona del escote, en gran parte visible a causa de los tres botones sin abrochar de la camisa *denim* que llevo puesta.

Un cosquilleo familiar atenaza mi estómago dejándome una ligera sensación de mariposas aleteando en su interior.

—Hola, Alex —le saludo. Me quedo paralizada, sin saber cómo continuar—. Has llegado temprano... —digo lentamente.

—¿Alex? —le llamo de nuevo.

Me doy cuenta de que está totalmente abstraído en mi cuerpo, como si no pudiera oír nada de lo que estoy diciéndole.

«¿Y si estoy haciendo el ridículo? No debería haber hecho caso de los consejos de Marta», pienso, e incluso me pregunto si aún no es demasiado tarde para ir a buscar una de mis viejas sudaderas.

Enarco una ceja, molesta.

—¿Alex? ¿Estás bien? —repito.

De pronto, su nuez se eleva a lo largo de su cuello varonil como si le costara tragar, aunque se recupera rápidamente y esgrime una sonrisa impertinente que captura toda mi atención hacia sus labios carnosos.

Definitivamente, él no es el único aturdido por la presencia del otro.

—Perdón. ¿Decías algo, Rebeca? —contesta distraído.

—¡Oh, nada! Nada importante —respondo mordaz.

—Eh... Entonces, ¿puedo entrar? —me pide, dándole una calidez casi sexual a sus palabras que me hace pestañear.

—Eso depende. ¿Me lo preguntas a mí o se lo preguntas a mis tetas? —ironizo cuando veo que todavía sigue mirándome al pecho en lugar de a la cara.

Alex se remoja el labio inferior con la lengua, jugando con su *piercing* frío y plateado, y luego levanta la cabeza. Con una sonrisa insolente, vuelve a mirarme a los ojos sin un ápice de remordimiento. De repente, todo el cansancio de su rostro desaparece por arte de magia.

—Estás cambiada —comenta mientras me examina por segunda vez, esta vez dándome un repaso mucho más rápido aunque no menos penetrante.

Me encojo de hombros, aparentando una tranquilidad que en realidad no siento. Noto que me arde la piel a través de la tela vaquera. Si hubiera sabido que solo tenía que comprar ropa para dejarlo sin palabras, lo habría hecho mucho antes.

—¿Y debo suponer que eso es algo bueno? —pregunto con coquetería, haciéndome a un lado para dejarle entrar.

Al cruzar el umbral, el dorso de la mano de Alex roza de manera casi imperceptible el lateral de uno de mis muslos. Un agradable escalofrío recorre mi espalda al instante. Si no se tratara de Alex lo habría tomado como algo casual y sin importancia, pero no es el caso, y si algo he aprendido durante el tiempo que hace que lo conozco es que en él nada se debe al azar, por muy imprevisible que parezca.

—¿Quieres preguntárselo tú directamente a mi amigo el de la entrepierna, cariño? Él está impaciente por contestarte —me susurra meloso al oído, consiguiendo que me ardan las mejillas.

Acaba de devolvérmela, por mi anterior comentario sobre las «tetas».

No puedo evitar echarme a reír por la ironía.

—¿Estás sola en casa? —se interesa, dando un vistazo alrededor.

Aunque da toda la impresión de parecer despreocupado, siento su mirada como un placentero aguijón que me pone en alerta.

—Sí, pero no por mucho tiempo. Las sudaderas están en mi habitación —digo, cambiando bruscamente de tema y desviando con inquietud la vista hacia el pasillo.

El corazón me late desbocado y mis hormonas se disparan—. Ahora te las traigo.

Antes de que pueda darme cuenta, descubro que está siguiéndome los pasos, sin ninguna intención de quedarse atrás esperándome. Trato de ignorar su cercanía, pero me resulta imposible. Entro en mi habitación dando un respingo y pongo rápidamente distancia entre nosotros dirigiéndome hasta el montón de bolsas depositadas en el hueco que queda entre mi escritorio y el espejo alargado que hace las veces de probador.

—Es acogedora —dice Alex, paseándose por delante de las estanterías con los pocos cuentos infantiles que tenemos y algunos libros míos—. Tu hermana también duerme aquí, ¿no? —pregunta cogiendo uno de los perritos de peluche que hay dentro de un cesto de mimbre, donde Natalia los ha ido coleccionando.

Me quedo mirándolos distraída. Lo cierto es que cuando Miguel comenzó a traérselos a mi hermana, me pareció un detalle conmovedor por su parte. Ni siquiera cuando Marta me hizo saber que los regalaban con el menú ahorro de un restaurante de comida rápida cambié de opinión. Aparto la vista, sintiéndome incómoda al verlos ahora.

Alex coge uno de los peluches y me lo tira a la cabeza.

—¡Eooo! Tierra llamando a Rebeca, ¿estás ahí?

Estoy muy tentada de matarlo ahora mismo.

—Sí —contesto en voz queda—. Siéntate si quieres mientras termino de atar esto. Solo tardo un momento —añado, y luego me inclino de modo que me quedo dándole la espalda a Alex.

—No tengo prisa, tómate el tiempo que quieras, musa —responde bastante contento.

Me gustaría saber qué es lo que le ha puesto de tan buen humor.

Oigo el crujido delator de los muelles de mi cama. Acaba de sentarse en ella, en lugar de hacerlo en la silla que hay frente a la mesa. No me cabe duda alguna de que lo ha hecho adrede.

Mi ritmo cardíaco comienza a trabajar.

—Tienes unas bonitas vistas desde aquí —comenta Alex en tono desenfadado.

—¿Vistas? Supongo que no lo dices en serio. Solo se ve el viejo edificio de enfrente, que además nos quita toda la luz —le respondo, mientras me peleo para cruzar las asas de plástico hasta convertirlas en un nudo fiable—. No hay mucho que ver, aparte de la calle.

—Bueno, eso es porque aún no las has disfrutado desde donde yo estoy sentado —me contradice juguetón—. ¿Por qué no vienes y lo compruebas? Puedo hacerte un hueco.

La voz de Alex se vuelve varios tonos más grave, y eso hace que me ruborice. Así que finalmente lo miro por encima del hombro y entonces descubro avergonzada a qué se está refiriendo exactamente con lo de las «vistas».

—Tienes un balanceo de culo maravilloso, Rebeca —añade, confirmando mis

sospechas.

Me dedica un guiño de ojo encantador que sube de inmediato la temperatura de mi cuerpo.

Rápidamente, me doy la vuelta y me cruzo de brazos.

—Eres un perverso, Alex —replico molesta.

—¿Perverso? ¿Y qué hay de ti? Todavía me duele el culo por los pellizcos que me metiste ayer en el metro —se defiende frotándose la zona aludida con descaro—. ¿No crees que deberías darme al menos un masajito?

—Eso no viene al caso —digo abochornada.

Antes de que me dé cuenta, Alex ya está de pie ante mí lanzándome una mirada burlona.

—¡Oh, claro que sí! Tú y yo tenemos algo pendiente, Rebeca —susurra sobre mis labios sin llegar a besarme. Tira de mis caderas hacia la suyas juguetonamente y me lleva hacia la cama en una clara invitación a lo que tiene en mente—. Una conversación importante que no llegamos a terminar anoche —continúa tentador—. ¿Te has olvidado ya?

«Obviamente no», pienso mientras Alex masajea mi cintura y a la vez inclina la cabeza para comenzar a besarme por debajo de la mandíbula. Mi respiración se agita de inmediato, impidiéndome concentrarme.

—No recuerdo que empezáramos ninguna conversación, Alex —digo resistiéndome y poniéndome seria, y lo aparto un poco de mí apoyando las manos sobre su pecho.

Él me observa con una expresión ceñuda, pero no tarda en sonreír de nuevo.

—¿Qué es lo que pasa, musa? Dijiste que no había nadie en tu casa.

—Te equivocas: dije que no tardarían en regresar. ¿O ya no recuerdas esa parte?

—Tengo un oído selectivo, nena. Tal vez se me haya pasado por alto —contesta arrogante y sin perder el gesto de diversión que asoma en un extremo de su boca.

«¡No! No lo mires, tú mantente firme, chica —me dice mi subconsciente—. Por cierto, ¿me ha llamado “nena”?».

Parpadeo y evito caer en su trampa. Sin embargo, eso solo parece motivarle más aún, y no tarda en reiniciar otra vez la exploración de mi cuerpo con sus dedos.

—Espera. Tenemos que hablar sobre lo que ocurrió ayer, Alex. —Lo freno, y contengo un gemido cuando me pellizca el trasero—. Por favor —insisto con el corazón martilleándome en el pecho.

—Eh... ¿No es eso lo que estamos haciendo? —se burla maliciosamente, ladeando la cabeza.

Como veo que no me va a soltar, me pongo recta y adopto una actitud severa para que entienda.

—¿Puedes dejar de hablar en el idioma universal del coqueteo y ponerte serio de una vez? No estoy bromeando —añado, para no dejar lugar a dudas.

Alex me observa detenidamente con una mueca inescrutable en el rostro y por fin

se retira.

—Está bien —acepta con un suspiro—. ¿Dónde quieres que vayamos?

Aliviada, señalo las bolsas con una sonrisa y él también las mira.

—¿Qué tal si llevamos todo esto a tu estudio?

Media hora más tarde estamos entrando en él. Ahora en lugar de un sillón rojo hay un sofá negro pero, al igual que la otra vez, todo está sorprendentemente limpio, excepto la zona de periódicos del suelo donde se encuentra el caballete. No obstante, algo más llama mi atención.

De nuevo, mis ojos vuelan veloces hasta el almacén cerrado con candado del fondo, que ha ido alimentando mi curiosidad desde la primera vez que lo vi.

—¿Ahí es donde guardas todas tus pinturas? —pregunto sin poderme resistir.

Alex deja caer las bolsas y se toma su tiempo en contestar.

—Algo así —se limita a decir.

—¿Puedo ver tus cuadros? —pido esperanzada.

—No —responde rotundo y de inmediato, pero luego parece darse cuenta del tono crudo con que me ha hablado y añade—: Ahora no es buen momento, quizá otro día.

Asiento desilusionada.

Él va hasta el sofá y toma asiento.

—Bueno, ya estamos aquí... ¿Qué es lo que querías decirme antes?

Suelto un bufido.

—No se trata de un monólogo, Alex. Espero que tú también participes, sobre todo porque se trata de ti.

—¿De mí? —exclama sorprendido, y suelta una carcajada que no logra ocultar su incomodidad.

Ignoro su alarde fanfarrón y me acerco a él.

—¿Qué es lo que tienes con tu tía? Puede que sea algo extraña, pero es tu familia. No deberías huir de ella.

—Y no lo hago. ¿Qué es lo que hablasteis exactamente?

Aunque intenta parecer desinteresado, el tic nervioso de su mandíbula lo delata. Se revuelve el pelo, se levanta y se acerca a su mesa llena de acrílicos, dándome la espalda.

Frunzo el ceño; es increíble la gran habilidad que posee para llevarme de un tema a otro.

—De nada importante. —Hago una pausa, dudando si preguntar, pero entonces las palabras salen de mi boca antes de que pueda detenerlas—. Alex, ¿qué es lo que te preocupa realmente? ¿Hay algo que quieras contarme? —Todavía mantengo la esperanza de que me aclare la duda que me dejó Sofía como un enigma por resolver.

Me acerco a él por detrás y meto los pulgares en los bolsillos de su pantalón atrayéndolo hacia mí, temiendo que quiera escapar de nuevo.

—¿Qué es lo que quieres saber? —dice al fin. Suena reticente, pero al menos no

se ha negado.

—Tu tía me dijo que yo tenía la misma mirada que tu hermano. ¿Es verdad? ¿Me parezco a él?

De algún modo, mi comentario parece hacerle mucha gracia.

—¡Eh! No te rías —le regaño sin saber aún si sentirme ofendida o no—. ¿Debo pensar que tu tía solo me estaba tomando el pelo?

De pronto, deja de reírse y se pone serio.

—Sería mejor que no te compararas con él —responde con tanta frialdad que me quedo desconcertada.

—No pretendía molestarte, Alex, y mucho menos compararme con tu hermano —me defiendo, enfadada y frustrada porque no logro entender qué le hace tener ese extraño comportamiento conmigo.

—Y no lo has hecho, Rebeca. ¿Por qué me preguntas sobre todo esto ahora? ¿Mi tía te dijo que lo hicieras?

—¡Claro que no! —exclamo horrorizada—. ¿Por quién me tomas?

Alex saca suavemente mis pulgares de sus bolsillos y se vuelve hacia mí muy despacio. Una expresión enigmática revolotea sobre su rostro ceñudo.

Al ver que se queda callado, me trago mi propio orgullo y sigo.

—Tu tía hablaba de tu hermano en pasado, como si ya no fuera el mismo. ¿Sabes por qué lo hacía? —digo temiendo haber sobrepasado los límites.

Alex se rasca la cabeza y me mira muy fijamente. El pecho le sube y le baja agitado. Empiezo a ponerme verdaderamente nerviosa.

—Mi hermano está muerto, Rebeca. —Su voz suena tan carente de emociones que me quedo temblando como si acabara de darme un baño frío.

Retrocedo un paso. Su confesión me ha dejado helada y aturdida.

—Alex —murmuro, alcanzando su mejilla con mi mano.

Ahora mismo es todo lo que se me ocurre hacer o decir.

Capítulo 56



Caigo rendida de agotamiento sobre la silla y entiero el rostro entre las manos mientras Marta, con mirada hambrienta, se acerca a la boca el batido que acabo de prepararle en La Abuelita.

—Estoy muerta —confieso sin apenas energía—. Dime, ¿para qué querías verme? —pregunto levantando la cabeza en su dirección.

Marta me sopla inesperadamente el precinto de su pajita en un ojo.

—Pero ¿qué mosca te ha picado, tía? —le suelto.

Me pongo a frotarme el ojo hasta que la sensación de escozor desaparece. En cuanto me recupero la fulmino con la mirada y ella me dedica un mohín infantil de rencor.

¿Está haciéndose la ofendida? ¡Fantástico!

—Después de todo lo que te ayudé con la ropa, y del plantón que le has dado esta mañana a mi hermano cuando le habías prometido ir a correr, ¿no vas a decirme nada sobre lo que ocurrió contigo y el *playboy* el otro día? —pregunta con un tono punzante.

Respiro profundo. Empiezo a entender por qué está tan enfadada.

—En realidad no acordé nada con Héctor. Y respecto a Alex, no hicimos eso que tú estás pensando ahora mismo —respondo impaciente mientras saco el móvil, esperando que Alex me haya mandado un mensaje.

En cuanto veo el icono con su nombre, corro a abrirlo de inmediato sin lograr contener la emoción. Parece que hoy vendrá a recogerme un poco más tarde.

—Venga, no bromees. Un tío buenorro al que le gustas se presenta en la puerta de tu casa cuando estás sola y tú quieres que crea que no ocurrió nada... ¿Quién en su sano juicio va a creerte? ¡Anda, no te lo guardes para ti! Te prometo que no voy a venderle la exclusiva a nadie —dice en un tono de tanta complicidad que me hace reír. Extiende medio cuerpo sobre la mesa, se apoya en las palmas de las manos y se pone a estudiar atentamente mi rostro a tan solo unos centímetros. Incómoda, guardo el teléfono y me echo hacia atrás todo lo que puedo en mi asiento—. En serio, tía, ¿de verdad que no hubo nada de nada? —insiste Marta mucho más alto.

Varios clientes se vuelven a observarnos con curiosidad.

La miro poniendo una sonrisa tensa.

—Mis hermanos estaban a punto de regresar a casa, y tú sabes que no duermo

sola en mi habitación. ¿Sugieres que no debería haberme importado que una niña de cinco años me pillase en plena acción? —replico con los ojos en blanco.

—¡Oh, amiga! No te salgas por la tangente. Íbamos por la parte en la que me cuentas el polvo alucinante que has tenido.

«¿De verdad va a seguir insistiendo? Si vuelve a conseguir que ponga los ojos en blanco, juro que yo misma me los sacaré», pienso.

Resoplo para apartarme un mechón rebelde de la frente.

—Desgraciadamente para ti, no tengo ninguna exclusiva sexual que ofrecerte —contesto, dando por zanjada la conversación.

Siento que me pesa horrorosamente todo el cuerpo, y aún no he acabado mi turno.

—En fin, ¿dónde está Laura? —digo cambiando de tema.

—¿Tú que crees?

—¿Nuevo rollo? —pregunto.

—Querrás decir nuevo guiri, cielo. Laura tiene un detector natural para encontrarlos hasta en los sitios más raros.

—¿En los sitios más raros, dices? —me extraño.

—Lo siento, Beca, pero ahora mismo estoy demasiado deprimida como para contarte nada acerca de la vida íntima de otras personas.

Me quedo en silencio observándola. A veces creo que podría odiarla un poco.

—Escucha, tengo una pregunta para ti.

—¿Para mí? —dice Marta señalándose al pecho con sorpresa.

—Se trata de Alex —explico rápidamente, antes de que su imaginación vuele—. ¿Por casualidad Carlos te ha mencionado alguna vez al hermano de Alex?

—¿Tiene un hermano? —dice sorprendida y arrugando exageradamente el ceño—. Pues ahora me entero. Ni idea. ¿Por qué lo preguntas?

—Por nada especial —contesto.

—Si no es nada especial —dice entrecomillando las palabras—, ¿por qué pones esa cara de planta mustia? ¿Es que también se te ha declarado y ahora no sabes por cuál de los dos hermanos decidirte? Si quieres te puedo pasar toda mi colección de DVD de *Crónicas vampíricas* —me ofrece demasiado solícita.

Trago saliva, apesadumbrada.

—Esa posibilidad sería imposible —respondo con la voz queda.

—¿Su hermano es demasiado pequeño para ti? —inquire Marta cada vez más intrigada—. ¿O tal vez demasiado mayor? —dice guiñándome un ojo con picardía.

Arrugo la nariz, me está crispando los nervios.

—Tú te estás liando, y a mí me estás volviendo loca, Marta.

Al ver que ella también está a punto de perder la paciencia conmigo, para tranquilizarme un poco agarro una servilleta y comienzo a hacerla pedazos entre mis dedos. Es un ritual que hago siempre que estoy preocupada, y lo cierto es que funciona.

—Entonces, ¿qué? ¿Vas a explicármelo de una buena vez para que te pueda

ayudar? —me azuza. Luego sorbe sonoramente de su pajita y se pone a darle vueltas al contenido de su batido, lo que me da un tiempo para pensar.

—El hermano de Alex murió, aunque no sé muy bien cuándo —revelo despacio y sin dejar de observar todas sus reacciones.

—¡Oh! ¡Mierda, Beca! Eso me hace sentir fatal. ¿Por qué has dejado que soltara toda esa porquería sobre triángulos amorosos y asaltacunas?

Pongo cara compungida al igual que ella.

De pronto, la puerta del bar se abre y entra un glamuroso Carlos vestido con un elegante traje oscuro para llevar a cenar a Marta a un restaurante caro del centro. En cuanto nos ve, nos saluda con una gran sonrisa y viene hacia nosotras.

Marta no tarda en entrar en acción y le da a Carlos uno de esos besos que quitan la respiración, y yo tengo que tragármelo mientras pienso en lo mucho que me gustaría tener cerca a una persona en concreto para desahogar mi propia frustración.

—Cariño, ¿tú sabías que Alex tenía un hermano?

—Sí, un hermano gemelo. Creo que murió en un accidente mientras escalaba, hace dos años. ¿Por qué lo preguntas?

Las palabras de Carlos me dejan paralizada y completamente desarmada. ¿Gemelos? Alex nunca me dijo que lo fueran. Trago saliva muy inquieta. Ni siquiera sabía que Eduardo hubiera muerto mientras escalaba.

Una diminuta puerta se abre en mi memoria dejando el espacio suficiente para que mi cerebro comience a trabajar, empujando más y más imágenes hasta que el recuerdo que estoy buscando se catapulta ante mis ojos vívidamente.

«Maldito desgraciado, tendrías que haberla protegido si de verdad la quieres. Pero la has puesto en peligro y la has abandonado a su suerte. Solo mereces pudrirte en tu propia mierda, imbécil».

De nuevo, es como si el vértigo y la sensación de viento helado azotaran mi cara trasladándome al día en que Alex le dijo aquellas palabras a Miguel. La mañana en que me salvó de caer en el hoyo.

Todo en mí tiembla con solo recordar lo furioso que estaba. Tenía una peligrosa sombra ceñida como una banda negra sobre los ojos y los oídos que le impedía ver y oír, mientras sacudía el puño hacia delante. Parecía un toro echando humo en medio de aquel paisaje nevado.

Ahora comprendo que esas palabras en realidad no iban dirigidas a Miguel, sino a sí mismo.

—Simple curiosidad —oigo que le contesta Marta a Carlos—. En fin, es una pena. —Ladea la cabeza y me observa unos segundos—. Tenemos que marcharnos, Beca. ¿Estás bien?

Hago un gesto para tranquilizarla y ella me da un ligero apretón en la mano cuando se levanta. Luego se agacha para darme un beso en la mejilla.

—Si es algo que te preocupa, tal vez la tía de Alex te pueda ayudar —me susurra a la oreja.

Al separarse, mira a Carlos y le sonríe feliz. Creo que nunca la he visto más enamorada que ahora.

—Por cierto, Beca, hoy sábado pincha Alex en el Florida Night.  Vas a venir a verlo? —pregunta Carlos.

Observo a Carlos como si acabara de salir de una espesa niebla.

—No lo sé, todavía no he hablado con él.

Recojo todos los restos despedazados de la servilleta y los guardo en un puño.

—Hoy celebran una repetición del día de los enamorados.  De verdad que ese chucho no te ha dicho nada? —interviene Marta, con una expresión de desaprobación en el rostro.

—Está demasiado ocupado con la exposición, tal vez se le haya pasado —salta rápidamente Carlos en defensa de su amigo.

—Cariño, amo tu lealtad, excepto cuando te da por adoptar a chuchos callejeros.

—No te preocupes, Marta —la tranquilizo. Lo último que quiero es enturbiar su bonita relación—. Está diciendo la verdad. Alex me acaba de enviar un mensaje para avisarme de que tenía otra reunión con el decano de su facultad esta tarde.

Carlos frunce el ceño.

— Una reunión? Creía que... —se interrumpe lleno de confusión.

— Qu  creías, cariño? —dice Marta animándole a continuar.

En ese instante Rosa, mi jefa, se acerca a nuestra mesa con una mirada desesperada.

—Beca, cielo. Perdona que te interrumpa, pero necesito que vengas a echarme una mano.

—Bueno, no te molestamos más —dice Carlos pasando un brazo por los hombros de Marta y atrayéndola hacia su pecho. Ella lo mira desconfiada, pero no dice nada.

—Llámame si al final vienes al Florida Night esta noche,  vale?

Asiento con la cabeza para no preocupar mucho más a mi amiga, y voy directa a la barra para atender a la cola de turistas que se ha ido formando.

— D nde est  Elisa? No la he visto en toda la semana —le pregunto al cabo de un rato a Rosa, mientras preparo una de las últimas copas heladas. Me sorprende que con el frío que hace todavía haya gente que venga a pedir las.

Las facciones dulces y redondas de mi jefa se endurecen.

—Se despidió la semana pasada. O eso supongo, ya que no ha vuelto a dar señales de vida desde entonces —comenta muy ofendida, con un marcado acento andaluz.

Me quedo boquiabierta de asombro.  Despedida? Eso significa que en realidad no es que le dieran el fin de semana libre para ir a la nieve con nosotros...

Evidentemente no está enferma, así que  por qué está actuando de ese modo?

— Desde la semana pasada? —repito solo para confirmarlo.

—Exacto. Y te digo una cosa en confianza, Beca: si vuelve no creo que su puesto siga disponible, no al menos para ella, después de todas las veces que se ha ausentado

del trabajo sin ninguna explicación.

Me resulta increíble oír a Rosa, a quien tanto le cuesta enojarse, hablar de este modo.

Justo cuando termino de cobrar al último cliente, veo aparecer a Alex. En cuanto nuestras miradas se cruzan es como si colisionaran la una contra la otra y saltaran chispas alrededor.

Mi respiración se vuelve entrecortada, y no me doy cuenta de que le he dado mal el cambio al tipo que tengo delante hasta que él se aclara la garganta y me repite la explicación con cierta impaciencia.

Alex me mira y sonrío; está claro que disfruta con mi turbación.

«¡Maldita sea, él tiene la culpa de que esté así!».

—Lo siento mucho, aquí lo tienes —me disculpo. Le entrego la cantidad correcta al chico y él se marcha disgustado haciendo un comentario en voz baja que, deduzco, tiene que ver conmigo.

Cuando está a punto de salir a la calle, Alex le pega un empujón al rozarlo con su hombro y pasa de largo ignorando la réplica de este.

Asombrada, apenas noto cuando Rosa me pone una mano en el brazo para llamar mi atención. Al mirarla, me guiña el ojo y me dedica una gran sonrisa de complicidad, lo que me deja todavía más perpleja. Ella también lo ha visto.

—Te dejo con tu príncipe azul, bonita —se despide, y se va a recoger unas mesas del fondo. Al pasar junto a Alex, le saluda amablemente sin detenerse.

—Hola —digo despacio.

—¿Ya has terminado? —pregunta Alex con una impactante curva en su boca que me deja abrumada.

—Sí, solo dame un momento —digo saliendo de detrás de la barra y desatándome el delantal.

Hace una mueca mientras me escruta intensamente con la mirada. De algún modo, consigue que hasta mis dedos se conviertan en una masa inútil que no me responde. Nerviosa, tiro del nudo con más fuerza, pero no hay manera.

Alex se pone detrás de mí y me aparta con suma delicadeza las manos.

—Espera, déjame ayudarte —dice casi en un murmullo sobre mi pelo—. Listo —me anuncia, dándome una palmada en el culo.

Lo ha hecho tan rápido que ni me he dado cuenta.

Al girarme, me da un beso sensual que termina con una de sus sonrisas irresistibles floreciendo sobre mis labios.

—Vamos, tengo la moto fuera —me apremia.

Al cabo de unos diez o quince minutos llegamos a su estudio. Ya antes de entrar noto que hay algo diferente en el ambiente. Alex ha permanecido en un extraño silencio durante todo el camino, lo que me ha permitido darle unas cuantas vueltas a todo el asunto de su hermano. No puedo dejar de pensar que la reacción furiosa de Alex después de que me salvara en la nieve guarda cierta relación con el accidente de

Eduardo.

De pronto, Alex me pasa las llaves.

—¿Puedes ir abriendo mientras miro una cosa en la moto? —me pide sin llegar a mirarme.

Asiento con un gesto sin darle mucha importancia.

En cuanto abro, descubro con el corazón extasiado que todo el suelo está repleto de miles de pétalos de rosa, que contrastan intensamente con las paredes blancas.

Anonadada, doy varios pasos temblorosos hacia delante y me giro maravillada por toda la belleza que me rodea.

Siento que la mirada de Alex sigue mis movimientos.

No importa adónde dirija mis ojos: no hay ni un solo hueco que no esté cubierto de un palpitante rojo.

Oigo un leve crujido de la puerta por detrás de mí y luego se apagan las luces. De pronto, todo queda tenuemente iluminado por una hilera de velas blancas que calientan mis tobillos. Antes de que pueda decir nada, Alex me vuelve hacia él y me sume en un apretado abrazo que me hace sentir todos sus músculos a través de la ropa.

Alzo la barbilla para encontrarme con sus pupilas brillantes.

—¿Te gusta? —pregunta lleno de expectación.

—¡Dios mío! ¿Todo esto lo has hecho para mí?

Capítulo 57



—Hay algo más —me anuncia en un tono cargado de desafío.

Abro los ojos como platos. Todavía no puedo creer que tenga más sorpresas preparadas.

—¿Más? —suelto sorprendida.

Por desgracia, en ese momento noto un hormigueo en el estómago que acaba produciendo un sonido hambriento. Las mejillas me arden de vergüenza.

Alex ladea la cabeza, examina la expresión de mi rostro y luego sonrío divertido.

—Ven —dice retrocediendo y agarrándome de una mano para guiarme a través del camino de velas que conduce al sofá—. Antes vamos a cenar —dice sin asomo de burla en la voz.

A medida que avanzamos, siento que la sangre bombea bulliciosa por mis venas.

En cuanto me he sentado y me he quitado el abrigo, no puedo resistir la tentación de contemplar desde mi sitio todo el cuarto en sombras. Es como si hubiera caído nieve roja en plena noche y estuviéramos en otra época y en otro lugar, muy lejos de aquí.

—Pensaba que solo te gustaban el negro y el blanco —digo en un murmullo, temiendo despertar a algún tipo de ser sobrenatural de las flores.

—No. ¿Qué te hace pensar eso? —pregunta, yendo a por su mochila.

Golpeo nerviosa los talones contra la parte inferior del mueble.

—Bueno... Siempre te vistes con esos dos colores, ¿no?

—¡Eh! Mis vaqueros son azules, ¿eso no cuenta? —bromea con una ceja levantada haciéndose el ofendido.

—Entonces, ¿hay alguna razón en particular? —insisto.

Alex se rasca la cabeza mientras lo medita; es como si hubiera olvidado el motivo de por qué empezó a vestirse así. De pronto parece recordarlo, y entonces su gesto se torna serio y duro y se le tensa la mandíbula.

Ha dejado de sonreír.

«¡Genial, chica! Mejor te hubieras mantenido calladita», me regaña mi subconsciente. Decido cambiar de tema.

—¿Qué vamos a cenar?

Eso parece funcionar, porque noto que sus hombros se relajan. Avanza hacia el centro del estudio y coge una caja de cartón.

—¿Te gusta la pizza?

Me echo a reír y él frunce las cejas simulando enfadarse.

—Supongo que no ha sonado muy romántico, ¿verdad? —comenta rascándose la nuca.

Suelto otra carcajada e intento taparme la boca. Él no sabe la cantidad de pizza que he tenido que ingerir estos días por culpa de Natalia.

Alex menea la cabeza con disgusto y chasquea la lengua.

—He cambiado de idea, creo que mejor me la voy a comer toda yo solito —dice levantando la tapa y sacando un trozo de cuyo extremo salen varios hilos de queso derretido.

«¡Vaya, está recién hecha!», pienso.

Me suenan las tripas, que parecen enfurecidas.

—¡No puedes hacer eso!

—¡Oh, claro que puedo, musa! —dice pegando el primer bocado.

Se le queda un poco de salsa de tomate en una de las comisuras de la boca, y a mí se me hace la boca agua.

—¡Te deseo una indigestión! —lo maldigo con un dedo acusador y frunciendo el ceño.

—Bueno, pues espera sentadita a que surta efecto —replica fanfarrón, mientras devora otro trozo que supera al anterior.

«¿Será glotón?».

No puedo creer que se esté comiendo mi cena, el muy... ¡Sí, capullo! ¡Qué narices! Se la está zampando delante de mí sin compartir ni un cachito.

—¡Espera! —lloriqueo.

Me levanto hacia él y me dispongo a tomar una ración, pero entonces Alex sube la caja todavía más arriba, donde yo no puedo alcanzarla. Doy saltitos y al hacerlo mis pechos rozan su torso varias veces.

Oigo una risita impertinente y bajo la vista.

La sonrisa de Alex deja de expresar diversión para revelar otra emoción más fuerte y picante, y al final se transforma en una mueca burlona. Solo entonces me doy cuenta de lo que estoy haciendo, y de que me ha provocado intencionadamente.

«¡Será hijo de...!».

Me aparto un poco y, aprovechando que se ha distraído observándome, consigo quitarle su trozo de pizza. Feliz, le doy un buen mordisco.

Él me mira con mucha atención, tanta que termino atragantándome.

—¡Eh! ¿Estás bien? —se preocupa.

—¿Tienes agua? —le pregunto tosiendo, mientras noto que me masajea la espalda con la mano trazando círculos reconfortantes.

«¡Genial! Me voy a morir de la vergüenza».

—Tengo algo mejor —me responde con una sonrisa, pasándome la caja y dirigiéndose hacia la pequeña nevera que tiene al fondo de la habitación.

Cuando regresa, carga muy solemne con dos vasos y una botella. Me fijo en que el pelo lo tiene ahora más alborotado, y eso le da un *look* desenfadado e inmensamente atractivo.

—¿Sidra? —digo abriendo mucho los ojos y con la boca seca de expectación.

—Ajá —confirma él con una expresión de agrado—. Vamos a sentarnos —propone, y señala el sofá con un cálido gesto de cabeza.

Intento mantener el rostro impassible para evitar retorcerme de emoción y le sigo.

Me siento en el sofá y coloco la pizza entre los dos. Alex me pasa los vasos, rozándome los dedos y sin dejar de mirarme. Aturdida, noto como las yemas de su mano acarician mi piel, produciéndome un cosquilleo incandescente.

Respiro con dificultad.

—¿Ya estás mejor? —me pregunta todavía preocupado.

Asiento en silencio, incapaz de articular una sola palabra.

Él se endereza y procede a descorchar la botella de sidra. Lo hace con un único movimiento, y se oye un sonido hueco y fuerte.

Miro ensimismada como se pone de pie. Con su gran estatura de dios griego, me priva de la escasa luz de la habitación; él es todo lo que puedo ver ahora mismo.

Mis pulsaciones continúan aumentando de ritmo mientras observo como sirve la sidra: toma uno de los vasos que le tiendo, estira el otro brazo por encima de su cabeza y vierte el líquido sobre él a gran altura. La postura es de lo más erótica, y tengo que hacer un gran esfuerzo para no gemir de placer. Todo su tronco ha quedado deliciosa y perfectamente arqueado para dejar caer sobre el primer vaso la dorada sustancia, que crea una espumosa nube de burbujas que explotan como si tuvieran vida propia en el cristal y salpican la alfombra natural de pétalos de rosa.

—Ten —dice con una sonrisa y unos ojos que brillan de orgullo.

Doy un sorbo solo para evitar hacer algún comentario ridículo por culpa de mis nervios estrangulados. «¡Ojalá se me ocurriera algo ingenioso que decir! ¿Por qué me quedo callada? ¡Despierta, chica! ¡Oh, Dios mío, creo que he perdido la lengua!», pienso mientras la sidra burbujea en mi paladar y me hace estornudar.

Alex se ríe con una risa contagiosa que me hace estremecer.

Fascinada, observo como termina de llenar su propio vaso de igual manera. Cuando termina, deja la botella en el suelo y se sienta a mi lado, haciendo que el sofá ceda un poco bajo su peso.

Choca su vaso con el mío y después, con una naturalidad y una sensualidad innatas, se lleva el líquido a los labios sin dejar de escrutarme con la mirada, enmarcada por esos dos círculos azules que parecen aspirarme hacia su centro oscuro e infinito.

Vuelvo a toser.

—Te has manchado —dice Alex acercándose a mí por encima de la caja de pizza antes de que pueda preguntarle dónde—. Aquí —murmura, señalando una gotita en el cuello de mi camisa—. Y aquí. —Sube el pulgar deslizándolo lentamente hasta mi

barbilla y seca un resto húmedo casi inexistente.

Contengo la respiración. «¡Maldita sea! ¿Por qué se para?».

—¿Ya está? —pregunto con la voz quebrada.

Estamos demasiado cerca y él no parece tener intención de echarse hacia atrás. Siento una descarga de calor por todo el cuerpo; si no me diera tanta vergüenza, ya habría comenzado a abanicarme.

—No —contesta Alex con la voz ronca—. También aquí.

De pronto, pone su mano en mi mejilla y pasa la otra por mi nuca atrayéndome hasta su boca, hundiéndome su lengua en un demoledor beso que me deja temblando. Para cuando me doy cuenta, he tirado la pizza al suelo y estoy en el regazo de Alex dándole todo.

—Creo que voy a cambiar el orden del menú, ¿te importa? —murmura Alex sin perder el brillo perverso en sus pupilas cuando se separa para recuperar el aliento.

Al quedarme callada, tira de mis caderas hacia él, al mismo tiempo que su entrepierna embate la mía inesperadamente haciéndome pensar en el balanceo de hace unos días en el metro.

—No —respondo débilmente. Él me sonrío complacido.

Al sentirlo tan cerca de mí y tan excitado, no puedo evitar que un gemido entreabra mi boca, y me estremezco cuando Alex vuelve a arremeter contra mi sexo más intensamente y apretando mi culo contra él.

A punto de perder el equilibrio, me agarro con fuerza a sus brazos y hundo mis dedos en ellos con mayor ímpetu.

Un estallido de calor surge del punto inferior donde nuestros cuerpos se unen y se expande de forma demoledora por mi interior. Me siento frágil, ansiosa y, sobre todo, muy húmeda.

—Entonces empecemos por el postre —me susurra Alex sobre la parte posterior de mi oído, convirtiendo su aliento en una caricia física e incandescente.

Sorprendida, noto que me tumba hacia atrás, dejándome caer muy lentamente en el sofá. Me siento casi como si flotara mientras él me acomoda con gran delicadeza y se sube sobre mí apoyándose en una de sus rodillas. Luego inclina la cabeza y me besa con dulzura una sien, desplazando la caricia de sus labios carnosos hasta mi mejilla.

—¿Llevas un conjunto de encaje negro? —susurra increíblemente excitado sobre mi cuello. Noto como extiende un dedo y, con una sonrisa entre perversa y traviesa, juguetea con la carne visible por encima de la costura de mi sostén—. Te queda muy sexy, mi musa —comenta complacido, haciéndome sentir especial y halagada.

Ahora entiendo a mi madre cuando me advertía que gastar el dinero en ropa nueva no era una mala inversión.

—Estás preciosa, Rebeca —murmura encendido de deseo antes de apoderarse de mi boca de nuevo en una sola arremetida que me hace desfallecer.

«¡Oh, Dios mío! ¿Qué es este sentimiento?».

partes y rugie devorándome, calcinándome. Siento como si me estuviera derritiendo.

La electricidad corre vigorosamente entre ambos, se desliza como una serpiente sinuosa por todo mi cuerpo y me inflige una tortura lenta. Una de las manos de Alex acaricia y pellizca uno de mis pechos, enardecíendolo y excitándolo de manera sobrecogedora y haciéndome jadear.

«¡Madre mía! No puedo hablar, no puedo pensar, no puedo...».

Los ojos de Alex brillan cargados de una sed inagotable cuando se separa para que tomemos aire. Con cuidado, me recoge el pelo por encima del rostro y aspira mi aroma mostrando una expresión de sublime placer.

—Hueles muy bien, Rebeca.

—Alex —murmuro con la voz pastosa y un poco ronca. Se me empieza a nublar la mente.

Él me mira expectante mordiéndose el labio inferior y después me besa como nunca lo ha hecho, como nunca he sentido antes.

«¡Oh, Dios mío! Estoy totalmente mojada».

Mi torso se arquea de forma instintiva y busca desesperado el contacto directo con su abdomen fibroso, que se mantiene dolorosamente a distancia. Sin poder resistirlo, agarro a Alex por la curvatura dura de sus hombros y voy quitándole la camisa hasta que se le queda arrebujada por encima de los codos, apretando sus bíceps.

Alex me lee el pensamiento de inmediato, y con un gruñido animal se desprende de la prenda de un tirón, sin dejar de besarme, cada vez más duro y profundo.

—Eres perfecta —musita sobre mi rostro.

Lentamente, su boca recorre las comisuras de la mía, desciende por mi cuello trazando un camino de besos y se detiene sobre mi escote, perlado de una ligera capa de sudor. Sin esperar mucho más, comienza a desabrocharme los botones de la camisa con los dientes; unas dulces cosquillas recorren mi piel desnuda a medida que va soltando un botón tras otro hasta liberarme de la prenda.

«¡Dios mío! La sensación es devastadora».

Sin pensarlo, le atraigo de nuevo hacia mi boca mientras mis dedos discurren por la firmeza de su vientre hasta alcanzar sus pectorales. En cuanto los encuentro, los acaricio frotándolos con mis yemas.

Al instante, su cuerpo se tensa.

Alex suelta un juramento que acaba con mi nombre y un suspiro *sexy* y estremecedor sobre mi mejilla.

—Si quieres que me pare, tienes que decírmelo ahora, Beca.

Oír que me llama otra vez así es una sorpresa agradable y sumamente placentera.

Cierro los párpados un momento y cuando los abro sé que solo puedo darle una respuesta.

—¿Tienes un condón? —pregunto, sintiéndome repentinamente tímida.

Él sonrío y lleva mi mano hasta el bolsillo trasero de sus pantalones, de donde

saco el envase cuadrado con un suspiro de alivio.

—¿Lo hiciste antes con él? —me pregunta Alex de pronto, con una dureza y un temor que me desconciertan.

¿Estará celoso?

No hace falta que nombre a Miguel para que ambos sepamos a quién se refiere.

Me ruborizo.

—No, Alex. Yo aún no... —Estoy tan avergonzada por confesarle que sigo siendo virgen que las palabras no me salen.

Sin embargo, él parece complacido con mi respuesta y me premia con un beso cálido sobre los labios que me deja temblando.

—Tranquila, mi musa —susurra calmándome, aunque solo un poco.

Me desabrocha los pantalones y los desliza junto con mi ropa interior, muy lentamente y sin dejar de acariciarme. Luego se incorpora un instante y coge el condón, rasga el precinto con los dientes y se lo pone.

En cuanto vuelve a estar encima de mí, empiezo a ser verdaderamente consciente de lo que está a punto de suceder.

Un leve mareo hace que se tambaleen todos mis sentidos cuando noto que Alex se mueve y baja la mano hasta mi sexo, que empieza a estimular con unos círculos suaves y pequeños que hacen que me retuerza de placer.

Lo llamo por su nombre varias veces, consumida por las olas de calor burbujeante.

—¿Estás preparada? —pregunta en voz muy baja y grave.

Está tan excitado como yo.

—Por favor, ve con cuidado. Es mi primera vez —le suplico un poco asustada.

Alex se inclina y me besa con mucha ternura.

—Confía en mí, todo va a salir bien.

Asiento débilmente y él me recompensa con una breve sonrisa.

Noto como su miembro llena muy despacio parte de mi interior, produciéndome una punzada de dolor, pero Alex me tranquiliza acariciándome las mejillas y besándome con dulzura en los labios.

Al principio de tenerlo dentro lo siento caliente y apretado, pero poco a poco me relajo y algo nuevo empieza a surgir. Instintivamente, me balanceo pidiendo más de esa sensación.

—¡Oh, Dios! Rebeca —gime agarrándome de las caderas.

Alex comienza a moverse primero despacio y luego un poco más rápido, hostigando ese punto de deseo entre mis muslos con una expresión de suma concentración en el rostro. Los movimientos cada vez se hacen más apremiantes y provocadores, y luego resurgen con mayor fuerza, prendiendo llamas de placer que aumentan de tamaño como un mar impetuoso que me arrasa desde las puntas de los pies y me sacude toda entera.

—Joder, Rebeca —gruñe Alex, embistiéndome con mayor ímpetu—. Voy a

correrme.

Justo en ese instante, una ola inmensa se alza sacudiendo todo mi cuerpo y empujándome a arquear la pelvis, hasta dejarme sumida en un estado de embriaguez total.

Estoy consumida, abrasada, derretida de placer. No puedo más.

Alex se retira muy despacio y se deja caer de costado a mi lado con una cara de plena satisfacción tras el orgasmo. Me besa.

—Estás preciosa, Rebeca.

Capítulo 58



Mis ojos viajan con voluntad propia a su boca y luego a sus pupilas, brillantes y levemente dilatadas por el sexo.

—¿Te sientes bien? —me pregunta.

—Solo noto un poco de dolor —contesto para tranquilizarlo.

Alex asiente.

—Tienes una piel perfecta —dice con dulzura y ojos de admiración.

Me gusta oírle hablar mientras sus dedos se deslizan desde mi hombro hasta mi cintura con la delicadeza de una pluma, poniéndome la carne de gallina.

—También a mí me gusta tu piel, Alex, y me gustas tú —digo olvidando todo mi pudor y acercando mi cabeza a la suya. Le doy un breve beso sobre la punta de la nariz y él se queda muy quieto—. Me gustas todo tú, con tus cicatrices, con tus tatuajes y con estas manos que pueden crear obras de arte —digo cogiéndoselas y levantándolas—, pero temo no poder alcanzarte.

—Tú eres mi inspiración, mi musa, Rebeca. Eres todo el aire que respiro. No necesito una muñeca sin personalidad que se adapte a mí, solo necesito que seas tú, Rebeca. Te necesito a ti, y tal como eres, con tus sudaderas o sin ellas —baja una mano hasta mi pecho y apoya la palma sobre la zona de mi corazón.

Muchas emociones quedan fijas en ese gesto, algo infinito.

—Si soy tu aire, déjame llenar tus pulmones. Ábreme tu corazón. Dame una prueba de que confías en mí —respondo cubriendo sus dedos con los míos ahí donde mayor es mi latido—. Déjame sentir para siempre estas mariposas en el estómago que revolotean cuando estás a mi lado.

Alex estrecha los ojos y me mira muy fijamente, pensando en mis palabras, y luego pega su frente a la mía, dejando que nuestros alientos hablen por nosotros durante unos segundos eternos.

—Quédate quieta un momento. Regreso enseguida —me dice de pronto, enderezándose.

Al levantarse, mi cuerpo se estremece al no tener la proximidad de su calor corporal y llora ya echándolo de menos.

Alex me cubre con una manta que hay en uno de los reposabrazos del sofá y se pone los pantalones.

—¿Qué vas a hacer? —pregunto preocupada.

—Voy a encerrar a esas mariposas en tu estómago —dice con una sonrisa traviesa y confiada que me hace reír.

—No puedes hacer eso —objeto, lo que hace que me gane un fruncimiento de cejas.

—Puedo y voy a hacerlo con estas manos que crean obras de arte —dice burlonamente imitándome mientras trae consigo varios botecitos de pintura y pinceles.

Ha encendido la luz y me cuesta mirarlo directamente a la cara mientras me acostumbro a la intensidad de los focos.

Miro ensimismada como se agacha frente a mi cadera y pone una mano sobre la manta.

—Voy a pintarte una mariposa yo mismo. Si tú me dejas, claro —dice pidiéndome permiso y manteniendo una expresión tensa.

Al verlo tan decidido y perfecto de rodillas ante mí, siento un estallido de amor en el pecho que hace que todos mis huesos bailen.

—Está bien —acepto descubriéndome el costado bajo del abdomen.

De inmediato, él me sonrío rompiendo su gesto tenso, y me coloca unos cojines bajo la cabeza.

—¿Estás cómoda? —pregunta ya con voz de profesional—. Una vez empiece no vas a poder moverte —me advierte mirándome con seriedad.

—Sí, señor —bromeo llevándome una mano a la sien.

Un destello de diversión le brilla en la mirada.

¡No puedo creer que vaya a dejar que Alex me pinte sobre el cuerpo!

Observo como todas sus facciones adquieren un grado de concentración muy *sexy* según va preparando el material. Siento que me estoy haciendo peligrosamente adicta a todas ellas.

—¡Ay! —exclamo al notar un cosquilleo intenso cuando el pincel roza mi piel.

—No te muevas —me ordena.

«¿Cómo puede ponerse tan mandón?».

El pincel sigue su curso y tengo que reprimir una risita mordéndome el labio.

—No lo he hecho, pero me haces cosquillas —me justifico.

Alex arquea una ceja a modo de respuesta y yo hago un puchero que le arranca una alegre carcajada.

Viéndole como yo le veo, no logro entender que Marta o mi madre puedan desconfiar tanto de Alex. Pero también entiendo su miedo: hay algo en él que siempre está alerta, una especie de sombra que se extiende cuando las personas intentan acercarse a él.

No me cabe duda alguna de que su hermano es una pieza importante en su vida y no puede sacársela del corazón, pero tampoco debe mantenerla dentro para siempre culpabilizándose de su muerte. No he vuelto a hablar con él sobre el tema, pero siento que está presente como un fantasma a nuestro alrededor.

—Me siento un poco la dama pelirroja de *Titanic* —comento soltando una risita cuando la punta del pincel se desliza trazando una elegante ala de mariposa y después otra.

—¿Debo tomármelo como una invitación a que te pinte desnuda? —contesta con la voz un tono más grave de lo habitual. Sus ojos pasan fugaces por mi rostro antes de volver hacia mi costado.

«¡Menudo diablo! Se está divirtiendo a mi costa», pienso.

—Ya lo estás haciendo. Eres el primer tío al que le dejo pintarme nada encima.

Desvío la vista hasta los músculos de su pecho, que suben y bajan rítmicamente como una nana para chicas mayores de dieciocho años. Al instante, empiezo a sentirme húmeda y caliente.

—¿Rebeca? —dice Alex retirando el pincel y depositándolo en un cubilete de agua. Tiene los dedos manchados y el aspecto de haber tomado una decisión.

Alzo la vista.

—¿Sí?

—He atrapado a la mariposa.

Al bajar la vista la veo ahí, de rosa, azul y negro, batiendo las alas, como si Alex la hubiera capturado en medio de un vuelo.

Abro los ojos completamente impresionada y sin palabras suficientes para expresar lo hermosa que es.

—Es preciosa —musito.

Al volver a mirar a Alex noto que me está observando como si su mente estuviera muy lejos. Coge mi mano y me besa los nudillos con la boca.

—Rebeca, ven conmigo esta noche como mi pareja al Florida Night. Hay algo que quiero contarte.

Un revuelo de inquietud despierta dentro de mí cuando termina de hablar y noto la seriedad de sus palabras.

Ese «algo» es definitivamente importante para él.

Capítulo 59



En cuanto entramos en el Florida, Alex es reclamado por Carlos, que está junto a una rubia de mediana edad, de pechos grandes, algo más baja que yo y con aire de estar cabreada. Al instante de aparecer nosotros, la mujer lanza su puño directo al estómago de Alex, quien lo esquiva en el último segundo.

«¡Guau! ¿Quién es?».

—Hola, Sara. Ya veo que te mantienes en forma —comenta Alex ceñudo—. Hoy estás especialmente encantadora.

—Y tú tan puntual como siempre —replica ella, suavizando sus facciones—. Si no fuera por Sofía, ya tendrías prohibida la entrada a mi local.

Al pronunciar el nombre de Sofía, los ojos le brillan de manera especial.

—Una estrella solo aparece cuando tiene listo su escenario —lo defiende Carlos hablando en un tono desenfadado.

La mujer se da la vuelta y se lo queda mirando con cara de pocos amigos.

—Estrella mi trasero —le espeta Sara con una ceja enarcada—. Moverd los dos el culo y a trabajar —dice señalando la cabina que hay al fondo. A continuación, intercambia en voz baja unas palabras con Alex y luego se vuelve hacia mí con una cálida sonrisa, como si acabara de notar mi presencia—. Tú debes de ser Beca, ¿verdad? Yo soy Sara, la jefa de estos dos —se presenta con voz afable.

Asiento con un movimiento de barbilla, un poco intimidada y sorprendida al mismo tiempo de que sepa mi nombre.

Miro a Alex desconcertada, y él me hace un gesto para que no me preocupe. Parece sentirse muy cómodo junto a Sara.

—Encantada —digo educadamente.

—El placer es mío, cielo. Tómate lo que quieras en la barra, hoy corre de mi cuenta.

Con una sonrisa provocadora y un contoneo de su trasero, comprimido en una minifalda dos tallas más pequeña de la que debería usar, regresa a su puesto de trabajo.

Me acerco más a Alex, llena de curiosidad.

—¿Sara es tu jefa? —digo mirándolo—. Parece que os lleváis bastante bien.

—Son casi como familia —interviene Carlos—. Es la novia de su tía —explica al notar mi confusión.

Me pongo roja al entender. Alex menea la cabeza.

—¡Eh, tío! No recuerdo que ella te haya preguntado a ti.

—Entonces, ¿es verdad? —pregunto.

Alex me pasa un brazo por la cintura y me estrecha contra él.

—En realidad, mi tía está casada con un multimillonario a punto de palmarla. Sara es su amante —explica con sencillez y sin darle mucha importancia—. Bueno, tengo que irme a trabajar. ¿Quieres venir con nosotros? —me ofrece amablemente.

Su mirada va primero a mis labios y luego a mis ojos. Parece toda una proposición.

—Antes voy a saludar a Marta y Laura. ¿Te importa?

—Están en el baño —me avisa Carlos.

Alex se encoge de hombros.

—Entonces nos vemos luego.

Se inclina y me da un beso, que empieza suave y pronto va adquiriendo intensidad hasta que su lengua se cruza con la mía en una danza salvaje. Instintivamente, cruzo los dedos por la nuca de Alex y lo empujo más hacia mi boca. Nuestros dientes chocan y nuestros labios se deslizan uno sobre el otro cargados de deseo.

No muy lejos alguien se aclara la garganta para llamar nuestra atención. Me echo un poco hacia atrás y admiro mi obra en el rostro de Alex: tiene los labios exquisitamente inflamados y las pupilas un poco dilatadas.

Divertida, observo como se vuelve hacia su amigo con una expresión áspera nada amistosa. Carlos traga saliva.

—No quiero interrumpiros, pero Sara no para de echarnos miraditas desde la barra mientras hace vudú con un tenedor y dos trapos —advierte Carlos apesadumbrado—. Tío, creo que los trapos somos nosotros.

Miramos hacia donde él nos indica y comprobamos que, en efecto, Sara está haciendo algo extraño sin dejar de observarnos.

¡Puf! No quisiera estar en el pellejo de ninguno de los dos.

—Será mejor que os deis prisa —les apremio.

—Te quiero, preciosa —me susurra Alex con voz ronca y tan bajo que me parece haberlo imaginado. Luego se vuelve hacia Carlos y accede con desgana a marcharse. Pero antes de irse me obliga a prometerle que no tardaré en ir a hacerle compañía; de lo contrario, me anuncia, él mismo vendrá a buscarme, sin que importe cuántos muñecos de vudú le haga Sara.

Mientras se van, oigo a Carlos bromear con él sobre la declaración de amor que me ha hecho. En respuesta, Alex le pone la zancadilla y se adelanta, dejando que su amigo se las apañe solito para no acabar de bruces en el suelo.

Sonrío, pero dejo de hacerlo en cuanto me giro y me encuentro de frente con la cara furiosa de Elisa, quien, inesperadamente, se abalanza sobre mí y empieza a tirarme del pelo como una loca.

Yo intento defenderme sujetándola por las muñecas y al hacerlo empujo sin querer a un par de chicas que tengo detrás, que se asustan y empiezan a gritar pidiendo ayuda.

—¡Suéltame, Elisa!

—No me da la gana, estoy harta de tener que cedértelo todo —replica ella fuera de sí, tropezando con las palabras.

—No sé de qué me estás hablando. Creo que has bebido demasiado.

De pronto, se echa a reír escandalosamente, llamando todavía más la atención de la gente a nuestro alrededor. Tan rápido como ha empezado, se detiene, y entonces me clava una mirada llena de odio que me produce escalofríos.

—Tú no sabes nada, novata.

—¿A qué te refieres? —pregunto extrañada.

Antes de que Elisa pueda responder, Alex se presenta de repente, le tapa la boca y tira de Elisa para apartarla de mí. Tiene toda la pinta de estar muy cabreado.

—Para ya, Elisa. Te estás poniendo en ridículo —le advierte.

Al liberarme de ella, doy unos pasos hacia atrás tomando distancia y me masajeo la cabeza para aliviar el dolor, mientras observo a Elisa retorcerse entre los brazos de Alex.

¿Qué es lo que está sucediendo?

Marta, Laura y Carlos aparecen justo en ese momento.

—Tía, ¿qué ha pasado? —me pregunta Marta.

—No lo sé. De repente se me ha tirado encima y ha comenzado a agarrarme del pelo. Creo que está borracha —explico.

—¡Maldita víbora! ¿Estás loca o qué? —le grita Marta—. Vuelve a poner las manos sobre mi amiga y te hago una cirugía plástica en la cara. ¿Me oyes?

Miro como Alex inmoviliza con mayor fuerza a Elisa, que se resiste una y otra vez y gruñe a través de su mano. El comentario de Marta no le ha hecho ninguna gracia.

—Voy a meterla en un taxi y regreso —avisa Alex—. Sara ya está viniendo hacia aquí. Será mejor que os mováis hasta que llegue —añade, y se marcha hacia la salida.

Oigo a Marta resoplar a mi lado.

—Y así fue como la víbora evolucionó a cabra y el chucho la metió en el corral. Fin del cuento. ¿Nos tomamos algo en la barra? —propone como si nada hubiera sucedido, aunque es imposible no notar que también ella está tensa.

—Espera. Tengo que ir a comprobar algo —digo dejándola atrás antes de que pueda impedírmelo, y a continuación tomo el mismo camino que han tomado Alex y Elisa.

Antes de salir del local me encuentro con Sara, que me corta el paso.

—¿Estás bien? —se interesa.

—Sí, perfectamente —respondo y salgo apresurada hacia la calle sin darle tiempo a que me haga más preguntas sobre lo ocurrido.

Una vez fuera, comienzo a buscarlos con la mirada por todas partes, pero no logro dar con ellos. Hay demasiadas personas saliendo y entrando en el local, y eso dificulta que pueda distinguirlos entre la multitud.

Salgo hacia el aparcamiento y veo la moto de Alex, que está tal como la dejó estacionada cuando llegamos. Pero ni rastro de él.

Un inquietante presentimiento se adueña de mi mente: creo que Alex podría haber llevado a Elisa al mismo lugar al que me llevó a mí, cuando lo vi por primera vez en el Florida Night.

El corazón me martillea con fuerza en el pecho según avanzo hacia el lateral de la discoteca, donde apenas llega la luz de las farolas.

Mis sospechas se ven confirmadas cuando los descubro discutiendo entre las sombras. Sin pensármelo dos veces, me escondo y me quedo escuchando con una mezcla de preocupación y curiosidad.

—Deja de fingir que eres Alex. Tu hermano está muerto, Eduardo —lo acusa Elisa con los brazos cruzados y el cuerpo un poco ladeado, sosteniéndose con dificultad por la borrachera que lleva encima.

Alzo las cejas y abro los ojos como platos ante la sorpresa. ¿De qué está hablando? ¿Ha perdido el juicio?

—Baja el tono de voz, Elisa. Cualquiera podría haberte escuchado.

¿Por qué Alex no lo está negando? No entiendo nada.

Las dudas se acumulan una tras otra en mi cabeza, impidiéndome pensar, dejándome colapsada, sin fuerzas, vacía.

—Tengo que seguir trabajando. Si no quieres tomar el taxi, no voy a obligarte.

En cuanto Alex termina de hablar, se da la vuelta. Y entonces me ve.

—Rebeca...

Capítulo Extra



PRÓLOGO

(Desde el punto de vista de Eduardo)

Hace dos años, en el aeropuerto...

Noté unos golpes cada vez más insistentes en mi silla y me quité los cascos justo en el momento en que empezaba una nueva canción de rap que me gustaba. Alguien me estaba hablando.

—¿Qué pasa ahora? —dije mirando de reojo a mi hermano gemelo, que estaba sentado a mi lado dando una calada a su cigarrillo, pese al cartel de PROHIBIDO FUMAR colgado en la pared de enfrente. Una de sus piernas permanecía estirada despreocupadamente sobre la mesa y la otra descansaba cerca de una de las patas de mi asiento y de nuestro equipo de escalada. Tenía toda la pinta de estar tramando algo jodidamente preocupante. Y lo cierto es que ya llevaba desde las seis de la mañana poniendo a prueba mi paciencia.

—¿No te parece que esa cría tiene un buen polvo?

Corté de repente lo que iba a ser un largo bostezo de agotamiento y me re Coloqué incómodo sobre mi asiento.

—¿A quién te refieres? —contesté lentamente, ganando algo de tiempo mientras daba otro sorbo a mi Coca-Cola, ocultando mi bochorno por la posibilidad de que mi hermano me hubiera descubierto.

Llevaba un rato observándola desde nuestra posición privilegiada en una esquina del bar, medio ocultos tras las plantas, así que ya sabía que estaba hablando de aquella chica morena con coleta que se dirigía a la barra arrastrando sus bártulos y los de su amiga, que me parecía una desagradable explosión de color rosa con quien prefería no tener que encontrarme en la vida.

Balanceé suavemente mi vaso, hundiendo los ojos en aquel oscuro líquido que me recordaba el vibrante color del pelo de la chica.

—¡No te hagas el listillo conmigo, Eduardo! Sé que llevas mirándola desde hace un buen rato. ¿Qué pasa, hermanito? ¿Te ponen las niñas buenas con sudaderas de ratoncitos? —Hizo una pausa e inclinó la cabeza hacia mí, haciendo que varios

mechones le cayeran rebeldes sobre la frente ensombreciendo su mirada brillante—. Está muy bien todo ese rollo de que te hayas hecho fuerte, pero si no te follas algo pronto te van a salir telarañas ahí abajo. ¿Qué tal si te echo una mano para que te la tires en uno de los baños? —Mientras hablaba, mostraba una sonrisita de tipo experimentado que daba a sus facciones un aire casi diabólico. Mi hermano no era precisamente una persona a la que le gustara gastar saliva en sutilezas.

Molesto, le di un pequeño puñetazo en las costillas y él se echó a reír, satisfecho con mi reacción.

—Tío, papá y mamá debieron de hacerlo mal cuando te dieron el cerebro —dije.

—Eso es porque tú me lo robaste en algún momento durante esos nueve meses en la barriga de nuestra madre. ¡Ay, sinvergüenza! Supongo que hasta en eso me debes una.

Al escuchar aquello, hice una mueca de dolor recordando los viejos tiempos en los que mi hermano tenía que venir a socorrerme en el colegio, algo que sucedía cada vez que aparecía aquel grupillo de idiotas que la tenía tomada conmigo.

Entrecerré los ojos para borrar aquellos desagradables recuerdos, y volví a dar otro sorbo de mi vaso como si en lugar de una bebida gaseosa se tratase de alcohol. Luego busqué de nuevo a la chica con la mirada. Estaba en la barra pidiendo un café a la camarera. Al escuchar su dulce y aterciopelada voz, un extraño sentimiento se despertó en mi interior. Era una emoción casi animal que me hormigueaba intensamente en el estómago, y estaba seguro de que aquello no era un hambre común: mi cuerpo estaba caliente y nervioso como nunca lo había estado antes por nadie del sexo opuesto.

Para mi sorpresa, estaba excitado a pesar de no conocerla y de la distancia que nos separaba.

Respiré hondo tratando de calmarme y eché un vistazo a su alrededor. La chica había dejado colocado precariamente todo su equipaje justo detrás de ella. Si no tenía cuidado al volverse, acabaría tropezando. Debía de ser una de esas personas despistadas que se caen al suelo constantemente. Aunque si se me cayera encima, no tendría...

—Bueno, tío, ¿qué? —dijo Alex de repente, interrumpiendo mis pensamientos—. ¿No vas a mover el culo para pedirle su teléfono? ¿Lo hago yo, entonces?

Rápidamente, salí del trance en el que me hallaba y le aparté con brusquedad la mano con la que me golpeaba en el hombro en plan colegueo, sintiéndome inesperadamente enfadado. Yo la había visto primero, y por nada del mundo iba a permitir que él se aprovechara de ella igual que hacía con las demás. Si iba a ser de alguien, entonces sería mía.

—Ni en broma, no me hace falta tu «no ayuda» para tener a ninguna tía, Alex.

Como respuesta, él se llevó una mano a la boca y bostezó como si mi charla le aburriese.

—Claro, Edu. ¡Tú eres el campeón! ¡El de los huevos grandes! —se burló

jactancioso—. Ahora que ya eres todo músculo no necesitas a nadie, ni siquiera a tu guardaespaldas, ¿eh? —Noté cierto reproche en sus palabras que hicieron mella en mi herida inexistente. Desde que se había producido mi cambio, parecía sentirse ofendido de que ya no recurriera a él como antes.

Apreté el recipiente reciclable en mis manos con rabia, conteniendo mi cabreo. Estaba harto de que siguiera considerándome el novato para todo, siempre un paso por detrás de él.

Llevaba varias semanas aguantando su exasperante alarde de historietas sobre las tías buenas a las que se había llevado a la cama. Sobre todo había mencionado varias veces a una tal Elisa, a la que había conocido en un campamento a los quince años y con la que había vuelto a reencontrarse durante nuestra corta estancia en Madrid, aprovechando que nuestro padre andaba muy ocupado solucionando un asunto importante con la Casa Real.

Mi hermano podía ser un gran amigo de sus amigos, pero desde luego era todo un imbécil cuando se trataba de sexo y tías.

—Cierra el pico, idiota. Al menos mis huevos son grandes. Tú tienes tan sobresaturado de trabajo a tu amiguita que ya va camino de la tercera edad —repliqué con una sonrisa llena de orgullo.

Puede que yo aún siguiera siendo virgen, pero lo era por decisión propia. Creía en la idea de encontrar a esa chica perfecta para cuando llegara el momento, por muy anticuado que pudiera sonar y por mucho que mi hermano se burlara de ello.

Alex chasqueó la lengua con desaprobación y después me devolvió una sonrisa que era una réplica idéntica de la mía.

—Si me pongo celoso, siempre te puedo noquear de un puñetazo y cambiártela por la mía en uno de esos sitios ilegales —repuso con arrogancia arrojando el cigarrillo en mi vaso antes de que la camarera alcanzara nuestra mesa.

Nada más llegar, la chica uniformada se aclaró la garganta para llamar nuestra atención. Parecía sentirse intranquila en nuestra presencia. Pero lo cierto es que no la culpaba del miedo que reflejaban sus ojos al observarnos: no había nadie que no se inquietara al ver el gran parecido existente entre nosotros. Tampoco ayudaban nuestros rasgos más bien fríos y tan poco habituales entre los españoles. Por nuestras venas corría también la sangre rusa de mi padre, que imperaba físicamente en nuestra apariencia exterior como una sólida advertencia a todo aquel que se nos acercara.

Noté preocupado que la camarera entrelazaba los dedos sudorosos en su regazo.

—Lo siento, chicos, pero está prohibido fumar en el aeropuerto —nos reprendió a los dos en un tembloroso inglés señalando a la vez el letrero de PROHIBIDO FUMAR. Advertí con disgusto que ella solo me miraba a mí y a mi refresco estropeado en una clara acusación. ¡Fantástico!

—Lo siento, señorita. Me encargaré de que mi hermano se aguante las ganas y no lo vuelva a hacer —respondió Alex por mí con excesiva amabilidad.

«Voy a partirle la cara», pensé.

—Gracias —dijo la camarera asintiendo con la cabeza y deseosa de marcharse lo más lejos posible de nosotros.

—Voy a partirte la cara, Alex —le dije en voz alta a mi hermano haciendo audibles mis pensamientos y plantando con fuerza mi vaso delante de él. Varias gotas salpicaron la superficie de la mesa y sus vaqueros.

Él ni se inmutó.

—Si haces eso, tendré que tomar prestada la tuya. Quién sabe, tal vez si me convirtiera en ti, mamá dejaría de darme la lata con todo su rollo maternal y de clase social.

—Frena, Alex. Nadie de la gente que nos conoce te confundiría conmigo, somos como el agua y el aceite. —Me quedé un segundo en silencio—. ¿Y desde cuándo te ha importado una mierda lo que mamá piense de tu vida? —dije rechazando con una mano la idea entre risas.

Alex enarcó una ceja, parecía muy serio en aquel instante, tanto que comenzó a preocuparme que no estuviera bromeando. Tal vez todas aquellas peleas a gritos con nuestra madre le afectasen más de lo que había creído hasta aquel momento.

—¿Eso crees? Yo diría que somos como dos gotas de agua. Tú eres mi conciencia y yo soy tu demonio personal. Lo sabemos todo el uno del otro. —A medida que iba hablando, sus ojos se ensombrecían; no auguraban nada bueno—. ¿Qué tal si hacemos la prueba durante este viaje?

—Ni hablar —me negué en rotundo.

—¿Por qué no? ¿Tienes miedo de no ser lo suficiente hombre como yo?

—No voy a seguirte el juego, Alex. Así que no insistas, papá está a punto de llegar.

Mi hermano soltó una carcajada perversa.

—Tienes miedo, Eduardo Kirov, y ahora mismo te estás cagando en los pantalones —aseguró.

Me revolví en mi sitio, pero él insistió una vez más.

—Deja de soltar gilipolleces, tío. ¿Cuánto has bebido esta mañana? —le solté al fin, cansado de escucharle.

Alex se recolocó también en su silla y dobló medio cuerpo hacia mí hasta que su cara quedó a tan solo unos milímetros de la mía.

—Tienes miedo porque en tu interior aún sigues siendo esa niña llorona. Una nena llorona —canturreó.

Un picor bastante molesto y punzante apareció en mi nuca con aquellas palabras, las mismas que había tenido que escuchar durante toda mi infancia.

—Eres un hijo de puta —murmuré, echando mi asiento hacia atrás sin ninguna delicadeza con los ojos encendidos en llamas—. Está bien, lo haremos como tú quieres, pero antes voy a cerrarte esa maldita boca que tienes.

—¿Y cómo lo vas a hacer? ¿Vas a pegar a tu propio hermano igual que ellos hacían contigo?

Tragué saliva. Él no sabía lo tentado que estaba de hacerlo, pero logré calmarme lo suficiente.

—¿Qué propones, entonces?

Él sonrió satisfecho y se volvió hacia la chica de la que habíamos estado hablando.

—Si consigues su número, olvidaré todo esto. Pero si no lo haces, tendrás que intercambiarte por mí y ni siquiera papá deberá darse cuenta.

—¿Y por qué tendría que hacerlo? Podría ignorarte y también hacer como si nada hubiera pasado —dije desviando deliberadamente la vista hacia mis cascos.

Alex se replegó hacia atrás, acomodándose con total calma.

—Podrías, pero eso no borraría el hecho de que eres una nena llorona —recalcó con demasiado placer.

Apreté el puño. Alex tenía razón; desgraciadamente, nos conocíamos demasiado bien el uno al otro para saber cómo acabaría esta historia.

Justo en ese momento, oí el alboroto a mis espaldas. Como había vaticinado, la chica había tropezado con sus cosas, y había arrojado todo el café encima de un tío gordo y calvo con pinta de imbécil.

—Está bien, lo haré y luego me dejarás en paz para siempre —le dije a mi hermano antes de salir corriendo hacia la chica.

Entrevista a Natalie Convers



Realizada por Alice Kellen
(autora *New Adult* de *Llévame a cualquier lugar*)

ΣΧ3 **Alice Kellen:** Acabo de terminar de leer *Mariposas en tu estómago* y, seguro que al igual que todos los demás lectores, me he quedado con muchas ganas de saber un poco más sobre esta historia y su autora. Antes que nada, después de este final de infarto, ¿podrías darnos un pequeño adelanto sobre la segunda parte? ¡No seas cruel, Natalie, y cuéntanos qué va a ocurrir con Alex y Beca!

ΣΧ3 **Natalie Convers:** Principalmente va a haber mucho amor. Ahora mismo en mi habitación tengo toda una pared repleta de notas adhesivas que hablan sobre la vida de Alex y Beca; aun así, no me atrevo a adelantaros nada de lo que hay en ellas hasta que no esté completamente escrito y sea definitivo en la próxima novela. Lo que sí puedo decir es que despejaré la última incógnita con la que termina la tercera parte de *Mariposas en tu estómago*. Tengo tantas ganas como vosotros de retomar la historia de mis protagonistas y de conocer todos los entresijos que esconden tras ellos. ¡Ya no puedo esperar más!

ΣΧ3 **Alice Kellen:** ¿Imaginaste alguna vez que debutarías en el panorama literario con el apoyo de una editorial tan grande como Planeta? ¿Qué sentiste cuando te dieron la noticia de que iban a publicarte? ¡Apuesto que fue un momento muy, muy emocionante!

ΣΧ3 **Natalie Convers:** Todavía sigo bajo *shock*. Tengo esa cara de «¡No me lo creo!», y al mismo tiempo estoy viviendo esta experiencia tan especial junto a mis amigos y mi familia. He tenido la suerte de llegar aquí después de muchas horas dedicadas a escribir frente a la pantalla de mi ordenador, y sé, igual que muchos

otros, lo difícil que es publicar; por eso no puedo estar más agradecida a mi editora y al equipo editorial de que me hayan dado esta oportunidad.

☩ Alice Kellen: ¿Cómo surgió la idea de la novela? A la hora de escribir, ¿te gusta dejarte llevar o prefieres tenerlo todo planificado?

☩ Natalie Convers: Pasé una semana prácticamente aislada pensando en la historia. Iba por la casa como sonámbula dándole vueltas a todas las posibilidades, sin tener en cuenta el horario de las comidas y sin hacer mucho caso cuando alguien me llamaba por cualquier asunto, pero una vez lo tuve todo muy claro en la cabeza, sentí una gran satisfacción en el pecho y me puse a escribir de inmediato. Primero comencé por crear el perfil de los protagonistas y a partir de ellos surgió todo lo demás.

☩ Alice Kellen: **Algo que me ha llamado la atención mientras leía *Mariposas en tu estómago* han sido los diálogos, que están llenos de gracia e ingenio.** ¿Cómo afrontas el proceso de escritura para lograr esa ansiada naturalidad que todos buscamos? **Se nota que logras meterte en la piel de los personajes: ¿hasta qué punto los conoces?**

☩ Natalie Convers: ¡Gracias! Para mí es algo muy positivo que otras personas piensen que he logrado unos diálogos ingeniosos y naturales. Antes que escritora soy una ávida lectora, y siempre me han fascinado las novelas cuyos autores consiguen transmitir la historia de manera accesible a todo tipo de públicos. Me gustaría pensar que muchos lectores van a sentirse también identificados con mis protagonistas, Alex y Beca, así como con los personajes secundarios. En cuanto a la «receta» que he seguido, no creo que sea muy diferente de la de otros autores. No se trata de un acto mágico ni de una especie de hechizo; no hay más receta que ver muchas películas y series, viajar, leer gran variedad de libros y, sobre todo, observar todo cuanto nos rodea. Todos bebemos de lo que vivimos, sea directamente nosotros mismos o través de los demás, así que es importante no solo tener una mente abierta sino también llenarla de ingredientes que puedan crear un resultado sólido y convincente.

Respecto a tu segunda pregunta, si bien conozco a mis personajes un poco más que otras personas, todavía me siguen sorprendiendo cuando empiezo un nuevo capítulo. No pasa un día sin que me pongan a prueba.

ΣΧ3 **Alice Kellen:** **Veamos, voy a ponerte a prueba...** ¿Con qué tres palabras describirías a Alex? ¿Y a Beca? **¿A cuál de los personajes te ha costado más manejar?**

ΣΧ3 **Natalie Convers:** ¡Me lo has puesto muy difícil! En fin, entre la larga lista de adjetivos posibles, creo que describiría a Alex como alguien atractivo, enigmático y justo, mientras que Beca es luchadora, fiel y comprometida. Los dos personajes han sido difíciles de crear. Lo malo de saber todos sus secretos es que constantemente has de estar conteniéndote para no soltar una pista de más en un momento inadecuado. Varias veces he tenido que borrar algunos de los diálogos de Alex al darme cuenta de que me había adelantado a los acontecimientos. En total guardo doce escenas eliminadas en el cajón, de las que solo me atrevería a desvelar una.

ΣΧ3 **Alice Kellen:** **Cuando comenzaste a escribir esta novela, ¿qué era exactamente lo que pretendías transmitir? En *Mariposas en tu estómago* encontramos todo tipo de situaciones, desde algunas muy divertidas hasta otras más dramáticas y complejas. ¿Cómo conseguiste hilar emociones tan contradictorias y que casasen a la perfección entre sí?**

ΣΧ3 **Natalie Convers:** Me gusta mucho la comedia en las historias románticas, pero también quería que *Mariposas en tu estómago* tuviera una parte más oscura. Por ejemplo, está el capítulo en que Beca descubre la verdad sobre Miguel, su primer novio. Aunque ella se siente muy mal por lo que ha ocurrido, todo ese pesar queda suavizado gracias a la presencia de Alex, quien no duda en apoyarla a su manera. A medida que avanza la historia vemos como poco a poco ambos personajes se van confesando sus problemas, pero nunca del todo, lo cual los acerca y los aleja a un mismo tiempo. Cuando quise darme cuenta, eran los propios personajes los que me daban las pistas para hilar todas esas emociones contradictorias. ¡Ellos me tienen irremediable y absolutamente poseída en cuanto me pongo a escribir!

ΣΧ3 **Alice Kellen:** **Y ahora voy a pedirte que te mojes un poco:** ¿cuáles fueron para ti las dos escenas más difíciles de escribir? ¿Y las dos con las que más disfrutaste?

ΣΧ3 **Natalie Convers:** Y yo que pensaba que ya me había mojado... Pues seguramente diría que me costaron más las del final. Estaba terminando y mi

subconsciente lo sabía muy bien, tanto que me hacía trabajar el doble. En cuanto a las escenas que más disfruté, no creo que pueda elegir solo dos. Eso es como meter a un niño en una pastelería que acaba de hornear y pedirle que escoja un pastel concreto mientras el aroma dulzón de todos los demás pasteles sigue flotando en el aire. Yo acabo de terminar de escribir y aún tengo muy reciente toda la historia en mi cabeza. Lo que sí puedo afirmar es que todas las escenas que he escrito las he disfrutado mucho y son especiales para mí, aunque puede que lo sean un poco más aquellas en las que Beca y Alex están solos o cuando Beca comparte algunos momentos con su mejor amiga, Marta. Pero, en definitiva, lo que realmente me importa es que la novela llegue al corazón de todos los lectores.

ΣΧ3 Alice Kellen: Sé sincera: ¿nos quedan muchas sorpresas por descubrir? ¿Piensas hacernos sufrir todavía más en las siguientes partes?

ΣΧ3 Natalie Convers: ¡Aún quedan muchas sorpresas! Pero no deseo que ninguno de mis lectores sufra, sino todo lo contrario. Espero que podáis disfrutarlas todas muy pronto.

ΣΧ3 Alice Kellen: Eres una de las administradoras de la web Juvenil Romántica y conoces el panorama literario a la perfección. ¿Qué opinas del momento que vive actualmente la novela juvenil? *Mariposas en tu estómago* podría englobarse dentro de la conocida etiqueta New Adult. ¿Crees que este subgénero todavía no se ha explotado lo suficiente?

ΣΧ3 Natalie Convers: Estamos en un momento crucial para crear historias increíbles empapadas de auténticas emociones, precisamente por todos esos sentimientos que llevamos reprimiendo desde hace tiempo en el fondo de nuestros corazones. Creo que ya es hora de que exploten y florezcan con pasión. Y lo bueno de la novela New Adult es que ofrece la oportunidad de que por una vez los protagonistas de las novelas sean exclusivamente adolescentes y universitarios. Sus pensamientos son importantes, pero están perdidos en una niebla confusa que no les deja continuar hacia delante. Me gustaría que en *Mariposas en tu estómago* los lectores pudieran encontrar esa fuerza y energía para disipar cualquier duda que les impida avanzar, porque ellos, al igual que Beca y Alex, son realmente fuertes y pueden afrontar más de lo que creen.

En España la novela New Adult cada vez tiene más fans y es de mayor calidad,

haciendo más visible su potencial día tras día. La causa de su éxito creciente es precisamente que prioriza los sentimientos de la gente joven por encima de todo lo demás, lo que la convierte en una prosa muy cercana al lector.

ΣΧ3 Alice Kellen: Es evidente que la literatura siempre ha sido muy importante en tu día a día. ¿De dónde nació tu afición por la lectura? ¿Qué autoras, tanto de género juvenil como más adulto, te han marcado a lo largo de tu vida?

ΣΧ3 Natalie Convers: Cuando tenía once años mi biblioteca se componía de una única balda de un metro de largo en la que solo había clásicos; entre ellos figuraba uno de mis favoritos, Mark Twain, seguido de R. L. Stevenson, Daniel Defoe, A. Conan Doyle, Julio Verne, Lewis Carroll y Agatha Christie. Y, por supuesto, también tenía todos aquellos libros que tuve que comprar y leer para los exámenes de lengua. Sin embargo, no fue hasta más tarde, con *Harry Potter*, que me recomendó una vecina, cuando me enganché de verdad y empecé a leer por placer. Mis padres, que estaban encantados, enseguida aprovecharon la oportunidad para ampliar mi colección. Más tarde, a los diecisiete años, comencé a leer novelas románticas para adultos. Recuerdo muy bien y con mucho cariño el primer libro de ese género que leí. Lo había comprado en un quiosco de la estación de trenes de Chamartín que hay en Madrid, para leerlo en mi viaje de regreso a casa. Una vez en el tren, lo pasé fatal escondiendo las risitas que me salían por los ojos y la boca, pero también me divertí mucho.

ΣΧ3 Alice Kellen: Sospecho que la espera de la continuación se nos hará eterna a los más impacientes, aunque mantengo la esperanza de que pronto se den a conocer nuevas noticias sobre la saga. Mientras tanto, si alguno de tus lectores desea contactar contigo, ¿puedes decirnos dónde encontrarte?

ΣΧ3 Natalie Convers: Gracias por la entrevista, Alice. Por supuesto, estaré encantada de que os pongáis en contacto conmigo sea a través de las redes sociales (Facebook y Twitter) o del correo electrónico (natalieconvers@gmail.com).

Facebook: <<http://www.facebook.com/natalieconvers>>

Twitter: @NatalieConvers

Banda sonora de *Mariposas en tu estómago*



<https://play.spotify.com/user/natalieconvers/playlist/1tGKzogreQGCdBqW34O8Nj>

Agradecimientos



Jamás habría llegado hasta aquí si no hubiera tenido a mi lado a esas dos increíbles mujeres que han plantado la semillita de todo, por eso mi primer agradecimiento va dirigido a ellas: a Marta Vilagut por pensar en mí (¡desde entonces todo ha sido una maravillosa locura!) y especialmente a mi editora, Adelaida Herrera, por su entusiasmo desbordante y por sus incontables correos y llamadas telefónicas. Ade, te has convertido en un fantástico apoyo en todas las fases de realización de esta novela hasta que por fin ha batido sus alas hacia el cielo. Gracias por haber confiado en mí y por haber hecho posible que venciera el miedo a las alturas.

¡Dios mío! No puedo creerme que ya esté aquí. Pero lo estoy, y no he llegado sola. En este viaje han sido muchas las personas que me han acompañado, entre ellas las del equipo editorial de Click Ediciones de Planeta, que tanto ha trabajado para que esta novela saliera a tiempo. De él quiero destacar a Claudia Ortego, por hacer todavía más especial a *Mariposas en tu estómago* y lograr que vuele más alto con todas sus sugerencias. Y también a Begoña Berruezo, por diseñar junto a mi editora una cubierta que sigue conmoviéndome cada vez que la miro. Esas uñas pintadas de colorines han dado mucho que hablar.

Asimismo, no puedo dejar de mostrar mi agradecimiento a mis intrépidos amigos Rocío, Laurita, Silvia, Dani, Laura, Pablo y Bárbara. Y a muchos más que no puedo mencionar por motivos de espacio. Si no lo he dicho antes, lo diré ahora: adoro todas las conversaciones que hemos tenido sobre libros, viajes y otros muchos temas que me reservaré de nombrar aquí. Pero no penséis mal: es solo porque no creo que haya páginas suficientes para poder resumir en pocas líneas toda mi historia con cada uno de vosotros.

La redacción de esta novela se mantuvo en silencio para ellos prácticamente durante todo el proceso de creación. Para mí fue muy difícil no desvelar ningún detalle a toda la gente que me quiere y que está cerca de mí a diario. ¡Siento haberlo mantenido todo en secreto, chicos! Ahora que lo sabéis, es muy importante poder compartir mi alegría con todos vosotros.

Por último, quiero agradecer muy sincera y ardorosamente el cariño que he recibido de toda mi familia. Ellos han sufrido las consecuencias de mis desvaríos literarios y a su manera me han ayudado como solo ellos saben hacerlo: mi padre mimándome con un montón de zumos y palmeritas caseras (que sepas que gracias a ti

también se han adelantado los Reyes Magos y tendré que controlarme estas Navidades). También quiero dar las gracias a mis dos hermanas, Aída y Marta. De vosotras he tomado muchas cosas prestadas que ni siquiera sospecháis, y vosotras sois las que me mantenéis con los pies en el suelo, haciéndome alcanzar las estrellas en los instantes precisos. Por vosotras, muchos de mis recuerdos felices están ahí, convirtiéndome en la persona que soy en la actualidad.

Mamá, que te haya dejado para el final no es solo una coincidencia. ¡Sé que pagaría las consecuencias si me hubiera olvidado de ti después de todo lo que te debo! (Aclaro: esto es una broma, no me cabe duda alguna de que aun así me perdonarías). Ahora ya en serio: no tengo palabras para expresar lo profundamente agradecida que me siento por todo el coraje y amor que me has dado a lo largo de todos estos meses para animarme cuando más lo necesitaba. Para mí eres la mejor madre del mundo y mi ángel protector. ¡Gracias por haber confiado en mi capacidad para escribir esta historia y por haberme alentado a continuar y perseguir mis sueños! ¡Te quiero! ¡Os quiero a todos!

Ahora, mis valiosos lectores, os cedo a esta mariposa. Sé que vais a cuidarla igual de bien que si hubiera nacido de vuestros propios corazones. No la dejéis escapar, vosotros sois tan insustituibles para mí como lo es ella.

Gracias por estar conmigo en esta aventura. Espero que esta sea la primera de muchas otras y que la disfrutéis tanto o más que yo. Sé que ya lo sabéis, pero igualmente quiero decirlo: que esta historia continúe depende enteramente de todos vosotros.

Un abrazo enorme y lleno de mariposas,

Natalie Convers